EL LIBRO DE LOS MIL CARACTERES

LdT FUERA DE SERIE

Zhou Xingsi

EL LIBRO DE LOS MIL CARACTERES
Qian Zi Wen

Caligrafía en estilo tradicional y cursivo de Jorge T. J. Tseng
Traducción detallada al español y fonética *pinyin* de Silvia Ussía
Edición y prólogo de Pelayo Olazábal

Diseño de colección: Departamento de diseño LdT
Título del original chino: *Qian Zi Wen*

© de la edición y el prólogo: Pelayo Olazábal, 2006
© de la traducción: Silvia Ussía, 2006
© de las caligrafías chinas y del texto preliminar
«Sobre la caligrafía china»: Jorge T. J. Tseng, 2006
© EDICIONES LENGUA DE TRAPO SL, 2006
Marqués de Valdeiglesias 5, 5.º izqda.
28004 Madrid
Teléfono: 915210813
www.lenguadetrapo.com
Correo electrónico: info@lenguadetrapo.com
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-96080-90-0
Depósito legal: M-45298-2006
Imprime: TOP PRINTER PLUS SLL
Impreso en España

Queda prohibida terminantemente la reproducción total o parcial
de esta obra sin previo consentimiento por escrito de la editorial

Prólogo

Wu Di de los Liang, emperador y poeta

En la vasta China feudal, a finales del siglo VI d.C., el emperador Wu Di de la dinastía Liang pasó su vida recluido en la corte de Chengzhou (actual Luoyang), la gran capital del Este a la que habían sido reducidos sus predecesores los Jin, al final del brillante periodo de la dinastía Han. Poco después de la muerte de Wu Di, el emperador Wen de la dinastía Sui, bárbaro del Norte, unificaba China por segunda vez y definitiva; nacía una nueva época, y lo hacía bajo signos muy poco prometedores.

En el clima que podemos imaginar espectral y opresivo de la corte de Chengzhou, asediada por los bárbaros Wei, invasores del Norte, Wu Di, rodeado de una corte inoperante y próxima al colapso total, debía conservar una impresión muy viva de los valores espléndidos que habían representado los de su larga estirpe. La dinastía Liang reinó en un lapso de tiempo tan breve como culturalmente brillante. Él mismo, emperador y poeta, extendió el servicio civil, introdujo ideas budistas que armonizaban con el sistema confuciano humanizándolo, e impuso a los hijos de los nobles la obligación de estudiar y formarse en el espíritu de los clásicos. Además, Wu Di era conocido como patrón de las artes. Probablemente no podía dejar de observar con perplejidad y desazón los tiempos que se aproximaban. Tal vez por ello se propuso dejar a la posteridad el testimonio de una sabiduría ya pretérita, con la esperanza de que siguiera de algún modo presente en la nueva China. *El libro de los mil caracteres* es su legado a las generaciones venideras.

El libro de los mil caracteres fue compuesto a principios del siglo VI por Zhou Xingsi, súbdito de Wu Di, por encargo de este. Circulan varias versiones de la leyenda que dio origen al texto, todas ellas

variantes más o menos ornamentadas y pintorescas del mismo suceso registrado en los anales de la dinastía. El emperador se propuso la elaboración de una cartilla que simplificara al máximo el aprendizaje de la lectura y escritura de la lengua china, para lo cual pidió a su ministro Wang Xichi que hiciera una selección de los mil caracteres que él considerara básicos. Se pidió entonces a Zhou Xingsi, funcionario de la corte, que con los mil caracteres seleccionados compusiera un texto literario, a fin de que el aprendizaje fuera más sencillo y a la vez más interesante. Zhou Xingsi llevó a cabo la tarea: compuso un texto literario en el que ninguno de los mil caracteres escogidos se repetía, pero además, para sorpresa y admiración del Emperador, el texto presentado estaba compuesto en versos perfectamente rimados. Se divide en 250 líneas, de cuatro caracteres cada una. Dos líneas forman una estrofa, y dos estrofas forman una unidad rimada en forma a a b a (lo que inevitablemente se pierde en la traducción).

Otras variantes de la leyenda añaden que Zhou Xingsi llevó a cabo su hazaña en el plazo de una noche, y que a resultas de su excesivo esfuerzo mental sus cabellos se volvieron blancos; y otras más pintorescas cuentan que la tarea le fue impuesta por el Emperador como una forma de castigo, e incluso como el modo de redimir la pena de muerte que habría merecido por algún crimen oscuro.

Durante siglos, junto con el *Sanzijing*, *El clásico de los tres caracteres* (1223-1296), al que precede en siete siglos, el libro ha venido cumpliendo en China la función de primera cartilla de aprendizaje para los niños que empiezan a leer y a escribir, precisamente por la hazaña que se propuso Wu Di: componer un mínimo de texto con un máximo de caracteres. El propósito era aplicar métodos de aprendizaje y técnicas similares a las de las escuelas y universidades de Occidente, técnicas memorísticas, como descubrió el jesuita Matteo Ricci a su llegada a China, basadas en ejercicios de memoria visual y el empleo de la rima. Desde entonces, a lo largo de las generaciones, las escuelas de China, en las ciudades y en los pueblos, han retumbado con las voces de los párvulos recitando a coro, año tras año y así durante más de quince siglos, los mismos versos del clásico. Asimismo los calígrafos, desde los remotos tiempos en que fue concebido, han tomado tradicionalmente, y siguen tomando, *El libro de los mil caracteres* como el texto modelo o patrón con el cual

ejercitaban y ejercitan sus habilidades. De hecho, en el Templo de las Estelas de la ciudad imperial de Xian pueden contemplarse hoy en día estelas con fragmentos del *El libro de los mil caracteres* en los diferentes estilos de los maestros calígrafos de la China clásica. También es costumbre arraigada en el país el uso o mención de sus mil caracteres, dispuestos en orden, como un modo de enumerar del uno al mil.

Seguramente, el afán de Wu Di no era solo facilitar a sus súbditos el aprendizaje de la lectura y la escritura de la lengua china, sino también transmitir y facilitar la comprensión y asimilación de una base ideológica que consideraba conveniente. En este caso, Wu Di, el emperador, asistido por el escriba, pretendía hacer familiares al oído de los niños del futuro los principios morales y los comportamientos cívicos ideales tal como fueron concebidos en tiempos de los añorados primeros Zhou, la dinastía de los reyes sabios y virtuosos, todo ello con un lenguaje sencillo y valiéndose de ejemplos elocuentes e imágenes simples y eficaces. El resultado estaba llamado a perdurar, pues a la simplicidad de los medios, acorde con la primera intención puramente pedagógica del texto, se unía de forma inevitable la transmisión de una cultura extraordinariamente compleja y refinada. El libro no es sino un pequeño compendio de las virtudes ciudadanas, de los valores ético-políticos que *debían* regir el Imperio en los tiempos venideros, y de los principios cosmogónicos de los que se derivaban. En resumen: lo que ofrecía era un modelo ideal. El propio Confucio (551 a.C.-479 a.C.), doce siglos antes de que se escribiera *El libro de los mil caracteres*, se había inspirado en las características éticas de los emperadores legendarios, periodo mítico del que extrajo un ideario básico para la sociedad ideal. Se trata por ello de un texto de carácter instructivo, edificante; y porque está dirigido a un público sencillo, recoge de la tradición china, en un ramillete de temas misceláneos, sólo los aspectos más simples, básicos, estables e indiscutidos (menos conflictivos) de la concepción china del hombre, la naturaleza, la cultura y la sociedad, exponiendo de forma igualmente sencilla los principios que forman la base de «la mentalidad china» y ofreciendo ejemplos moralizantes de fácil asimilación. Tal vez por ello, *El libro de los mil caracteres* es un texto apropiado para un primer acercamiento a «la mentalidad china»,

una visión o concepción muy particular del hombre y el universo que incluye consideraciones políticas, éticas, y cívicas, y que a pesar de las convulsiones de la Historia ha permanecido más o menos inalterada. Como la cartilla escolar que es, es decir, un texto de carácter edificante, ejemplarizante, sin pretensiones doctrinarias o teóricas, sólo enuncia una particular concepción del hombre, la moral y la organización social —que es típicamente confuciana— sin ninguna intención de justificar dicha concepción con *teorías*. Las enseñanzas se imparten mediante analogías y aforismos, lejos del razonamiento deductivo. Su carácter es fundamentalmente ingenuo, sus pretensiones son sencillas, y al mismo tiempo enormes: retratar el mundo tal como lo concebían idealmente los hombres de la China feudal. Y tal vez esa sea la clave de la permanencia y vigencia del texto a través de las generaciones.

De los cinco bloques temáticos en los que se divide el texto, la primera sección (líneas 1-36) nos introduce ya en una cosmovisión que sirve de premisa a las consideraciones de carácter ético y político que la siguen. En principio, el pensamiento chino solía seguir un orden secuencial: de la contemplación de la Naturaleza se deducían unos principios rectores que determinaban todos los fenómenos del universo, y de estos principios debían derivarse las normas éticas y políticas que regían la sociedad. El Estado, sus diversos aparatos y políticas, debían atenerse a dichos principios, pero a su vez adquirían con ello una justificación cosmogónica. El Cielo, la Tierra y el Hombre eran concebidos como partes integrantes de una unidad, y entre ellos *hay* un orden jerárquico al que es preciso atenerse. En el Cielo y en la Tierra rige un orden al que la ley del Hombre debe atenerse. Mientras en la Europa contemporánea el hombre moderno que acababa de descubrir los fundamentos de la ciencia y la tecnología dirigía su interés al dominio de la naturaleza, en China la prioridad era no el dominio sino la comprensión y adaptación a sus leyes. En el pensamiento chino, como rasgo común a todas las escuelas, se da como una constante la concepción del universo de forma jerárquica, de manera que el orden en la Tierra debía ser reflejo fiel y simétrico del orden del Cielo. La ley

artificial debía corresponderse a la ley natural. En China este era un principio político indiscutido, compartido por todas las escuelas de pensamiento. La norma social debía atenerse a la norma cósmica, y esta premisa del pensamiento chino marcaba una dirección diferente a la del pensamiento occidental.

Ciertamente la China antigua, como subrayaron los primeros sinólogos como Richard Wilhelm o Joseph Needham, desconocía por completo la lógica y la mecánica del átomo que determinaron el pensamiento occidental desde la Grecia de los presocráticos. En el pensamiento chino no hubo nunca división entre la mecánica a que dio lugar el empirismo griego y la metafísica a la que dio lugar la lógica. Desde el primer momento atrajo el interés de Occidente el caso excepcional de China, una sociedad no cristiana, cuyo sistema ético político se regía por la ley natural, y en la cual el misticismo siempre había carecido por completo de componentes sobrenaturales.

A menudo se interpretó este conjunto de peculiaridades de «la mentalidad china» como una especie de incapacidad radical para el conocimiento empírico, para el desarrollo de la ciencia y de la tecnología. Era, en realidad, la consecuencia apresurada de un prejuicio, pues en la China feudal determinadas ramas del saber, como la alquimia, la botánica, la medicina, alcanzaron un grado de desarrollo por lo menos comparable al de la Europa medieval, y el empirismo para el que se supone los chinos estaban negados dio lugar ya entonces al dominio de técnicas de ingeniería inéditas, y a invenciones tan relevantes para la humanidad como la del papel y, más tarde, la de la imprenta de tipos móviles. Tal vez el tópico de la supuesta incapacidad china surgiera por comparación con el *boom* científico del hombre occidental del Renacimiento, que descubría las leyes de la naturaleza gracias al cientificismo —y quizá también espoleado por la vieja amenaza bíblica que le gritaba en todo momento: «no comerás los frutos del árbol del conocimiento»—, y se lanzaba a su dominio. El hombre chino, sin embargo, no tenía necesidad de vencer apriorismos eclesiales, no tenía que vencer resistencias de tipo religioso o teológico. China no conocía la disociación radical entre mística y materialismo mecánico, y por ello su afán de conocimiento y dominio

de las leyes de la Naturaleza carecía del carácter de urgencia, como si se tratara de una carrera de obstáculos; era, por decirlo así, más comedido en sus formas. Pero no en su ambición: más que el simple dominio le interesaba el conocimiento y la integración, ya que el Cielo y la Tierra estaban más altos que el Hombre en el orden jerárquico. Son dos estilos diferentes que requieren tiempos diferentes. Y mientras el hombre occidental procuraba el dominio de la Naturaleza, el hombre de China añadía con énfasis la conservación de la virtud, es decir, la concordancia con las leyes naturales en su forma de vida, ética, política, económica y social.

La virtud o «El camino del caballero»

La regla de la adecuación entre el orden de la Naturaleza y el orden humano, como señala Jean Lévi[1], fue siempre una constante del pensamiento chino. Pero es en el periodo de los primeros Zhou, es decir en tiempos de Confucio, cuando se estableció el concepto *tianming*, «mandato del cielo». El soberano justo que se comporta virtuosamente, con generosidad, no fuerza los hechos por afán de poder, por ambición o por venalidad, y el imperio prospera porque el emperador en su *wu wei* —hacer no haciendo nada— permite que actúen las fuerzas del Cielo y el orden sigue su cauce natural. Por el contrario, los emperadores corrompidos por su pasión de poder, rodeados de camarillas ambiciosas y aparatos de control y represión, al servicio de la perversidad totalitaria, violentan con su naturaleza criminosa las leyes del Cielo, y en el imperio ya no hay ley ni orden, sino su mera apariencia.

Este mensaje de Confucio, el regreso a la virtud de los antiguos, se oponía frontalmente a las doctrinas legistas con las que el confucianismo tenía que convivir. Dichas tesis de la escuela de pensamiento político legista eran las que inspiraban en China la acción política desde el periodo de los Reinos Combatientes. Se habían establecido en el

---

[1] *Los funcionarios divinos. Política, despotismo y mística en la China antigua.* Alianza Editorial, Madrid, 1991, página 105.

estado de Qin, el más brutal e ignorante de todos, en el que Shang Yang (siglo IV a.C.), uno de los principales doctrinarios de la escuela, ejerció como ministro todopoderoso. Lo que la escuela legista había venido a imponer era, en resumen, una concepción de los súbditos como entes estúpidos destinados a producir en el campo de la agricultura y a suministrar personal para la guerra, y en general, a servir a los intereses exclusivos del soberano. El comercio, la artesanía y naturalmente el estudio y la cultura en general, estaban prácticamente proscritos. Por su parte, el soberano ejercía un control absoluto del estado y la sociedad mediante la ingeniosa treta —hoy muy conocida, entonces no— de convertir a todo súbdito en espía, policía y delator. A decir de Jean Lévi, se trataba del «primer discurso científico de la manipulación». Incluso tras la proclamación del confucianismo como la referencia ideológica del imperio en tiempos del emperador Wu Di de la dinastía Han (sí, tocayo del nuestro), los valores éticos y políticos del confucianismo siempre disputaron, y a menudo en franca desventaja, a la escuela legista la inspiración de la acción del gobierno. Solo lentamente fueron aceptados, y no sin dificultades y retrocesos convivían los principios confucianos con las formas legistas de gobierno.

Confucio lo había visto claro: el sometimiento general a la ley del príncipe —a las leyes, a menudo arbitrarias y contradictorias entre sí, que condenaban un caso de comportamiento y su contrario, con lo que, en la práctica, el Emperador se reservaba el derecho de castigar *cualquier* conducta—, la omnipresencia del Estado en las vidas privadas, el establecimiento de un estado policial y totalitario basado en un régimen de terror y delación generalizada, nunca podrían ser medidas suficientes por sí solas si el objetivo del orden social era lograr la paz y el orden.

Al contrario que las doctrinas legistas de periodos anteriores, que de hecho sentaban las bases teóricas del estado policial y totalitario, lo que Confucio da a entender (y esta es su «buena nueva») es que la sociedad, a imagen de la propia Naturaleza, está basada —o *debe estarlo*— en una comunidad de intereses: comunidad de intereses entre superiores e inferiores, entre príncipes y súbditos, entre jefes y subalternos, entre sexos y entre generaciones, en un marco de acatamiento a la ley natural, el «mandato del Ciclo». Forman en realidad un todo armonioso, «como órganos de un mismo cuerpo».

Desde luego, nada se dice en *El libro de los mil caracteres* de las relaciones antagónicas entre príncipes y súbditos, de la escasez de oportunidades o de la movilidad social en la China imperial. No tiene más pretensiones, en principio, que las de una simple cartilla escolar, y a una cartilla escolar no le corresponde justificar teóricamente, punto por punto, los principios teóricos o cosmológicos en los que se basaba el orden político y social en la China antigua. *El libro de los mil caracteres* cumple un objetivo pedagógico, que es crear en las mentes infantiles de la China feudal una imagen ideal del orden del imperio; su carácter es ingenuo, ya que se limita a enunciar los valores que fundamentan el orden, pero carece por completo de pretensiones teóricas. Simplemente enuncia. Para indagar por extenso en los fundamentos teóricos del poder político y del orden social según las diferentes doctrinas, en la justificación de ese orden imperial que no carecía de aspectos que hoy en día no dudaríamos en calificar de terroríficos, el lector tendría que acudir a los grandes textos teóricos de las diversas escuelas.

En el contexto histórico en que aparece *El libro de los mil caracteres*, la prédica de la virtud o *zhen* de ningún modo era ya nueva, al menos en sentido cronológico, puesto que el ya mencionado emperador Wu Di de los Han había proclamado el sistema confuciano como la ideología de referencia, el sistema moral y político apropiado para la administración del imperio (lo que se mantendría hasta 1912). Pero en cierto modo los valores que representaba seguían siendo inéditos. Oficialmente, el imperio había adoptado las formas de un estado confuciano. No por ello los valores de «caballerosidad», los valores humanistas del maestro, y también más tarde los de las diversas escuelas neo-confucianas que reinterpretaban y adaptaban su mensaje, dejaban de encontrarse, de facto, en la oposición.

El pensamiento político ético del maestro Confucio era entonces novedad. El reconocimiento surgía de la necesidad de una nueva organización social y también, por lo tanto, de una filosofía que la justificara. La China imperial, tras la primera unificación de China por el autotitulado «Primer Emperador», Qin Shihuang, exigía nuevos planteamientos. Los Estados a que había dado lugar la disolución del

imperio de Qin afrontaban nuevas perspectivas. El crecimiento demográfico, tal y como sucedió en la Baja Edad Media europea, había traído consigo la exigencia de soluciones nuevas; los excedentes provenientes de la agricultura, que tradicionalmente determinaban las relaciones de poder ya que se empleaban para la guerra entre los Estados, permitieron entonces una acumulación del capital hasta entonces desconocida, es decir, planteaban escenarios nuevos. No sólo la agricultura, sino también las manufacturas y el comercio florecieron, introduciendo nuevos factores sociales y relaciones de poder, y la invención del papel dio lugar, como sucedió siglos después en Europa con la imprenta de Gutenberg, a nuevas posibilidades en la enseñanza y la difusión de la cultura. La acumulación de capital había creado un conjunto de circunstancias sociales y, en general, relaciones de poder, que habían situado a China en una, otra, fase de su desarrollo, más compleja, más evolucionada, y que demandaba a su vez planteamientos y soluciones igualmente evolucionados. El imperio, además, como consecuencia natural de su desarrollo, había extendido su área de influencia cultural y política a los países extranjeros de su entorno, los pueblos nómadas de Asia central y Mongolia, así como a los territorios del norte de Vietnam y de la actual Corea, que no eran *han* sino pueblos extranjeros, «bárbaros». En el nuevo escenario del imperio el pensamiento del maestro empezaba a revelar su potencial.

El ideario de Confucio, antaño ignorado y más tarde perseguido (de sus enseñanzas sólo conocemos fragmentos dispersos, tras la feroz persecución, quema de libros incluida, por parte del primer unificador de China y emperador, el mencionado Qin Shihuang), proponía una nueva forma de organización social que respondía, siglos después de su muerte, a las nuevas necesidades: una nueva estructura administrativa, aparatos de recaudación, de administración de justicia, servicio civil, e incluso un cuerpo de funcionarios encargados de inspeccionar y verificar en las aldeas remotas del imperio que el propio funcionariado imperial, «incentivado» por la distancia, no caía en la tentación del abuso y las prácticas corruptas. En una palabra: el moderno Estado burgués burocrático. El nuevo Estado estaba regido por una casta de burócratas letrados, eruditos que lograban pasar las

rigurosas pruebas de la escuela imperial, para lo cual se les exigía el conocimiento y comprensión de los textos canónicos, e intermediaban entre el pueblo y el Hijo del Cielo. Esta nueva forma de Estado era pues *humanista*. Los altos funcionarios, para serlo, debían ofrecer la garantía mínima de ser ellos mismos letrados humanistas, versados en los textos canónicos. Y salvo el periodo de esplendor de los Zhou, lo cierto es que la ya entonces larga historia de China sólo había conocido el empuje de tendencias opuestas, antihumanistas.

Las tesis legistas de Shang Yang (siglo IV a.C.), más tarde *perfeccionadas* por Han Fei, de la dinastía Han, supusieron el contrapeso al humanismo confuciano aun después de que Wu Di adoptara este oficialmente como sistema ético político del imperio. Fueron desde el principio el discurso de la manipulación, la justificación teórica y la práctica del estado totalitario, que entonces concebía al súbdito como un ente numerado carente de derechos y prácticamente esclavo a merced del soberano, y a este como supremo policía del Cielo, ojo que todo lo ve, y mano que imparte una justicia implacable puesto que está justificado a priori por el Cielo. Las tesis de Han Fei, efectivamente, eran lo que pretendían ser: una justificación cosmogónica del estado totalitario. El soberano, por el simple hecho de serlo, estaba investido de las mismas cualidades del Tao, y como el Tao no necesitaba explicitar su poder. De hecho, el soberano no necesitaba explicitar nada, ni tenía necesidad de intervenir directa y personalmente en los asuntos del estado, lo cual era del todo inconveniente. También en la experiencia de la deificación de un poder absoluto, arbitrario por su origen divino, China llevaba ventaja con respecto a Occidente. El príncipe, tal y como dijeron los pensadores de la escuela legista, no tiene ninguna necesidad de inspirar afecto en los corazones de sus súbditos; basta con inspirar temor, que es menos variable. Los paralelismos entre un Maquiavelo y un Shang Yang o Han Fei son demasiado obvios, no necesitan ser subrayados. Sin embargo, lo que en la Italia del *cinquecento* no pasaba de ser un mero conjunto de sentencias, por lo demás optativo, para la formación de los príncipes, en China era la doctrina del gobierno, y por lo tanto se contaba, para bien y para mal, con una experiencia de la arbitrariedad del poder más profunda, más continuada y más radical. «El soberano es

opaco pero su luz se derrama por todo el imperio, no tiene ojos ni boca pero todo lo oye y todo lo ve». Un régimen de delación universal garantizaba —al menos hasta cierto punto— la seguridad blindada del soberano, ojo policial dotado de millones de terminales, lo cual, unido a un eficaz sistema de incentivos y castigos al que nadie escapaba, le hacía virtualmente omnipotente. Como el Tao, el emperador todo lo veía sin ser visto. Como el Tao, estaba en todas partes. «El soberano no tiene ojos y no tiene oídos, pero todo lo sabe».

En oposición a las brutales tesis legistas, el pensamiento de Confucio vino a impregnar el orden imperial de un humanismo hasta entonces desconocido. Tal como se refleja en el mismo *El libro de los mil caracteres*, Confucio, es decir las tesis confucianas, no hacen tanto hincapié en la omnipotencia policial y justiciera del soberano como en la extensión de *la virtud*. Concepto viejo que con él adquiere nuevas resonancias.

En el discurso de Confucio, la palabra clave es efectivamente la virtud, *zhen*, que por cierto es la segunda área temática del *El libro de los mil caracteres*. Compasión, fidelidad, sinceridad, piedad filial, respeto, amor propio y afán de perfeccionamiento: palabras del caudal confuciano que con él adquieren un acento nuevo.

En la cultura clásica occidental encontramos muchísimas similitudes en el estoicismo romano. Todas esas apelaciones a la moderación, a la generosidad, a la sinceridad, a la fidelidad, al respeto entre generaciones, a la piedad filial y a la conmiseración para con los desfavorecidos, y la necesidad de extender semejantes virtudes inculcándoles naturalmente y por la vía cordial recuerdan inevitablemente a los clásicos estoicos, a Séneca, a Marco Aurelio, por ejemplo, que fácilmente podrían haber firmado algunas sentencias morales confucianas. Pero la principal virtud del caballero confuciano —la humanidad— no es exactamente una mera virtud, practicable y perfeccionable con disciplina y tesón; es más bien un estado de comprensión de todos los factores que componen íntegramente el conjunto. La sinceridad, el respeto, la fidelidad, la magnanimidad, la amplitud de miras, no son meros ornamentos morales propios de los individuos más evolucionados, ni actitudes que idealmente debería adoptar un rol determinado: el padre, el funcionario, la esposa, el hijo. Son la exigencia natural de «la comunidad de intereses» en la que los individuos existen, es decir, su medio natural.

Por lo tanto el cultivo de la virtud en todos sus aspectos debía ser tan connatural al individuo como el instinto de cubrirse cuando se tiene frío y comer cuando se tiene hambre. Desear el bien común, el bien ajeno, es así, también, un principio egoísta. Seguramente, Confucio hubiera podido guiñar un ojo a Ortega y Gasset cuando decía: «yo soy yo y mis circunstancias, y si mis circunstancias se hunden, también me hundo yo». El corolario es: quien trabaja por el bien común, trabaja por su propio bien. Y cuando el individuo progresa, bien sea económicamente —obedeciendo a un móvil egoísta perfectamente legítimo—, bien sea intelectual o espiritualmente o en cualquier otro sentido, el Estado también lo hace. ¿Conocía Adam Smith el ideario confuciano cuando predicaba que «el móvil egoísta del individuo es benéfico para el conjunto de la sociedad»? Confucio, el maestro de Qu Fu, a quien en vida ningún poderoso quiso escuchar, se comprende, vino a predicar el mismo principio (y lo hizo con milenio y medio de anterioridad), de lo cual en *El libro de los mil caracteres* hay versos que dejan constancia. Confucio cree a ciegas en lo que se podría llamar el poder autorreplicante de los buenos actos y su efecto *boomerang*. El mundo no se rige tanto por la norma impuesta como por la extensión de la virtud. La virtud, el conocimiento y la práctica del *justo medio* son necesarios tanto para el individuo como para el Estado, y Confucio exalta por encima de todo la capacidad humana, virtualmente infinita, de mejorar. Una y otra vez, el individuo con afán de cultivarse presta atención a las cosas, se informa, adopta maneras pausadas, aprende de todos y de toda ocasión, y piensa por sí mismo sus propios pensamientos. Si tal hace, no tarda en comprobar el efecto beneficioso y el sentido profundamente correcto de la virtud. Este programa no debía ser fácilmente aceptable en la China antigua, como tampoco lo es ahora, en nuestro mundo *moderno* de televisión, coches y fútbol. Por otra parte, la meritocracia era un principio fundamental confuciano, lo que le convierte en menos aceptable todavía. La sociedad confuciana es cooperativa y dinámica, y para empezar, el soberano mismo, como Hijo del Cielo, es decir, como médium cósmico, *tiene compromisos y obligaciones para con sus súbditos.* La persona tiene el deber de autoperfeccionarse mediante el aprendizaje constante, en el que Confucio cifraba la máxima felicidad. Los gobiernos, los estados, las dinastías, caen en la ofuscación, se pervierten y se corrompen, entre

otras cosas porque es ese el ciclo natural. Pero el individuo —el «caballero confuciano»— debe perseverar a pesar de todo en el camino de la virtud. Y así tenemos que la dignidad de la persona, que conocemos gracias a los griegos del siglo VI a.C., se dio simultáneamente en la lejana China: el mismo mensaje, con otras palabras. En Atenas se reconocía el derecho a derrocar a un tirano. En la conciencia de un «caballero confuciano» la influencia de un soberano corrupto no tiene poder.

Los principios básicos de respeto al individuo y de reconocimiento a su dignidad intrínseca no son privativos de ninguna cultura en concreto, y tampoco de ninguna religión. El maestro Confucio, de un modo novedoso no sólo en relación a la cultura china, sino a la cultura universal, siempre puso énfasis en el valor del individuo per se. Al contrario que otros modos de pensamiento chinos —léase el taoísmo, pensamiento de fuerte componente místico que en último término aspiraba a la disolución de la individualidad en el Todo—, el confucianismo, más realista y pragmático, concedía y reconocía con gran gentileza el justo valor a las características propias y únicas de cada individuo. Cierto que todo individuo —en el mundo confuciano de una manera más evidente que en otras culturas—, forma parte de un todo coral y por lo tanto está sujeto a leyes, convenciones, obligaciones, deberes, ritos. Pero en todo ser él exalta sus características más propias, sus profundas cualidades individuales. Las señoras Mao y Shi fueron dos bellezas de su tiempo: la una era risueña y abierta, la otra era hosca y retraída; sin embargo, las dos eran mujeres bellas. También Paul Valéry acuñó la frase «el estilo es el hombre». En cierto modo, es como si el viejo maestro de Qu Fu, el hombre grande pero despreciado de la China del siglo VI a.C., hubiera leído la mente del gran poeta de Norteamérica, que veinticinco siglos después cantaba magníficamente a la individualidad: «Whoever you are! claim your own at any hazard!». [¡Quien quiera que seas! ¡Reivindícate a pesar de los riesgos!]

Walt Whitman, el poeta moderno de América, escribe estas palabras a finales del siglo XIX, y parece como si el propio Confucio, por un curioso fenómeno de telepatía intersecular, se estuviera valiendo de su mano y leyendo en su mente, porque las palabras, y las actitudes —la «antigua», la «moderna»— son muy semejantes. De hecho, son la misma. *Nihil novum sub sole.*

El rito o la fuerza de la costumbre

Es quizá un poco chocante en este contexto tan ideal —chocante para la mentalidad occidental—, la presencia abrumadora del rito, la codificación del comportamiento individual hasta extremos que nosotros, en nuestras mentes modernas, ni siquiera podríamos concebir. Y a este respecto *El libro de los mil caracteres* es incluso bastante discreto, en el sentido de que apenas nos permite entrever la omnipresencia del rito, diríamos que tentacular, abrumadora, asfixiante, en la vida cotidiana de la China civilizada de entonces. Jean Lévi relata un caso entre un millón, el del discípulo y la escoba: los discípulos que convivían con el maestro Kongzi debían encargarse de las tareas de la casa. Incluso en las tareas más ordinarias el rito intervenía. Por ejemplo, el hecho de barrer una habitación no podía hacerse al buen tuntún, sino que debía llevarse a cabo conforme a *un patrón prescrito*, que variaba dependiendo del tamaño de la habitación, su orientación, etcétera, y que incluso especificaba las posturas corporales adecuadas.

Porque la ley social se corresponde a la ley natural, porque la ley social es «mandato del Cielo», porque es el orden del Universo el que finalmente dicta la ley social, esta debe interiorizarse. Es en los periodos de decadencia, al final de las dinastías, cuando los actos perversos de los hombres ya no atienden a la conveniencia de seguir la ley natural, el «mandato del Cielo». Las pequeñas faltas individuales contra la virtud son males larvados, y una vez generalizadas sobreviene la crisis. Por ser ley natural, la ley social debe interiorizarse, es preciso que todo individuo bajo el Cielo, desde el soberano hasta el último de sus súbditos, haga de ella su propia naturaleza. El artificio —la ley del hombre, el orden creado por el hombre— debe obedecer a la naturaleza, identificarse totalmente con ella, y cuando ambas se funden y son indiscernibles, reina el orden y la armonía. De ahí el rigor extremo de un sistema de incentivos y castigos. Y de ahí también el afán de reglamentación que se nos antoja hiperbulímico, la codificación de las conductas hasta en los detalles más nimios. El rigor (como siempre se nos ha dicho, a todas horas y en todas partes) es la base de la virtud, y de ahí también la importancia, la omnipresencia del rito. Jean Lévi escribe:

La repetición forma parte esencial del sistema. Más aún, gracias a ella se opera la necesaria conversión de la norma artificial en norma natural, o dicho de otra manera: naturaleza y orden social se adecuan. [Lévi, 1991, página 114.][2]

El rito, pues, tal como lo concibe Confucio, «posee cualidades cósmicas, es expresión del orden del mundo».

En el rito cada individuo ocupa exactamente el lugar que le corresponde, dependiendo de los factores que le definen, tales como posición social, rango, cargo, grado de parentesco, edad, sexo. Es más: es por el rito por el que el individuo —el ciudadano, diríamos— llega a ser auto-consciente, con una autoconciencia natural y realista, de su posición relativa en el orden del mundo. Tiene por ello un valor extraordinario como elemento civilizador en el sistema confuciano, como lo tiene igualmente, sólo que por las razones opuestas, para la crítica taoísta, de carácter «anarquizante», que reivindica justo lo opuesto que pretende el rito, es decir, el «desaprendizaje», la espontaneidad. Y como para los taoístas, el ritualismo era el aspecto más duramente criticado y rechazado del sistema confuciano para Mozi y sus seguidores, los moístas. Estos ven en el rito una fuente de orden, una garantía, pero lograda a cuenta de un envaramiento excesivo de la persona, una tumefacción de su naturalidad. Mozi (470-391 a.C) confiaba más en los efectos de la virtud por sí sola, sin el apoyo coactivo del rito, y su noción de la igualdad de todos los seres bajo el cielo y del respeto y afecto universales subrayan una corriente de fondo que emparentaría al pensamiento chino con determinados aspectos del budismo y del cristianismo, y que explican su papel en movimientos de rebelión como el de los Turbantes Amarillos y su enorme influencia en la formación de los futuros movimientos izquierdistas.

El rito, además, tiene el valor añadido de la previsión, pues si las conductas delictivas *no* son sino descarrilamientos de «la propia posición», la administración de justicia sólo puede afrontar los hechos cumplidos; el rito, sin embargo, contribuye en buena medida a cortar de cuajo la posibilidad del delito, en la medida en que ayuda a que cada individuo interiorice su posición exacta.

---

[2] Ver nota página XIV.

Coincidencias, visiones

El libro de los mil caracteres se limita a trazar un cuadro más bien idílico, un estado deseable de relaciones armónicas entre el hombre y la sociedad, y esta y la Naturaleza, y no se sabe —tampoco importa— si resulta más atractivo por la audacia y ambición de sus propuestas o por su ingenuidad, que por otra parte tal vez sean una y la misma cosa. El hecho es que, según podemos sospechar, a buen seguro la impresión de semejante cuadro idílico y extraordinario en las mentes infantiles habrá dejado su huella en la historia china. Y por otra parte, proponer principios sencillos pero rectos y exigentes siempre es, como tal vez diría Confucio, «loable, oportuno y admirable».

También es muy loable ese voluntarismo teñido de optimismo roussoniano del pensamiento de Confucio, sus continuas apelaciones al autoperfeccionamiento por el aprendizaje, su afán de excelencia.

Voluntarismo o vitalismo nietzscheano, un afán de excelencia que parece perdido en nuestras sociedades igualitarias y competitivas, con sus sistemas y políticas de enseñanza *igualitarios*, sociedades «modernas» en las que la justa igualdad de condiciones ha derivado en una perversa homogeneización de los individuos. Sociedades en que la mera existencia de un individuo superior se considera un atentado a los sagrados principios de la democracia. La continua apelación en nuestras sociedades a «la tolerancia», al «derecho a la diferencia», no es más que mera retórica huera, carente de contenido, porque se parte del principio general que afirma con orgullo tonto el «todo vale», que repite alegremente la cantinela de «todas las opciones son igualmente válidas», es decir que empieza por negar la existencia de opciones —opciones morales, políticas, por ejemplo— *superiores*. En *El libro de los mil caracteres* obtenemos la imagen de un mundo ideal: cada cual puede y debe ser excelente en su pequeño o gran campo de acción: tanto el humilde pescador como el ingeniero de las grandes obras hidráulicas o, con efectos más vastos, el letrado erudito que a su vez es funcionario imperial.

Lo mismo, por otra parte, vienen a decirnos formas de pensamiento que consideramos, en Occidente, modernas. El existencialismo

sartreano, sin ir más lejos, hace tan sólo cincuenta años, afirmaba una ética de la responsabilidad que entonces pareció *moderna*. Incluso el agnosticismo imperante en las sociedades modernas occidentales casa perfectamente con la concepción del mundo de Confucio, quien nunca se planteaba asuntos sobrenaturales ni vidas ultraterrenas. Hombre sencillo y realista, en una ocasión, tal y como recogen los testimonios que dejaron sus discípulos, uno de estos preguntó al Maestro sobre la vida de los espíritus, y el Maestro respondió: «Para qué quieres saber de la vida ultraterrena, si ni siquiera sabemos de la vida terrenal».

Es hermoso, especialmente hoy en día, comprobar que no es tanto lo que nos separa en realidad de hombres de los cuales tal vez tendemos a pensar que la distancia y los siglos nos separan. Lo consideramos como experiencias radicalmente ajenas y extrañas, puede que no lo sean. Se trata de un juego de apariencias. No sólo porque la historia humana está hecha de elementos constantes que se repiten sin fin, sino también porque la repetición de patrones permite sospechar la idea de un conjunto, por mucho que sus partes se ignoren entre sí. Raras veces el hombre es capaz de obtener una visión íntegra; solo algunos de los así llamados genios lo hacen de siglo en siglo, y aun así solo obtienen del conjunto impresiones muy vivas, intuiciones fascinantes, pero evanescentes y vagas. Es algo más que una mera cuestión de falta de información, en la era de la información, como la propaganda quiere hacer ver: no solo es preciso ver, aceptar y comprender, también es preciso establecer jerarquías. En el orden jerárquico de las culturas, la de la China antigua figura sin duda, por su alto grado de desarrollo, pero también y quizás principalmente por su actitud inteligente, es decir, por lo extraordinario de sus presupuestos —rara mezcla de complejidad y sencillez— en los puestos más altos. Uno se pregunta qué clase de desidia estupidizante es la que nos impide verlo. Se trata quizás de una incapacidad fatal para comprender facetas de la experiencia humana en principio radicalmente ajenas, extrañas, como facetas de un ojo poliédrico. Algunas visiones de estas solo revelan cosas espantosas, revelan lo que debe ser negado a toda costa, y en tanto que modelos culturales, su sentido es señalarnos el modelo o los modelos

de los que deberíamos huir a toda costa. Otras visiones, por el contrario, indican con precisión un camino a seguir. Ninguna de estas visiones es en sí misma mejor que otra, en el sentido de que todas forman parte de un mismo conjunto, pero sin duda hay visiones que contienen indicios alentadores y revelan el lugar de lo superior, y otras que revelan el origen de todas las bajezas y vilezas de las que el hombre es capaz. El ojo poliédrico lo vería todo, salvo a sí mismo quizá, como el servidor central de un conjunto de computadores puestos en red. La suma de sus visiones fragmentarias formaría un conjunto, la totalidad de la experiencia, que pocas veces los hombres llegan a vislumbrar.

Es probable que el mundo, sin saberlo, haya contraído una deuda con aquéllos hombres: Wu Di, de la dinastía Liang, su escriba Zhou Xingsi, y el hombrecillo de Qu Fu que predicaba la virtud. A fin de cuentas, solo en apariencia son figuras lejanas. De la voluntad de excelencia, de la voluntad de afirmación, siempre ha tratado el mejor pensamiento de Occidente, desde Heráclito de Éfeso, tan similar en muchos puntos en su concepción energética del universo al modo en que en China se concebía el Tao, hasta los filósofos modernos del siglo XX que, con mejor o peor fortuna, han tratado de difundir la ética de la responsabilidad individual. También cercano en el tiempo, Nietzsche mismo propone que actuemos siempre *como si* nuestros actos y sus consecuencias hubieran de repetirse eternamente y, en consecuencia, tratáramos de actuar tan *virtuosamente* que a la pregunta «¿querrías volver a vivir tu vida eternamente, repitiéndose ciclo tras ciclo?», sólo pudiéramos responder con un «Sí»

Decir *no* es siempre necesario, y hay que decirlo siempre por muchas razones y repetirlo muchas veces. Pero decir *sí* es un objetivo superior, y también una tarea más larga. La última estrofa de *El libro de los mil caracteres* es lo bastante elocuente.

Sobre la caligrafía china

EL DICCIONARIO DE la lengua china (mandarín) se compone de más de cincuenta mil palabras. Sin embargo, para la vida diaria basta con emplear una media de tres mil quinientas. Podría parecer, según esto, que las mil palabras de *El libro de los mil caracteres* son comparativamente pocas. El hecho es que el aprendizaje de la lengua china escrita y hablada requiere el conocimiento de un mínimo de quinientas palabras, ampliable a mil: el número de palabras que este clásico contiene. *El libro de los mil caracteres* permite al estudiante construir frases sencillas sobre los más diversos temas: geografía, historia, agricultura, moral, costumbres, etcétera. Además, cada palabra del texto, apropiadamente combinada, adquiere diferentes significados. Los conceptos sencillos que el texto contiene se estructuran en frases de cuatro caracteres, lo que, además de facilitar el aprendizaje, permite que se expresen conceptos muchísimo más complejos. Sus posibilidades son virtualmente infinitas.

El libro de los mil caracteres es la cartilla de aprendizaje más antigua de China, el texto que los estudiantes de la caligrafía china, así como los maestros, adoptan como modelo para sus ejercicios.

Breve historia de la caligrafía china

La historia de la caligrafía china se remonta a más de tres mil años en los que más de diez estilos diferentes han venido a sumarse a la primera muestra, que data de los tiempos de la dinastía Shang.

Los primeros ejemplos conocidos de caracteres chinos son pictogramas sencillos pero descriptivos, grabados en huesos de animales, principalmente los omóplatos de los bueyes y caparazones de tortuga

—la invención del papel es muy posterior—. Cumplían una función oracular, es decir, se empleaban con fines de adivinación. De ahí que dicha práctica reciba el nombre de osteomancia. El estilo caligráfico que de ella se deriva es el llamado estilo de oráculo de hueso. Los caracteres, por tanto, no están propiamente escritos, sino grabados en el hueso con cincel o punzón.

A este primer estilo de oráculo de hueso siguió en el tiempo el estilo empleado para grabar los caracteres sobre placas de bronce, y a este se añadió el estilo empleado para escribir sobre piedra.

Con la práctica y extensión de la escritura los caracteres arcaicos que se empleaban ocasionalmente con fines mánticos y litúrgicos se perfeccionaron, y así se estableció el primero de los principales estilos caligráficos: el llamado estilo de gran sello, o estilo de sello mayor, que es el que se emplea para grabar caracteres en sellos de caucho. Deriva directamente de los caracteres pictográficos arcaicos que se empleaban en la escritura de oráculos de hueso (dinastía Shang) y la escritura —o mejor dicho, el grabado— sobre bronce que hizo su aparición en los tiempos de la dinastía Zhou occidental. El estilo de sello mayor se encuentra principalmente en inscripciones en piedra que datan aproximadamente del siglo V al III a.C.

Con el tiempo, el uso de la escritura se había extendido a otras funciones además de la oracular o litúrgica, y en la vida civil multiplicaba las posibilidades de comunicación. Por este motivo, ya durante el periodo Han pero sobre todo durante el reinado de Qin Shihuang, primer unificador de China (220-210 a.C. aproximadamente), la administración del Imperio adoptó una versión más refinada y práctica del estilo de sello grande a fin de crear un sistema estandarizado de escritura. Este nuevo estilo es el llamado estilo de sello menor, una variante estilizada del estilo gran sello: sus trazos son más finos, suaves, libres y equilibrados. El sello menor era apto no sólo para grabar caracteres en sellos, sino también para ser empleado con tinta y pincel; es decir, era a la vez un estilo para el grabado y un estilo caligráfico. En estilo de sello menor se registran los primeros manuscritos en lengua china, generalmente documentos oficiales escritos en tablas de madera o bambú.

El estilo de los escribas, también conocido como estilo administrativo, tiene su origen también en el periodo de la dinastía Han

(206 a.C.-220 d.C.), durante el cual «competía» con el estilo de sello. Se trata de un estilo más simple y apto para el uso del pincel, es decir, un estilo puramente caligráfico a diferencia del estilo de sello. Era el más indicado para la escritura de documentos administrativos —de ahí su nombre—, el registro de sucesos y también, por sus características, para la correspondencia.

El estilo regular, cuyos orígenes se encuentran también en las postrimerías de la dinastía Han, es en realidad una forma evolucionada del estilo administrativo, del cual se distingue por sus caracteres de trazos simétricos, lo que los hace más fácilmente legibles. Se perfeccionó durante la dinastía Tang (618-906 d.C.). Es, desde entonces, el estilo en el que los niños aprenden a escribir, por la simpleza y regularidad de sus caracteres. Es también el estilo en el que se basa la tipografía de la mayor parte de los textos impresos hoy en día.

El estilo corriente (o semi-cursivo) data, como el regular, de finales de la dinastía Han (220 d.C. aproximadamente). Es una simplificación del estilo regular, lo cual lo convierte en un estilo apto para ser trazado rápidamente, sin perder legibilidad por ello. Es, lógicamente y hasta el día de hoy, el más empleado en la vida cotidiana.

El estilo cursivo (también conocido como estilo de hierba y estilo de escritura salvaje), también de los tiempos de la dinastía Han, se distingue por sus caracteres abreviados y esbozados con un solo trazo continuo y veloz. Su escritura y comprensión entrañan cierta dificultad y requieren un alto nivel de conocimiento y dominio del arte de la caligrafía, por lo cual este estilo es propio sólo de maestros calígrafos y es legible sólo por eruditos.

Por último, el estilo rápido se encuentra entre el corriente y el cursivo, pero es más libre e imaginativo que estos. Se emplea en la correspondencia privada y notas personales.

Los estilos corriente y rápido han sido los más practicados por los calígrafos porque son los más fáciles de escribir y de entender. Por sus cualidades estéticas y por su valor práctico, ambos estilos son los más extendidos.

Hoy en día, el manual de caligrafía china en seis estilos del gran maestro Zhao Mengyu es el más usado en China, Taiwan, Hong Kong, Macao y el mundo occidental. Con *El libro de los mil caracteres* como modelo, se practica la caligrafía en cuatro estilos.

La caligrafía, la pintura y la poesía

La cultura tal como la concibe el hombre chino es un conjunto indiscernible de artes y disciplinas. Entre ellas destacan la poesía, la pintura y la caligrafía, que expresan de forma conjunta la experiencia de la vida. El ideal de belleza para un intelectual chino requiere el dominio de las tres.

Según la tradición, por orden del Emperador Amarillo, Huang Di, se crearon las palabras primitivas con dibujos realistas e imaginativos a la vez; es decir, los caracteres eran, en un principio, pictogramas. Por ejemplo, el sol se representaba como un círculo con un punto en medio. Por lo tanto, es en el dibujo o la representación gráfica en donde se encuentran los orígenes de los caracteres chinos.

Cuando Su Dongpo, un gran maestro de poesía, caligrafía y pintura china de la dinastía Song, quiere alabar la obra de Wang Wei, escribe: «En las obras de Wang Wei, la poesía está dentro de la pintura, y la pintura está dentro de la poesía». Si falla la caligrafía en una obra poética y pictórica, la obra no es perfecta. Su Dongpo lo sabía y lo tuvo en cuenta en la realización de sus obras.

Desde hace más de tres mil años los grandes maestros de pintura son al mismo tiempo maestros de caligrafía. Ambas disciplinas son de la misma familia. Para aprender pintura, pues, hay que aprender al mismo tiempo caligrafía.

La poesía, que suministra motivos para el ejercicio de la caligrafía e interviene también en las obras pictóricas, se encuentra sin embargo en un nivel superior. Por esta razón no todos los calígrafos ni pintores son poetas, por mucho que la poesía forme parte esencial de sus obras.

La caligrafía más tradicional y artística sigue practicándose con pincel. Su manejo del requiere una serie de cualidades e intereses estéticos difíciles de alcanzar. Por ello, no todos los calígrafos practican la caligrafía con pincel. Para uso diario se practica con pluma.

El libro de los mil caracteres

Nota a la edición

Para facilitar la lectura y, al mismo tiempo, permitir al lector disfrutar de la belleza de la caligrafía china, se ha optado por un diseño dividido en dos áreas:

En las páginas pares aparece la caligrafía tradicional con su transcripción individual al *pinyin* (el sistema oficial de romanización de los caracteres chinos), el significado literal de los caracteres en castellano a modo de diccionario y algunas expresiones de uso habitual que se crean por la combinación de dos o más palabras.

En las páginas impares aparece el poema en caligrafía china cursiva, su traducción al castellano y su transcripción al *pinyin*.

天 地 玄 黄

tiān	dì	xuán	huáng
‹cielo›	‹tierra›	‹oscuro›	‹amarillo›
‹firmamento›	‹tierra cultivable›	‹misterioso›	‹ocre›
‹divinidad›	‹situación›	‹grande›	
‹día›	‹puesto›	‹sutil›	
‹tiempo›	‹naturaleza›	‹profundo›	
‹temperatura›	‹materia prima›	‹negro›	
‹el soberano›		‹silencioso›	

Tiān dì: mundo; cielo y tierra; situación.

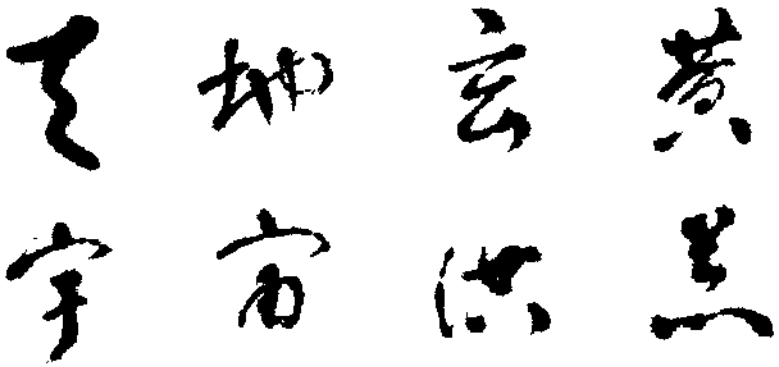
Xuán huáng: cielo y tierra.

宇 宙 洪 荒

yǔ	zhòu	hóng	huāng
‹el universo›	‹el pasado (hasta nuestros días)›	‹inmenso›	‹tierra›
‹el mundo›	‹tiempo infinito (por oposición al espacio)›	‹vasto›	‹erial›
‹protección›		‹grande›	‹vacío›
‹casa›			‹desolado›
‹lugar determinado›			‹vasto›
‹apariencia›			‹inmenso›
			‹inculto›
			‹exceso›
			‹desarreglo›

Yǔ zhòu: universo; espacio infinito; el cosmos.

Hóng huāng: caos primitivo; origen del mundo.



Cielo oscuro y tierra amarilla.
De la vastedad caótica del universo,

tiān dì xuán huáng
yǔ zhòu hóng huāng

日	月	盈	昃
rì	yuè	yíng	zè
‹sol› ‹día› ‹diurno› ‹cotidiano›	‹luna› ‹mes›	‹lleno› ‹colmado›	‹sol alejándose del meridiano› ‹el sol al atardecer›

辰	宿	列	張
chén	sù	liè	zhāng
‹los astros: sol, luna, estrellas y planetas› ‹conjunción del sol y la luna› ‹tiempo›	‹mansión celeste (las veintiocho constelaciones)› ‹lugar donde pernoctar›	‹extender› ‹poner en orden› ‹grado› ‹fila› ‹hilera›	‹desplegar› ‹extender› ‹grande› ‹abrir›

surgieron planetas, astros y constelaciones,
/desplegándose ordenadamente en el firmamento.
El sol tras su cenit desciende;
/tras el plenilunio, la luna mengua.

rì yuè yíng zè
chén sù liè zhāng

寒 來 暑 往

hán	lái	shǔ	wǎng
‹frío invernal›	‹venir›	‹calor›	‹ir hacia›
‹invierno›	‹llegar›	‹verano›	‹salir›
‹tiritar›	‹traer›	‹cálido›	‹en dirección de›
‹romper un pacto›	‹volver›	‹canícula›	‹en otro tiempo›
‹menesteroso›	‹futuro›		

秋 收 冬 藏

qiū	shōu	dōng	cáng
‹otoño›	‹recoger›	‹invierno›	‹guardar›
	‹reunir›		‹almacenar›
	‹cosechar›		
	‹recolección›		
	‹recibir›		
	‹concluir›		

Frío y calor se alternan,
y la cosecha del otoño se almacena para el invierno.

hán lái shǔ wǎng
qiū shōu dōng cáng

閏 餘 成 歲

rùn

‹intercalar (mes, día)›
‹suplementario›
‹año bisiesto›

yú

‹excedente›
‹resto›
‹superfluo›
‹complemento de un número›
‹último›

chéng

‹completar›
‹acabado›
‹llegar a ser›
‹ser capaz›

suì

‹un año›
‹edad›

律 呂 調 陽

lù

‹los seis tubos sonoros que producen un sonido correspondiente al principio *yang*›
‹su sonido›

lǚ

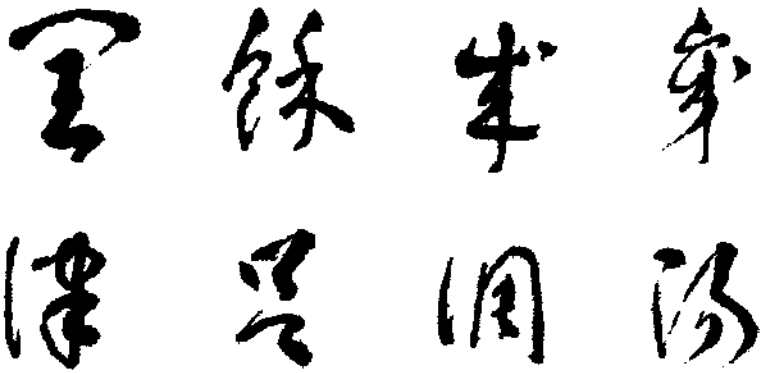
‹los seis tubos sonoros que producen un sonido correspondiente al principio *yin*›
‹su sonido›

diào

‹combinar›
‹mezclar›
‹reconciliar›

yáng

‹principio masculino activo y positivo en la naturaleza›
‹el mundo de la luz›
‹miembro viril›



Gracias al mes lunar intercalable[1], el calendario se ajusta
/ al ciclo de las estaciones y se completa el año.
Se armonizan los sonidos con el *yin yang*[2].

rùn yú chéng suì
lǜ lǚ diào yáng

---

[1] Los doce meses lunares cubren un lapso de tiempo un poco menor que el año solar. Por ese motivo, el calendario chino corrige el desfase añadiendo un mes extra —el llamado mes intercalable— cada dos o tres años (veintidós meses extra por cada sesenta años, o aproximadamente siete meses extra cada diecinueve años).

[2] En la china antigua, los seis tubos sonoros de la serie *yang* y los seis de la serie *yin* y las notas correspondientes, forman una gama cromática de doce semitonos. Su invención se atribuye generalmente al emperador Huang Di.

雲	騰	致	雨
yún	téng	zhì	yǔ
‹nube›	‹cabalgar› ‹ascender› ‹galopar›	‹causar› ‹provocar› ‹llegar al punto más alto› ‹manifestar›	‹lluvia›

霧	結	為	霜
lù	jié	wéi	shuāng
‹rocío›	‹condensarse› ‹coagularse› ‹nudo› ‹atar› ‹aliarse›	‹causar› ‹producir› ‹fingir› ‹dirigir›	‹escarcha›

Galopan las nubes y cae la lluvia,
se condensa el rocío y se vuelve escarcha[3].

yún téng zhì yǔ
lù jié wéi shuāng

[3] Frase hecha utilizada en la actualidad.

金 生 麗 水

jīn — ‹oro›

shēng — ‹producirse› ‹nacer› ‹engendrar› ‹vivir› ‹letrado› ‹alumno›

lì — ‹elegante› ‹hermoso›

shuǐ — ‹agua›

Río Lì Shuǐ en la provincia de Yunnan.

玉 出 崑 岡

yù — ‹jade›

chū — ‹salir› ‹provenir› ‹nacer de›

kūn — ‹nombre propio›

gāng — ‹cresta de monte›

Kūnlún: cadena montañosa al norte de la altiplanicie tibetana.

El oro yace en el río Li Shui de la provincia de Yunnan,
y de las montañas Kunlun se obtiene la piedra de jade.

jīn shēng lì shuǐ
yù chū kūn gāng

劍 號 巨 闕

jiàn
‹espada de dos filos›
‹herir con espada›
‹daga›

háo
‹nombre›
‹designación›
‹marca›

jù
‹grande›
‹enorme›
‹equivalente al prefijo «mega»›

quē
‹atalayas ante la puerta del palacio imperial›

Jù Quē: nombre de espada legendaria.

珠 稱 夜 光

zhū
‹perla›

chēng
‹alabar›
‹nombrar›
‹designar›

yè
‹noche›

guāng
‹brillante›
‹luminoso›
‹luz›
‹resplandor›

Yè Guāng: nombre de la perla.

Famosa es entonces la espada llamada *Filo Penetrante* Ju Que,
y la perla conocida como *Noche Luminosa* Ye Guang[4].

jiàn háo jù quē
zhū chēng yè guāng

---

[4] La espada Ju Que era una de las cinco espadas forjadas por el célebre maestro armero Ou Yezuo; la espada perteneció al rey de Yue, en el período Chun Qiu. En la actualidad, en los círculos de artes marciales, la espada Ju Que es bien conocida y mencionada. Se dice que «su hoja puede penetrar el acero». En *Sou shen Ji*, célebre obra de Kan Pao (siglo IV), se menciona la mítica perla, que tenía la cualidad de iluminar la noche. Pertenecía al marqués de Sui, y fue la recompensa a su atrevimiento y audacia por curar a una serpiente herida, esta le dio la perla en señal de gratitud.

果 珍 李 柰

guǒ — ‹fruta›

zhēn — ‹estimar› ‹apreciado›

lǐ — ‹ciruelo›

nài — ‹manzano›

菜 重 芥 薑

cài — ‹comida› ‹vegetales›

chóng — ‹pesado› ‹apreciados›

jiè — ‹mostaza›

jiāng — ‹jengibre›

Estimadas son las frutas del ciruelo y del manzano;
la mostaza y el jengibre, apreciados vegetales.

guǒ zhēn lǐ nài
cài chóng jiè jiāng

海 鹹 河 淡

hǎi ‹mar› | xián ‹salado› | hé ‹río› | dàn ‹insípido, insaboro›

鱗 潛 羽 翔

lín ‹peces con escamas› | qián ‹esconder bajo el agua› ‹sumergirse› | yǔ ‹plumas› ‹alas› | xiáng ‹volar planeando› ‹elevarse en el aire› ‹minucioso›

海 鹹 河 淡

鱗 潛 羽 翔

El mar es salado y el agua del río es insabora,
hay peces en las profundidades, y aves que planean en los cielos.

hǎi xián hé dàn
lín qián yǔ xiáng

龍 師 火 帝

lóng	shī	huǒ	dì
‹dragón› ‹hombre› ‹eminente›	‹profesor›	‹fuego› ‹encolerizarse› ‹el planeta Marte›	‹emperador›

Lóng Shī: Maestros Dragones. Huǒ Dì: Emperador del Fuego.

鳥 官 人 皇

niǎo	guān	rén	huáng
‹pájaro›	‹funcionario› ‹mandarín› ‹ejercer un cargo›	‹hombre›	‹soberano› ‹supremo› ‹imperial›

Niǎo Guān: Oficiales Pájaro. Rén Huáng: Soberano de los Hombres.

龍 師 火 帝
鳥 官 人 皇

Antaño, los llamados Maestros Dragones y el Emperador del Fuego,
los Oficiales Pájaros y el Señor de los Hombres,
/dieron a conocer sus artes[5].

lóng shī huǒ dì
niǎo guān rén huáng

[5] El emperador Fu Xi designaba a sus oficiales con los nombres de los distintos colores de los dragones de las antiguas leyendas chinas. Por otra parte, los primeros cinco emperadores del Periodo Legendario —Fu Xi, She Nong, Huang Di, Shao Hao y Gao Yang— estaban asociados cada uno de ellos con los cinco elementos: madera, fuego, tierra, metal y agua. El elemento del fuego correspondía al emperador Shen Nong. Shao Hao designaba a sus oficiales con nombres de diferentes aves.

始 制 文 字

shǐ	zhì	wén	zì
‹empezar› ‹primero›	‹unificar› ‹controlar› ‹regular›	‹composición literaria› ‹ideogramas› ‹cultura›	‹letra› ‹caracter chino› ‹expresión›

Wén zì: caracteres/escrito/fraseologia.

乃 服 衣 裳

nǎi	fú	yī	shāng
‹después› ‹también›	‹tejido› ‹ropa› ‹vestir›	‹vestido que cubría la mitad superior del cuerpo›	‹ropas›

Yī shāng: ropas, tejidos.

Inventados fueron entonces los caracteres de la escritura,
y comienza la confección de tejidos.

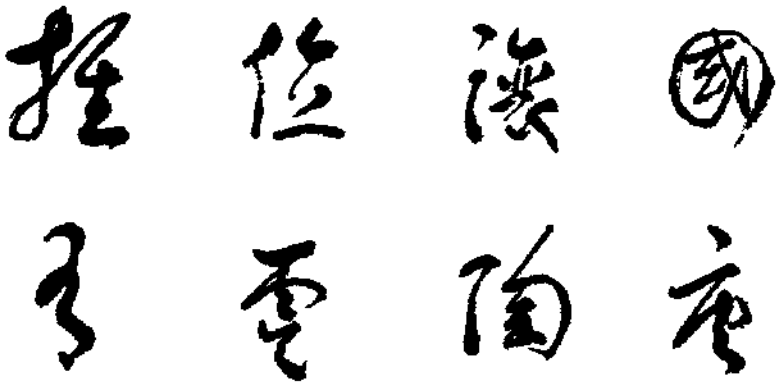
shǐ zhì wén zì
nǎi fú yī shāng

推 位 讓 國

tuī	wèi	ràng	guó
‹rechazar› ‹proponer a otro cargo› ‹ceder› ‹recomendar›	‹sitio› ‹posición› ‹trono›	‹ceder el puesto› ‹permitir› ‹invitar›	‹país› ‹reino›

有 虞 陶 唐

yǒu	yú	táo	táng
‹tener› ‹haber› ‹existir›	‹nombre de la dinastía fundada por el emperador Shuen (xun)›	‹Gao Yao, uno de los ministros del emperador Shuen (xun)›	‹nombre de dos dinastías: a) Tang Yao (2357?-2256? a.C.) fundada por el emperador Yao. b) Tang (618-907 d.C.) fundada por Li Shimin›



¡Aclamados tiempos aquellos en los que el trono no era hereditario,
/y los emperadores eran capaces de abdicar!
El emperador Yao de Tang abdica en favor de Xun,
/y este en favor de Yú.

tuī wèi ràng guó
yǒu yú táo táng

弔	民	伐	罪
diào	mín	fá	zuì
‹consolar› ‹pésame›	‹pueblo› ‹gente›	‹golpear› ‹sojuzgar por las armas› ‹talar›	‹delito› ‹castigo› ‹incriminar›

周	發	殷	湯
zhōu	fā	yīn	tāng
‹nombre de dinastía›	‹nombre propio del emperador Wu Wang› ‹distribuir› ‹lanzar›	‹expresar› ‹nombre de dinastía› ‹discutir›	‹nombre póstumo del fundador de la dinastía Shāng› ‹sopa› ‹caldo caliente›

Es preciso apoyar al pueblo castigando a los malhechores[6];
así hicieron los emperadores Fa y Tang[7].

diào mín fá zuì
zhōu fā yīn tāng

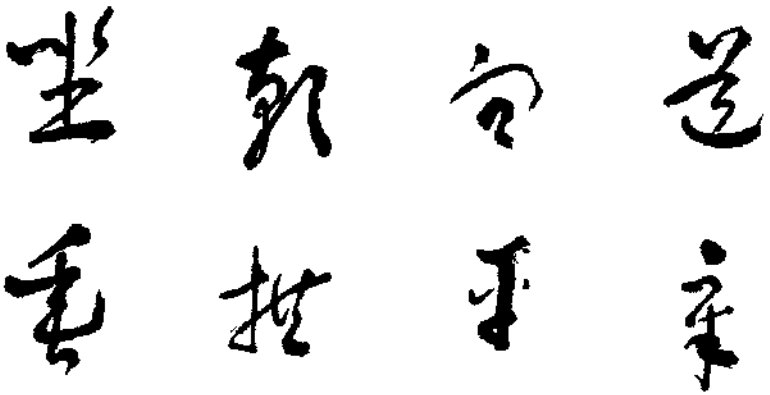
---

[6] Frase utilizada en la actualidad.

[7] Tang, primer emperador de la dinastía Shang, alrededor de 1600 a.C. Fa, o Ji Fa, primer emperador de la dinastía Zhou 1046 a.C.-1043 a.C.

坐	朝	問	道
zuò	cháo	wèn	dào
‹sentarse›	‹trono imperial›	‹preguntar›	‹camino› ‹vía›

垂	拱	平	章
chuí	gǒng	píng	zhāng
‹inclinarse hacia› ‹dignarse› ‹colgar› ‹gradualmente›	‹juntar las manos ante el pecho para saludar›	‹igual› ‹uniforme› ‹en armonía› ‹apaciblemente›	‹orden› ‹reglamento› ‹una unidad›



El soberano en su trono consulta a sus ministros sobre el gobierno,
/y estos se inclinan respetuosos.
Y de su serenidad majestuosa emana el orden del Imperio[8].

zuò cháo wèn dào
chuí gǒng píng zhāng

---

[8] El texto alude a un concepto chino, el *wu wei*, de difícil traducción en las lenguas occidentales. Puesto que la ley del Cielo gobierna todos los fenómenos, es conveniente adoptar la actitud del *wei wu wei*, literalmente «hacer haciendo nada». Un ejemplo bastante gráfico es el de las ramas del sauce, que se inclinan bajo el peso de la nieve, mientras que las ramas de otro árbol más rígido se quiebran. Se trata de favorecer positivamente la acción de fuerzas superiores oponiendo la mínima resistencia. Como ejemplo de *wu wei*, Alan Watts (*El camino del Tao*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2001) menciona la técnica de las artes marciales consistente en valerse de la energía del enemigo.

愛 育 黎 首

ài	yù	lí	shǒu
‹amor›	‹impartir conocimientos›		

Lí shǒu: pueblo de cabellos negros (pueblo chino).

臣 伏 戎 羌

chén	fú	róng	qiāng
‹oficial› ‹ministro› ‹vasallo› ‹súbdito› ‹someter› ‹juzgar›	‹someterse humildemente›	‹poblaciones no chinas del oeste› ‹atacar› ‹conquistar›	‹tribus del oeste (Tíbet)›

Haya amor y educación para el pueblo chino,
y de este modo, gustosas rendirán vasallaje las tribus del Oeste.

ài yù lí shǒu
chén fú róng qiāng

遐 邇 壹 體

xiá — ‹lejano› ‹distante›

ěr — ‹cerca›

yì — ‹escritura mayúscula del caracter yì (uno)›

tǐ — ‹cuerpo›

Xiá ěr: lejos y cerca; por doquier.

率 賓 歸 王

shuài — ‹someterse a› ‹franco, distinguido› ‹elegante›

bīn — ‹agasajar a un huesped› ‹someterse a la autoridad y reconocerla›

guī — ‹adherirse› ‹anexionar, ofrecer›

wáng — ‹rey›

Es preciso tratar a unos y otros como miembros de un solo cuerpo,
de esta manera los pueblos bárbaros se someterán de grado al Rey.

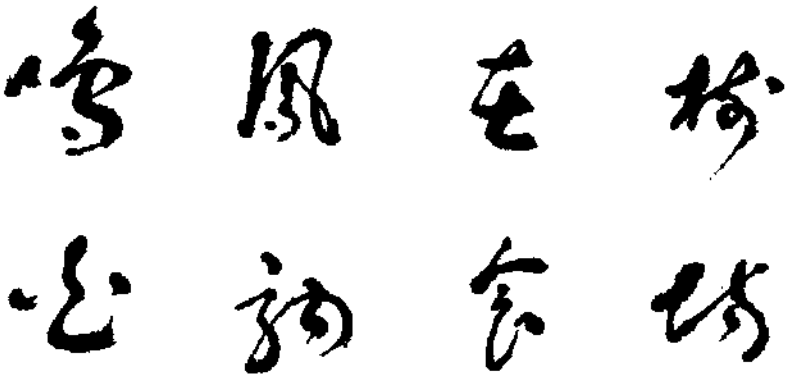
xiá ěr yì tǐ
shuài bīn guī wáng

鳴 鳳 在 樹

míng	fèng	zài	shù
‹piar› ‹trinar› ‹hacer sonar›	‹fénix (ave)›	‹estar›	‹árbol›

白 駒 食 場

bái	jū	shí	cháng
‹blanco› ‹puro› ‹vacío›	‹potrillo› ‹brioso›	‹alimento› ‹comer› ‹beber›	‹terreno llano› ‹duración de un asunto› ‹plaza›



En los árboles el fénix entona su canto[9],
los potrillos despreocupados pastan en las praderas.

míng fèng zài shù
bái jū shí cháng

[9] Según tradición en la antigua China la aparición de un pájaro fénix era señal de prosperidad y prueba de la sabiduría y buen gobierno del emperador.

化 被 草 木

huà — ‹cambio› ‹transformación›

bèi — ‹signo de pasiva›

cǎo — ‹hierba›

mù — ‹madera›

Cǎo mù: plantas, vegetales.

賴 及 萬 方

lài — ‹provecho› ‹ganancia› ‹confiar en› ‹favorecer›

jí — ‹alcanzar›

wàn — ‹diez mil›

fāng — ‹los cuatro puntos cardinales› ‹cuadrado› ‹lugar, sitio›

化被草木
賴及萬方

La hierba y los bosques verdean,
y la prosperidad se extiende sobre todos los rincones del reino.

huà bèi cǎo mù
lài jí wàn fāng

盖	此	身	髮
gài	cǐ	shēn	fā
‹ya que›	‹estos›	‹cuerpo›	‹cabello›

四	大	五	常
sì	dà	wǔ	cháng
‹cuatro›	‹grande›	‹cinco›	‹frecuente› ‹habitual, en general› ‹duradero›

Sì dà: «Los cuatro grandes»: hombre, cielo, tierra y tao. «Los cuatro elementos»: tierra, fuego, agua, aire.

Wǔ cháng: «Las cinco virtudes»: benevolencia, justicia, cortesía, sabiduría y sinceridad. «Los cinco elementos»: agua, fuego, madera, metal y tierra.

Del mismo modo, nosotros,
/y cada una de las partículas que nos componen,
pertenecemos al mundo de los cuatro elementos
/y de las cinco virtudes[10].

gài cǐ shēn fā
sì dà wǔ cháng

---

[10] Las cinco constantes ó *wu chang* son: *Ren*, «benevolencia»; *Yi*, «rectitud»; *Li*, «corrección»; *Zhi*, «sabiduría» (discernimiento, criterio) y *Xin*, «sinceridad». Los cinco elementos en la cultura china son: madera, tierra, fuego, metal y agua; y los cuatro elementos, o *si da*, a los que hace mención el verso, son los mismos que en la cultura búdica y que en la Grecia clásica, a saber: tierra, agua, fuego y aire ó viento.

恭 惟 鞠 養

gōng ‹venerar› ‹guardar reverentemente›

wéi ‹ser› ‹pensar›

jū ‹niño pequeño› ‹criar›

yǎng ‹alimentar› ‹educar›

Gōng wéi: cumplir, lisonjear, adular.

Jū yǎng: criar, educar.

豈 敢 毀 傷

qǐ ‹partícula de interrogación retórica: ¿cómo es posible? ¿por ventura?›

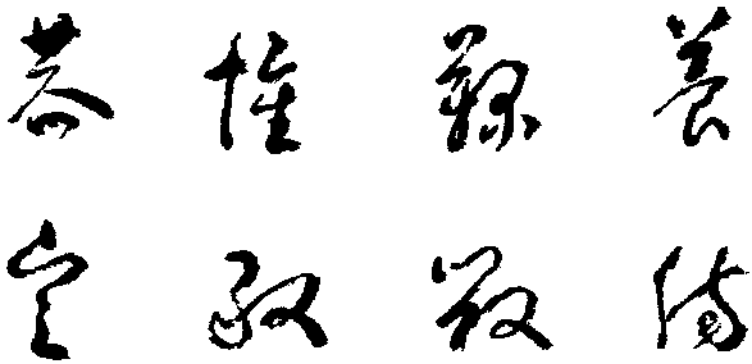
gǎn ‹osar› ‹tener la audacia› ‹atreverse› ‹intrépido›

huǐ ‹destruir› ‹denigrar› ‹calumniar›

shāng ‹herir› ‹perjudicar› ‹ofender›

Qǐ gǎn: ¿cómo atreverse?

Huǐ shāng: dañar, estropear.



Y si además consideramos el esmero paterno en nuestra crianza,
¿por qué pervertir nuestras virtudes innatas?

gōng wéi jū yǎng
qǐ gǎn huǐ shāng

女 慕 貞 烈

nǚ — ‹mujer›

mù — ‹admirar› ‹adorar› ‹observar›

zhēn — ‹firmeza moral› ‹casto› ‹virtuoso›

liè — ‹recto› ‹íntegro› ‹mujer casta› ‹violento›

Zhēn liè: recto e inflexible.

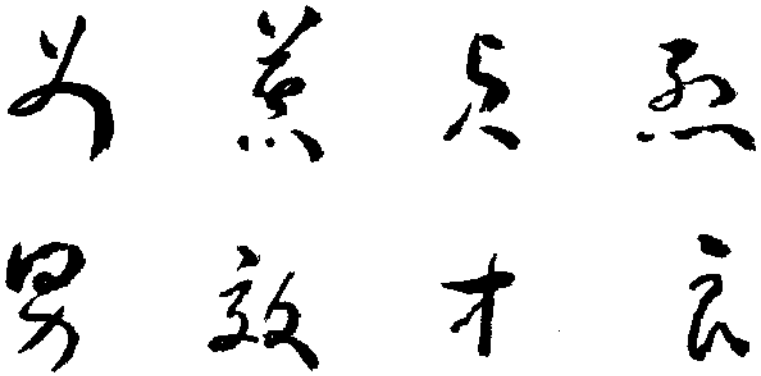
男 效 才 良

nán — ‹hombre›

xiào — ‹esforzarse› ‹imitar› ‹eficacia›

cái — ‹talento› ‹cualidad natural›

liang — ‹bueno› ‹sincero› ‹innato›



La mujer observa rectitud y fidelidad,
el hombre cultiva con diligencia sus talentos naturales.

nǚ mù zhēn liè
nán xiào cái liang

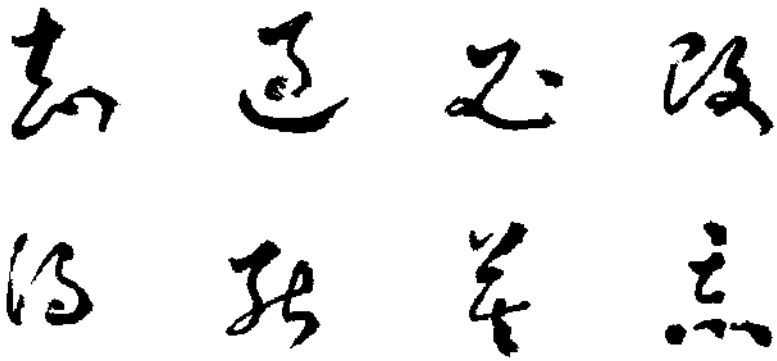
知 過 必 改

zhī	guò	bì	gǎi
‹saber›	‹error›	‹ser necesario›	‹corregir›
‹conocer›	‹falta›	‹es preciso›	‹modificar›

Zhī guò: corregir errores.

得 能 莫 忘

dé	néng	mò	wàng
‹obtener›	‹talento›	‹*indicando prohibición*›	‹olvidar›
‹adquirir›	‹competente›	‹no hay›	
‹lograr›	‹ser capaz›	‹no tener›	
‹estar contento›			



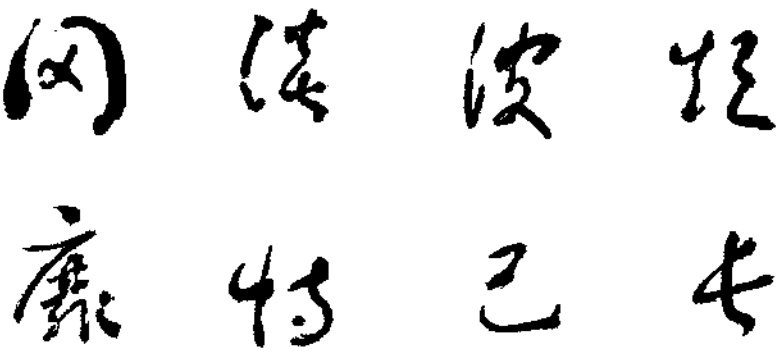
Conoce tus fallos, y corrígelos,
sin olvidarlos a fin de preservar la felicidad[11].

zhī guò bì gǎi
dé néng mò wàng

[11] Frase hecha utilizada en la actualidad.

罔	談	彼	短
wǎng	tán	bǐ	duǎn
‹no› ‹desordenado› ‹engañar›	‹hablar›	‹aquel› ‹aquella› ‹él› ‹ella›	‹defectuoso› ‹desventaja› ‹deficiencia›

靡	恃	己	長
mí	shì	jǐ	cháng
‹no› ‹derrochar› ‹malgastar›	‹depender› ‹recurrir a›	‹de uno› ‹personal›	‹cualidades (de uno)›



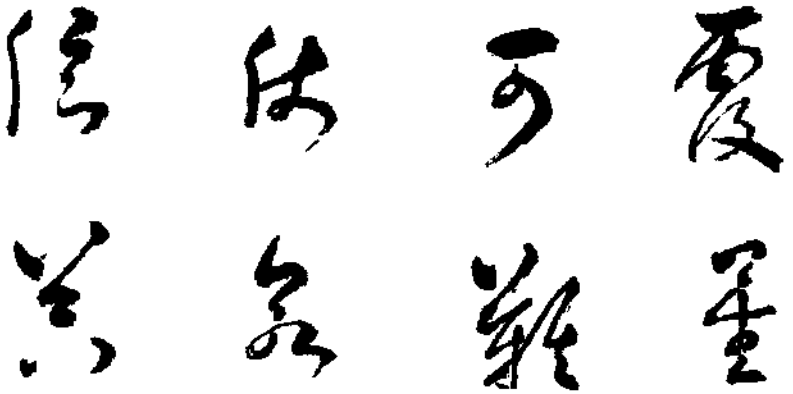
Evitemos criticar los defectos ajenos,
y pavonearnos de las propias cualidades[12].

wǎng tán bǐ duǎn
mí shì jǐ cháng

[12] Frase hecha utilizada en la actualidad.

信	使	可	覆
xìn	shǐ	kě	fù
‹sinceridad› ‹buena fe› ‹confiar›	‹ordenar› ‹utilizar› ‹emplear› ‹hacer de modo que› ‹servirse de›	‹ser digno de› ‹poder›	‹reexaminar› ‹dar cuenta de› ‹volver› ‹retornar› ‹recomenzar›

器	欲	難	量
qì	yù	nán	liáng
‹grandeza o pequeñez de alma› ‹lo que uno puede emprender o soportar›	‹desear› ‹aspirar› ‹ambicionar›	‹difícil›	‹sopesar› ‹considerar› ‹capacidad› ‹evaluar›



Seamos sinceros y capaces de rectificar.
Y emprendamos solo empresas a la medida de nuestra capacidad.

xìn shǐ kě fù
qì yù nán liáng

墨	悲	絲	染
mò	bēi	sī	rǎn
‹Mozi›	‹afligido› ‹compadecerse›	‹hilo de seda›	‹teñir› ‹impregnar›

詩	讚	羔	羊
shī	zàn	gāo	yáng
‹oda› ‹poesía›	‹alabar›	‹cordero› ‹cabrito›	‹oveja› ‹cabra›

Mozi observó el efecto de la tintura en la pureza del paño de seda,
/y afligido exclamó:
/«¡Así empaña el hombre su naturaleza original!»[13].
En las *Odas* se alude a la nobleza de los letrados como a la pureza
/de la oveja blanca[14].

mò bēi sī rǎn
shī zàn gāo yáng

---

[13] Mozi, fundador de la escuela de pensamiento moísta durante el periodo de los Reinos Combatientes.

[14] En el clásico *I Ching* se hace mención a los oficiales de la corte ataviados con pieles de cordero, que simbolizaban la pureza de carácter.

景 行 維 賢

jǐng ‹luz› ‹grande›

xíng ‹avanzar› ‹acción› ‹camino›

wéi ‹mantener› ‹unir› ‹principio fundamental›

xián ‹virtuoso› ‹sabio› ‹talento y virtud›

Jǐng xíng: conducta noble.

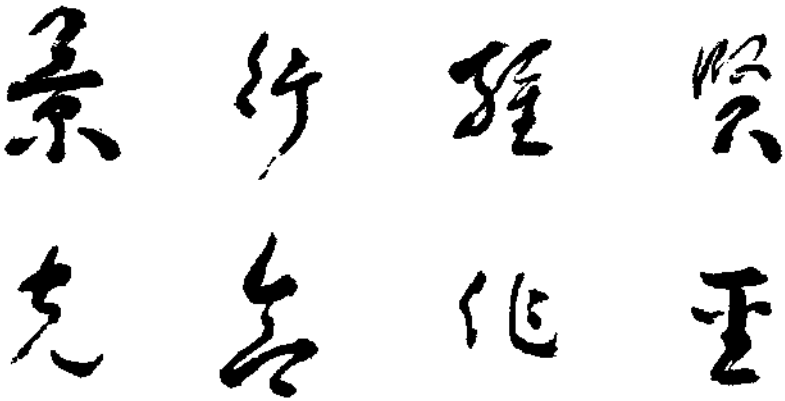
克 念 作 聖

kè ‹ser capaz de› ‹dominar›

niàn ‹pensar› ‹reflexionar›

zuò ‹crear› ‹hacer›

shèng ‹sabio y santo› ‹virtuoso›



Sigue el camino virtuoso de los principios fundamentales,
estudia y domina tu pensamiento, como los sabios hacen.

jǐng xíng wéi xián
kè niàn zuò shèng

德	建	名	立
dé	jiàn	míng	lì
‹virtud›	‹fuerte› ‹saludable›	‹célebre› ‹nombrar›	‹sobresalir› ‹destacar›

形	端	表	正
xíng	duān	biǎo	zhèng
‹forma corporal› ‹materia› ‹apariencia›	‹correcto› ‹modesto›	‹modelo› ‹ejemplo› ‹manifestarse›	‹exacto› ‹irreprochable› ‹justo› ‹tomar por norma›

Sé fuerte en la virtud, y tu nombre será célebre;
observa una apariencia correcta y ademanes irreprochables.

dé jiàn míng lì
xíng duān biǎo zhèng

空 谷 傳 聲

kōng
‹vacuidad›
‹ocio›
‹vacío›

gǔ
‹valle›

chuán
‹propagar›
‹transmitir›
‹contagiar›

shēng
‹sonido›
‹voz›
‹tono›

Chuán shēng: propagación del sonido.

虛 堂 習 聽

xū
‹vacío›
‹hueco›
‹vacante›
‹falso›
‹débil›
‹tímido›

táng
‹palacio›
‹gran sala›
‹meseta de una montaña›

xí
‹practicar›
‹habitual›
‹ejercitar›
‹apacible›
‹ligero›
‹suave viento›
‹revolotear de alas de un ave (idea de repetición)›

tīng
‹oír›
‹escuchar›

En la quietud del valle resuenan las voces,
y en palacio el más leve suspiro se vuelve eco.

kōng gǔ chuán shēng
xū táng xí tīng

禍	因	惡	積
huò	yīn	è	jī
‹desgracia› ‹calamidad›	‹causa› ‹razón›	‹mal› ‹extremadamente malvado› ‹malintencionado› ‹perverso›	‹acumular› ‹amontonar›

福	緣	善	慶
fú	yuán	shàn	qìng
‹favor celeste› ‹dicha› ‹felicidad›	‹causa› ‹afinidad›	‹bueno› ‹virtuoso› ‹el bien›	‹felicitar› ‹recompensar› ‹congratular›

Nuestras malas acciones son causa de nuestras desgracias;
las buenas acciones atraen los favores del cielo[15].

huò yīn è jī
fú yuán shàn qìng

[15] Frase hecha utilizada en la actualidad.

尺璧非寶

chě
‹pie chino›
‹medir›

bì
‹disco de jade con orificio en el centro›
‹piedra preciosa›
‹jade›

fēi
‹no ser›

bǎo
‹tesoro›

寸陰是競

cùn
‹pulgada›
‹corto›

yīn
‹principio femenino›

shì
‹ser›

jìng
‹poderoso›
‹disputar›
‹rivalizar›

Cùn yīn: un instante.

尺璧非寶
寸陰是競

La joya más preciada no es tan valiosa
como el pleno disfrute de un instante[16].

chě bì fēi bǎo
cùn yīn shì jìng

[16] Frase hecha utilizada en la actualidad.

資 父 事 君

zī — ‹dar› ‹proveer›

fù — ‹padre (padres)›

shì — ‹servir a un superior› ‹cosa› ‹asunto›

jūn — ‹soberano› ‹emperador› jefe› ‹superior›

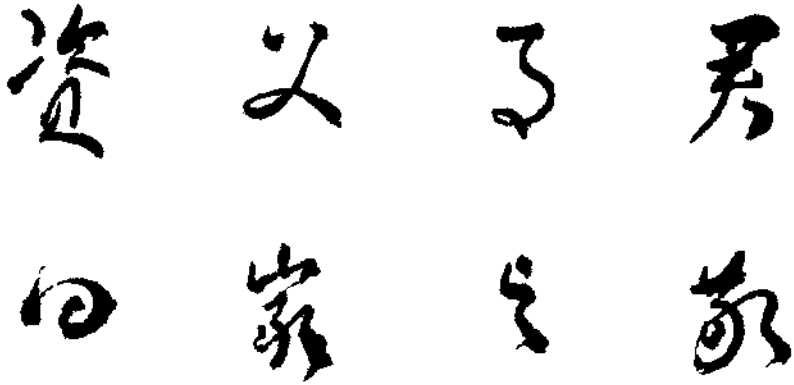
曰 嚴 與 敬

yùe — ‹partícula eufónica inicial› ‹decir› ‹declarar›

yán — ‹severo›

yǔ — ‹otorgar› ‹en favor o en perjuicio de›

jìng — ‹respetar› ‹venerar›



En el trato con los padres y en el servicio a los superiores,
se espera una actitud de gravedad y respeto.

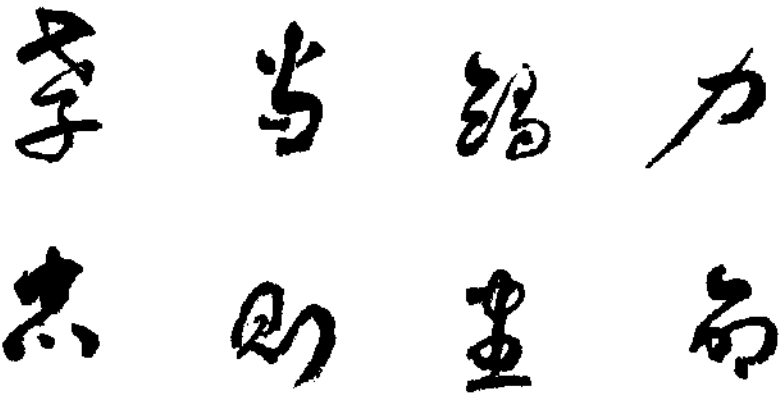
zī fù shì jūn
yùe yán yǔ jìng

孝	當	竭	力
xiào	dāng	jié	lì
‹piedad filial› ‹duelo› ‹luto›	‹es necesario› ‹conviene›	‹con todas las fuerzas› ‹hasta el fin› ‹agotar›	‹esfuerzo› ‹energía› ‹fuerza›

Jié lì: hacer todo lo posible, con toda la energía.

忠	則	盡	命
zhōng	zé	jìn	mìng
‹lealtad› ‹rectitud interna› ‹integridad› ‹sinceridad›	‹entonces› ‹método› ‹regla›	‹en el más alto grado› ‹todo›	‹mandato del cielo (conferido a un soberano)› ‹vida› ‹destino›

Jìn mìng: dar la vida.



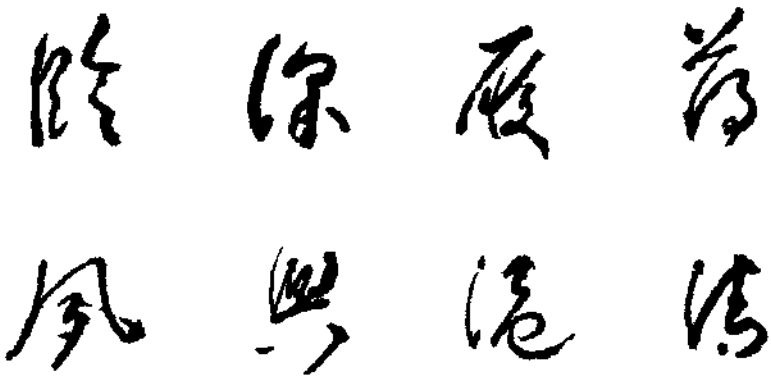
Es conveniente con todas las fuerzas observar el amor filial,
y profesar lealtad inquebrantable al soberano.

xiào dāng jíe lì
zhōng zé jìn mìng

臨	深	履	薄
lín	shēn	lù	báo
‹aproximarse›	‹profundo›	‹pisar sobre algo›	‹fino›
‹a punto de›	‹recóndito›	‹llevar a cabo›	‹delgado›
‹copiar›	‹intenso›		‹mediocre›
			‹despreciar›

Lín shēn lù báo: andar con cautela, tomar precauciones ante el peligro.

夙	興	温	清
sù	xīng	wēn	qīng
‹matinal›	‹levantarse›	‹tibio›	‹claro›
‹por la mañana›	‹elevar›	‹recalentar›	‹fresco›
‹viejo›	‹excitar›	‹suave›	‹apurar›
‹antiguo›	‹prosperar›	‹repasar›	‹el vacío puro (taoísmo)›
		‹mediocre›	
		‹puro›	



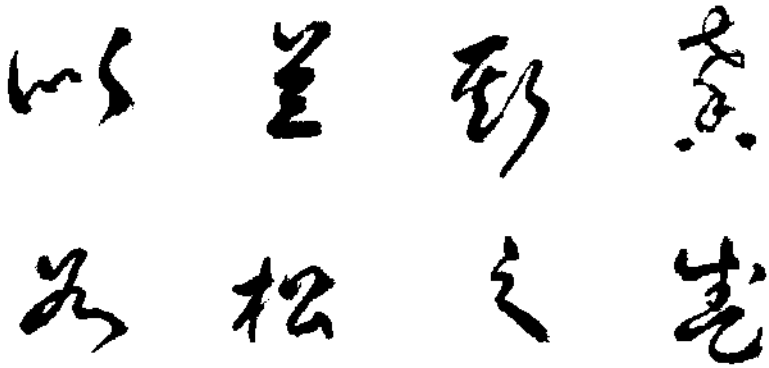
Es preciso ser cauteloso como al caminar sobre hielo o
/al bordear un peligro;
levantarse con el frescor matinal, y acostarse tras acomodar
/a los padres[17].

lín shēn lù báo
sù xīng wēn qīng

[17] En la China antigua era costumbre garantizar el bienestar de los padres calentando el colchón de su cama, y solo entonces retirarse. La costumbre persiste en nuestros días, principalmente en las zonas rurales.

似	蘭	斯	馨
sì	lán	sī	xīn
‹parecerse a› ‹semejante› ‹parecería que›	‹orquídea› ‹oloroso› ‹aromático›	‹este, esta, estos, estas› ‹ser› ‹rasgar›	‹perfume intenso› ‹*figurado*, recuerdo imperecedero de sus virtudes›

如	松	之	盛
rú	sōng	zhī	chèng
‹como› ‹al igual que› ‹alcanzar›	‹pino›	‹signo de genitivo o posesivo› ‹partícula eufónica inicial, intercalada o final› ‹este, esta› ‹ir a› ‹en cuanto›	‹vigoroso› ‹floreciente› ‹próspero›



Y con todos ser como la orquídea que ofrece su perfume,
y como el pino vigoroso a cuya sombra siempre se puede acudir.

sì lán sī xīn
rú sōng zhī chèng

川 流 不 息

chuān	liú	bù	xī
‹corriente de agua›	‹fluir›	‹no›	‹cesar›
‹arroyo›	‹propagar›		‹detenerse›
‹que fluye›	‹circular›		‹reposo›
‹continuo›	clase social›		‹respirar›
	‹desterrar›		

淵 澄 取 瑛

yuān	chéng	qǔ	yìng
‹agua profunda›	‹agua clara›	‹recibir›	‹espejo›
	‹pura›	‹tomar›	‹reflejar la luz›
	‹dejar posar›	‹escoger›	‹sombra›
		‹hacer uso›	‹reflejo›

川 源 不 息

渊 澄 取 映

Y como el fluir del arroyo nunca detenerse[18],
y como en el reflejo luminoso de aguas profundas reconocernos.

chuān liú bù xī
yuān chéng qǔ yìng

[18] Frase hecha utilizada en la actualidad.

容	止	若	思
róng	zhǐ	ruò	sī
‹porte›	‹actitud›	‹conformarse a›	‹pensar›
‹presencia›	‹maneras›	‹así›	‹reflexionar›
‹contener›	‹aire›	‹de este modo›	‹pensar con afecto›
‹recibir›	‹detenerse›	‹ser como›	‹pensativo›
‹tolerar›	‹habitar›		‹idea›
	‹objetivo›		

Róng zhǐ: comportamiento, actitud.

言	辭	安	定
yán	cí	ān	dìng
‹palabra›	‹término›	‹paz›	‹tranquilo›
‹expresión›	‹expresión›	‹tranquilo›	‹en calma›
‹locución›	‹palabra›	‹calma›	‹subscribirse›
‹frase›	‹despedirse›	‹seguridad›	‹decidir›
	‹esquivar›	‹estar satisfecho›	

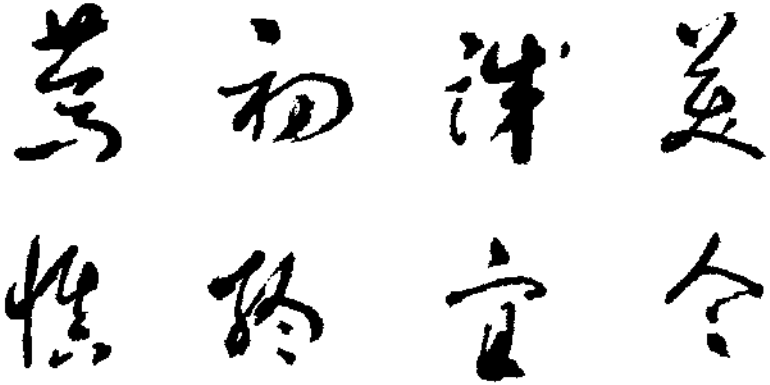
Ān dìng: tranquilo, apaciguado, seguro.

Que seas de porte reflexivo,
que seas de palabras pausadas.

róng zhǐ ruò sī
yán cí ān dìng

篤	初	誠	美
dǔ	chū	chéng	měi
‹firme›	‹comienzo›	‹realmente›	‹admirable›
‹sincero›	‹principio›	‹sincero›	‹excelente›
‹sólido›		‹verdadero›	‹bello›
‹generoso›			

慎	終	宜	令
shèn	zhōng	yí	líng
‹cuidadoso›	‹acabar por completo›	‹se debe›	‹virtuoso›
‹cauto›	‹concluir›	‹conveniente›	‹excelente›
‹poner atención en›	‹morir›	‹oportuno›	‹mandar›
‹discreto›	‹finalmente›	‹apropiado›	‹decretar›
			‹hacer que›



Un principio sincero y diligente es loable,
la constancia para concluirlo es excelente.

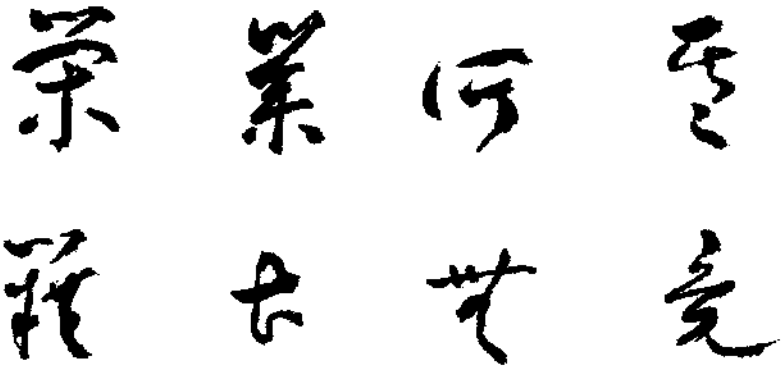
dǔ chū chéng měi
shèn zhōng yí líng

榮 業 所 基

rǒng	yè	suǒ	jī
‹glorioso›	‹cargo›	‹lo que	‹fundamento›
‹honor›	‹oficio›	causa›	‹raíz›
‹ilustre›	‹ocupación›	‹sitio›	‹base›
‹honorable›	‹profesión›	‹local›	‹según›
	‹patrimonio›		‹conforme a›

籍 甚 無 竟

jí	shèn	wú	jìng
‹tomar notas›	‹superlativo›	‹no›	‹límite›
‹registro›	‹muy›	‹sin›	‹termino›
‹cuaderno›			‹fin›
‹país natal›			‹extremo›
‹nacionalidad›			‹frontera›
‹reputación›			



Todo ello es el fundamento de una carrera honorable,
y el origen de una reputación superlativa.

róng yè suǒ jī
jí shèn wú jìng

學 優 登 仕

xué	yōu	dēng	shì
‹educación›	‹excelente›	‹elevarse›	‹funcionario›
‹estudiar›	‹bueno›	‹ascender›	‹ejercer cargo público›
‹aprender›	‹sobrepasar›	‹inscribir›	‹examinar›
		‹madurar›	

攝 職 從 政

shè	zhí	cóng	zhèng
‹atraer hacia sí›	‹tener el cargo de›	‹dirigir›	‹administración›
‹recoger›	‹deberes del cargo›	‹emplearse en›	‹ley›
‹suplir›	‹función›	‹conformarse a›	‹gobierno›
‹ayudar›	‹únicamente›	‹seguir›	
		‹obedecer›	
		‹desde›	

Cóng zhèng: ejercer un cargo público.

學 優 登 仕

攝 職 從 政

Madurar mediante el aprendizaje constante es preciso
/para ascender de rango[19];
así como cumplir nuestros deberes oficiales y colaborar
/en la administración.

xué yōu dēng shì
shè zhí cóng zhèng

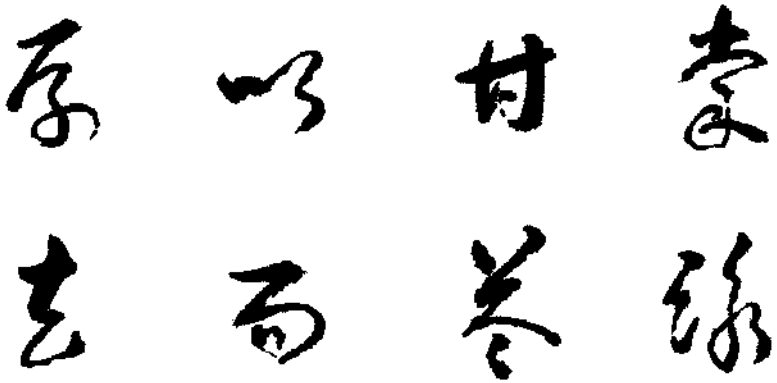
[19] Frase hecha utilizada en la actualidad.

存 以 甘 棠

cún	yǐ	gān	táng
‹preservar›	‹pensar en›	‹según›	‹peral silvestre›
‹existir›	‹servirse de›	‹de acuerdo con›	
‹ser›	‹emplear›	‹dulce›	
‹informarse›	‹causa›	‹de buena gana›	
‹guardar›	‹razón›	‹dormir a pierna suelta›	
‹depositar›			

去 而 益 詠

qù	ér	yì	yǒng
‹irse›	‹y›	‹ventajoso›	‹declamar›
‹dejar›	‹pero›	‹provecho›	‹cantar›
‹partir›	‹entonces›	‹enriquecerse›	‹poema lírico›
‹marcharse›		‹todavía mas›	



Cumple tu deber con dedicación y alegría,
/como se cultiva el peral silvestre *yao nan*,
en conmemoración del duque Shao[20]. Y en tu ausencia tu nombre
/será celebrado en romances.

cún yǐ gān táng
qù ér yì yǒng

[20] El duque Shao fue consejero y mano derecha del duque de Zhou (Zhou Gongdan), hermano del primer emperador de la dinastía Zhou, y gobernó como regente tras la muerte de este, consolidando el poder de los Zhou. Sería considerado en los textos confucianos como ejemplo de caballero virtuoso.

樂 殊 貴 賤

yuè	shū	guì	jiàn
‹música›	‹diferente›	‹honorable›	‹de baja condición›
‹protocolo	‹otro›	‹clase alta›	‹barato›
‹cortesía›	‹exceder›	‹caro›	‹frívolo›
	extraordinario›		‹despreciar›
	‹condenar›		‹(*cortesía*, mi
	resuelto a		humilde...)›

禮 別 尊 卑

lǐ	bié	zūn	bēi
‹reverenciar›	‹separar›	‹honorable›	‹bajo›
‹dar culto›	‹distinguir›	‹honrar›	‹inferior›
‹ceremonia›	‹no quieras...›	‹venerar›	‹vulgar›
‹etiqueta›		‹respetar›	‹vil›

La cortesía se atiene al protocolo
y la etiqueta es distinta entre la nobleza y la plebe.

yuè shū guì jiàn
lǐ bié zūn bēi

上 和 下 睦

shàng	hé	xià	mù
‹arriba›	‹armonía›	‹inferior›	‹concordia›
‹superior›	‹reconciliación›	‹debajo›	‹armonía›
‹subir›	‹amistoso›	‹descender›	‹paz›
‹ir hacia›	‹amable›	‹humillarse›	
‹aplicar›	‹*denota relaciones:* con, juntamente, y›		

夫 唱 婦 隨

fū	chàng	fù	suí
‹marido›	‹cantar›	‹esposa›	‹seguir›
‹hombre›		‹mujer›	‹continuar›

上和下睦

夫唱婦隨

Entre superiores e inferiores reina la armonía:
el marido inicia el canto y la esposa le sigue[21].

shàng hé xià mù
fū chàng fù suí

[21] Frase hecha utilizada en la actualidad.

外 受 傅 訓

wài	shòu	fù	xùn
‹extranjero›	‹recibir›	‹maestro›	‹enseñar›
‹fuera›	‹aguantar›	‹ayudar›	‹instruir›
	‹tolerar›		‹comentar›
	‹aceptar›		

入 奉 母 儀

rù	fèng	mǔ	yí
‹entrar›	‹recibir algo con	‹madre›	‹modelo›
‹penetrar en	las dos manos	‹dama›	‹norma›
la casa›	*(respetuoso)*›	‹hembra›	‹costumbre›
‹dentro›	respetar›	‹origen›	‹instrumento›
‹alcanzar›	‹conformarse›		‹modales›

Mǔ yí: madre modelo.

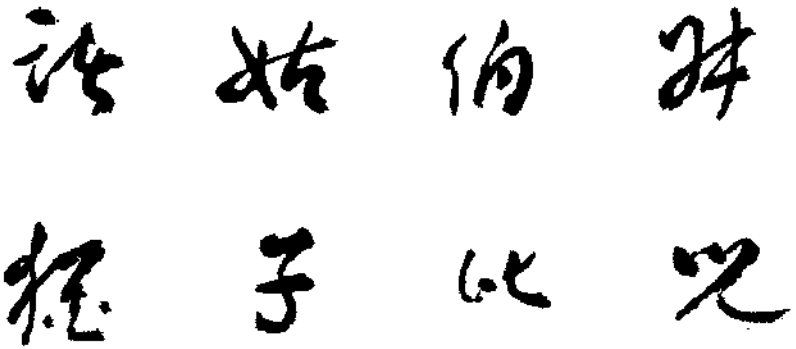
En el exterior, buscaremos la instrucción del Maestro.
En el hogar se sigue el modelo de la madre.

wài shòu fù xùn
rù fèng mǔ yí

諸	姑	伯	叔
zhū	gū	bǎi	shū
‹todo› ‹todos›	‹tío paterno›	‹hermano mayor del padre›	‹hermano menor del padre›

Zhū gū: tíos paternos.

猶	子	比	兒
yóu	zǐ	bǐ	ér
‹similar› ‹como›	‹hijo› ‹niño›	‹como (*comparativo*)›	‹hijo› ‹infante› ‹niño› ‹diminutivo final›



Trataremos a los tíos paternos como a los propios padres,
y a los hijos de los hermanos como hijos propios.

zhū gū bǎi shū
yóu zǐ bǐ ér

孔	懷	兄	弟
kǒng	huái	xiōng	dì
‹muy› ‹mucho› ‹agujero› ‹franco› ‹libre›	‹abrazar› ‹añorar› ‹seno› ‹pecho› ‹adherirse›	‹hermano mayor›	‹hermano menor›

同	氣	連	枝
tóng	qì	lián	zhi
‹semejante› ‹unión› ‹compartir›	‹vapor› ‹aire› ‹aliento› ‹espíritu vital› ‹el elemento más sutil de todas las cosas› ‹cólera› ‹inspiración›	‹conectar› ‹juntar›	‹rama de un árbol›

Tóng qì lián zhi: idénticos sentimientos, como ramas del mismo tronco.

孔怀兄弟
同气连枝

Al hermano mayor y al hermano menor amaremos por igual,
como a ramas de un mismo árbol.

kǒng huái xiōng dì
tóng qì lián zhi

交	友	投	分
jiāo	yǒu	tóu	fēn
‹recíproco›	‹amistad›	‹ponerse de	‹repartir›
‹mutuo›	‹amigo›	acuerdo›	‹dividir›
‹entablar	‹compañero›	‹regalar›	‹separarse›
relaciones›	‹asociado›	‹recurrir a›	‹parte›
	‹convenir›		‹distinguir›

Jiāo yǒu: hacer amigos, entablar amistad.

切	磨	箴	規
qiē	mó	zhēn	guī
‹tajar›	‹pulir›	‹amonestar›	‹uso establecido›
‹cortar›	‹afilar›	‹advertir›	‹regla›
‹trabajar el hueso	‹moler›	‹avisar›	‹imitar›
o el marfil›	‹molestia›	‹aguja›	‹disco o círculo›
	‹atormentar›		

En la amistad, el consejo mutuo
es como el cincel que pule la piedra[22].

jiāo yǒu tóu fēn
qiē mó zhēn guī

[22] Frase hecha utilizada en la actualidad.

仁 慈 隱 惻

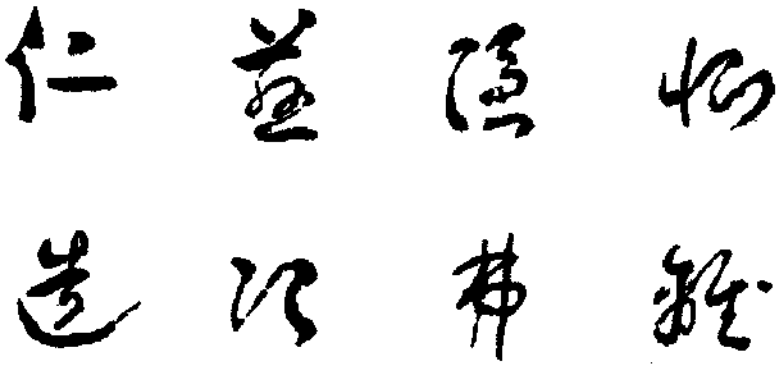
rén	cí	yǐn	cè
‹humanidad›	‹afecto›	‹pobre›	‹compasión›
‹benevolencia›	‹ternura›	‹disimular›	‹aflicción›
‹bondad›	‹cariño›	‹misterioso›	‹sincero›
‹virtud perfecta›	‹bondadoso›	‹afligido›	
	‹ternura maternal›	‹alegoría›	
		‹dolor›	

Rén cí: bondad, misericordia, benignidad.

造 次 弗 離

zào	cì	fú	lí
‹hacer›	‹siguiente›	‹no›	‹irse›
‹crear›	‹vez›		‹apartarse de›
‹época›	‹puesto›		‹luz›
‹construir›	‹segundo›		
‹inventar›	‹inferior›		
‹fundar›	‹etapa›		
‹comenzar›	‹lugar›		

Zào cì: precipitadamente, a prisa.



Tendremos humanidad y afecto para con los desfavorecidos,
de estos no nos apartaremos apresuradamente.

rén cí yǐn cè
zào cì fú lí

節	義	廉	退
jié	yì	lián	tuì
‹rectitud›	‹rectitud›	‹recto›	‹retroceder›
‹templanza›	‹justicia›	‹íntegro›	‹ceder›
‹moderación›		‹moderado›	‹disminuir›
			‹devolver›

顛	沛	匪	虧
diān	pèi	fěi	kuī
‹caer›	‹ser tumbado›	‹no›	‹pérdida›
‹derribar›	‹rápido›	‹rebelde›	‹felizmente›
‹cima›		‹canalla›	‹caer›
‹locura›			‹falto de carácter›

Rectitud, templanza, integridad, humildad:
que estas cualidades no falten en los malos tiempos.

jié yì lián tuì
diān pèi fēi kuī

性 静 情 逸

xìng	jìng	qíng	yì
‹vida›	‹apacible›	‹sentimientos›	‹gozar›
‹pasión›	‹sosiego›	‹deseos›	‹placer›
‹sexualidad›	‹calma›	‹emociones›	‹reposo›
‹impulso›	‹tranquilidad›		‹vivir retirado›
‹naturaleza›	‹silencio›		
	‹reposo›		

心 動 神 疲

xīn	dòng	shén	pí
‹corazón›	‹mover›	‹vitalidad›	‹agotamiento›
‹mente›		‹espíritu supremo›	‹cansancio›
		‹alma espiritual›	‹fatiga›
		‹principio de vida›	

Xīn dòng: estremecerse, conmoverse, emocionarse.

性 靜 情 逸

心 動 神 疲

Una naturaleza tranquila goza de paz,
una mente agitada fatiga el espíritu.

xìng jìng qíng yì
xīn dòng shén pí

守 真 志 滿

shǒu	zhēn	zhì	mǎn
‹guardar›	‹verdadero›	‹ambición›	‹lleno›
‹observar›	‹verdad›	‹deseo›	‹colmado›
‹esperar›	‹realidad›	‹anhelos›	‹satisfecho›
‹custodiar›	‹lo natural y auténtico›	‹objetivo›	‹completo›
	‹(*Dao*) hombre elevado al rango de los Inmortales›	‹anales›	

逐 物 意 移

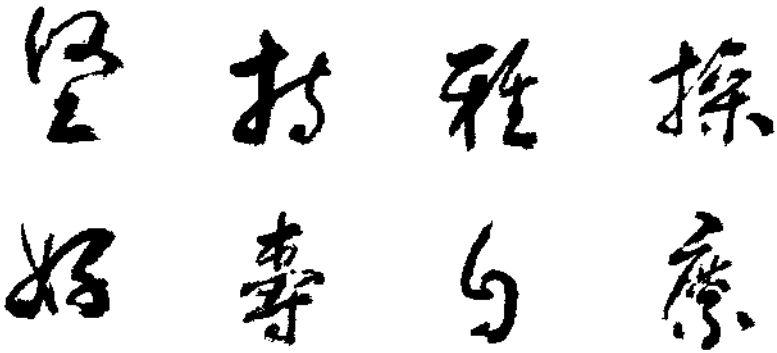
zhú	wù	yì	yí
‹perseguir›	‹la materia›	‹resolución›	‹migrar›
‹rivalizar›	‹los seres›	‹idea›	‹cambiar›
‹avanzar paso a paso›	‹regalo›	‹pensamiento›	‹trasladar›
	‹cosas›	‹plan›	‹mover›
	‹objetos›		

Preservando nuestra naturaleza se colman nuestros deseos,
persiguiendo bienes materiales nos apartamos del camino.

shǒu zhēn zhì mǎn
zhú wù yì yí

堅	持	雅	操
jiān	chí	yǎ	cāo
‹persistir› ‹insistir› ‹sostener con fuerza› ‹firme›	‹aguantar› ‹mantener› ‹tener asido fuertemente› ‹conducir› ‹no ceder›	‹elegante› ‹correcto› ‹distinguido›	‹firmeza de conducta› ‹principios› ‹propósito›

好	爵	自	糜
hǎo	jué	zì	mí
‹bueno› ‹excelente› ‹superior›	‹grado de nobleza› ‹dignidad› ‹rango› ‹copa de vino›	‹*Pronombre reflexesivo*: ella misma, él mismo, sí mismo› ‹personalmente› ‹naturalmente› ‹espontáneamente›	‹gachas de arroz› ‹puré› ‹triturar› ‹pegarse›



Con firmeza persistiremos en nobles objetivos,
y la prosperidad llegará por añadidura.

jiān chí yǎ cāo
hǎo jué zì mí

都 邑 華 夏

dū
‹capital›
‹metrópolis›

yì
‹ciudad›
‹distrito›
‹Estado›

huá
‹brillante›
‹esplendor›
‹gloria›
‹China›

xià
‹verano›
‹espacioso›
‹dinastía Xiá›

Huá xià: espléndido y vasto, nombre antiguo de China.

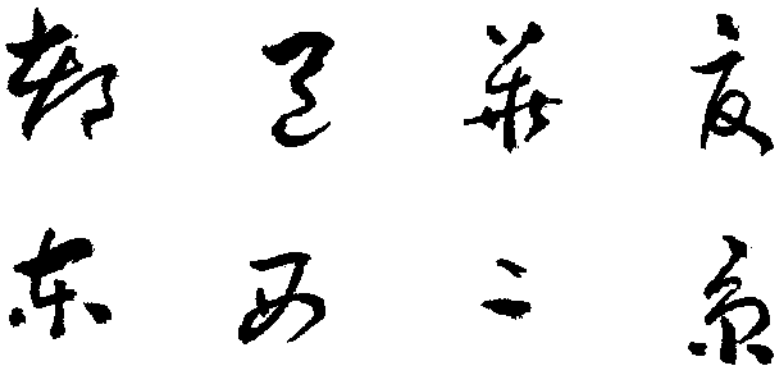
東 西 二 京

dōng
‹Este›

xī
‹Oeste›
‹extranjero›

èr
‹dos›

jīng
‹metrópolis›
‹capital›



Dos son las capitales de la gloriosa China,
una al Este y otra al Oeste.

dū yì huá xià
dōng xī èr jīng

背 芒 面 洛

bēi	máng	miàn	luò
‹espalda› ‹detrás›	‹monte Mang›	‹cara› ‹lado›	‹río Luo›

浮 渭 據 涇

fú	wèi	jù	jīng
‹flotar› ‹nadar› *figurado*, inconsistente›	‹río Wei›	‹apoyarse› ‹descansar sobre› ‹ocupar› ‹poseer›	‹río Jing (afluente del río Wei)›

背 芒 面 洛
洛 渭 按 涇

Luo Yang a la espalda del monte Mang junto al río Luo;
Chan An entre el río Wei y su afluente Jing.

bēi máng miàn luò
fú wèi jū jīng

宮

gōng

‹palacio›
‹mansión›
‹templo›

殿

diàn

‹templo›
‹palacio›
‹gran salón de un palacio›
‹la retaguardia›
‹el último›

盤

pán

‹serpentear›
‹replegar sobre sí›
‹fuentes y platos›
‹volver›

鬱

yù

‹frondoso›
‹apretado›
‹sofocante›
‹ahogado›
‹abrumado por la tristeza›

樓

lóu

‹casa de dos pisos›
‹piso›
‹torre›

觀

guān

‹contemplar›
‹mirar a lo lejos›
‹observar›
‹aspecto›
‹concepto›
‹(*en cuarto tono*, templo taoísta)›

飛

fēi

‹alto›
‹volar›
‹ir de prisa›
‹flotar al viento›
‹elevado›

驚

jīng

‹espanto›
‹terror›
‹enloquecer›
‹alarma›
‹asombro›
‹aterrorizar›

宮 殿 盤 梵
樓 觀 飛 驚

En sus palacios, las estancias y templos se repliegan en
/laberíntico trazado,
y sus torres son tan altas que causan espanto.

gōng diàn pán yù
lóu guān fēi jīng

圖 寫 禽 獸

tú
‹dibujo›
‹pintura›
‹mapa›

xiě
‹escritura›
‹esbozo›

qín
‹aves›
‹volátil›
‹apresar›

shòu
‹animales›
‹bestias›

Qín shòu: pájaros y cuadrúpedos.

畫 彩 仙 靈

huà
‹cuadro›
‹pintura›
‹pintar›
‹trazo de un carácter›

cǎi
‹brillo›
‹variopinto›
‹caracterizar›

xiān
‹inmortales›
‹mágico›
‹maravilloso›
‹genio›

líng
‹espíritus›
‹alma›
‹prodigioso›
‹eficacia›
‹listo›
‹manejable›

Pinturas de aves y animales adornan paredes y techos,
junto con coloridos cuadros y caligrafías de los inmortales.

tú xiě qín shòu
huà cǎi xiān líng

丙 舍 傍 啟

bǐng

‹el tercero de los diez troncos celestes (fuego)›
‹fuego›
‹Sur›
‹cola de pez›

shě

‹morada›
‹habitación›
‹posada›
‹alojarse›
‹habitar›
‹jornada militar›

bàng

‹costado›
‹lado›
‹lateral›
‹al lado de›
‹cerca de›

qǐ

‹abrir›
‹iniciar›
‹instruir›
‹abrir la inteligencia›
‹comenzar›

甲 帳 對 楹

jiǎ

‹el primero de los diez troncos celestes›
‹el primero›
‹el mejor›

zhàng

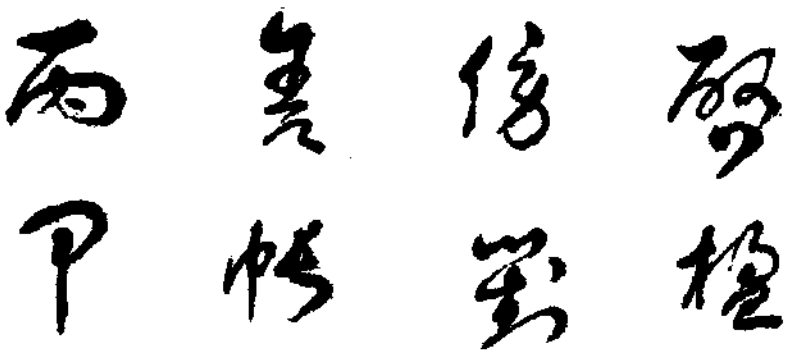
‹dosel›
‹toldo›
‹colgaduras›
‹tienda de campaña›

duì

‹par›
‹pareja›
‹responder›
‹enfrentarse›
‹confrontar›
‹corresponder›

yíng

‹columna›
‹pilar›



Numerosas estancias secundarias rodean la principal,
cuelgan tapices y estandartes de las columnas.

bǐng shě bàng qǐ
jiǎ zhàng duì yíng

肆	筵	設	席
sì	yàn	shè	xí
‹escritura mayúscula del número cuatro para evitar fraudes› ‹desplegar›	‹estera de bambú› ‹fiesta› ‹banquete›	‹disponer› ‹fundar› ‹colocar› ‹preparar› ‹disponer› ‹proyectar›	‹estera› ‹asiento› ‹banquete› ‹puesto de honor›

Sì yàn shè xí: dar un gran banquete.

鼓	瑟	吹	笙
gǔ	sè	chuī	shēng
‹tambor› ‹tocar instrumentos› ‹vigilia nocturna› ‹excitar› ‹agitar›	‹cítara›	‹soplar›	‹instrumento compuesto de trece a diecinueve flautas de bambú de longitud diferente›

Para los grandes banquetes se despliegan alfombras de bambú,
y suenan tambores, cítaras y flautas[23].

sì yàn shè xí
gǔ sè chuī shēng

[23] Sheng en el original.

陞	階	納	陛
shēng	jiē	nà	bì
‹subir›	‹grada›	‹ofrecer›	‹gradas del trono›
‹elevarse›	‹peldaño›	‹presentar›	‹el emperador›
‹ascender›	‹escalera›	‹recibir›	
‹ser promovido›	‹rango›	‹ser agraciado›	
		‹dominarse›	

Shēng jiē: subir los peldaños; subir las gradas.

弁	轉	疑	星
biàn	zhuǎn	yí	xīng
‹sombrero militar de ceremonias›	‹girar›	‹duda›	‹estrella›
‹oficial de baja graduación›	‹dar vueltas›	‹sospecha›	‹astro›
	‹desplazarse›	‹semejar›	‹estrellado›
		‹parecer›	

升 陛 列 陛

弁 持 笏 足

Y cuando los oficiales suben las gradas para presentar
/sus respetos al emperador,
sus capas bordadas son tan numerosas que semejan
/un cielo estrellado.

shēng jiē nà bì
biàn zhuǎn yí xīng

右 通 廣 內

yòu
‹derecha›

tōng
‹comunicar›

guǎng
‹amplio›
‹vasto›

nèi
‹interior›
‹dentro›

Guǎng nèi: pabellón de lectura privado de la familia imperial.

左 達 承 明

zuǒ
‹izquierda›

dá
‹penetrar›
‹comunicar›
‹llegar a›
‹manifestar›

chéng
‹recibir›
‹contener›

míng
‹brillante›
‹claro›
‹luminoso›

Chéng míng: pabellón privado de divertimento y ocio.

Por la derecha se comunica con la estancia *guang nei*,
por la izquierda se llega al pabellón *cheng ming*,

yòu tōng guǎng nèi
zuǒ dá chéng míng

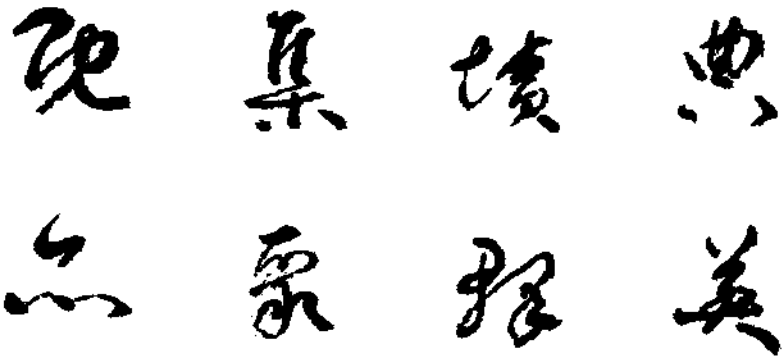
既 集 墳 典

jì	jí	fén	diǎn
‹enseguida›	‹reunir›	‹túmulo›	‹canon›
‹ya›	‹recolectar›	‹grande›	‹ley›
‹pasado›	‹compilar›	‹dique›	‹alusiones a los textos clásicos›
‹ya que›			
‹y después›			

Sān (tres) fén wǔ (cinco) diǎn: libros clásicos de los tres emperadores y de los cinco soberanos legendarios.

亦 聚 群 英

yì	jù	qún	yīng
‹igualmente›	‹reunir›	‹tropas›	‹talento›
		‹multitud›	‹lo mejor›
		‹juntarse›	‹eminente›



donde se conservan los clásicos de los tres emperadores y los
cinco soberanos legendarios[24];
ahí se reúnen los mas eminentes letrados del reino.

jì jí fén diǎn
yì jù qún yīng

[24] Ver nota 5.

杜 稿 鍾 隸

dù
‹nombre propio›
‹cortar›
‹impedir›

gǎo
‹manuscrito›
‹borrador›
‹caligrafía de estilo cursivo›

zhōng
‹nombre propio›
‹vaso›
‹amar›

lì
‹pertenecer›
‹controlar›
‹caligrafía de estilo administrativo; Li shu›

漆 書 壁 經

qī
‹laca›
‹barniz›

shū
‹libro›
‹escribir›

bì
‹muro›
‹pared›

jīng
‹libros canónicos/confucianos (los clásicos), budistas (sutras), taoístas/los clásicos›

杜 移 雅 隸

漆 書 壁 雅

En la biblioteca se encuentran los manuscritos de Tu y Zhong en
/estilo cursivo y administrativo[25],
así como los libros lacados y los clásicos hallados escondidos en el
/muro de la casa de Confucio[26].

dù gǎo zhōng lì
qī shū bi jīng

---

[25] Célebres calígrafos. Tu Zhao vivió en en el siglo I a.C., y Zhong Yao vivió en tiempos de las dinastías Han y Wei.

[26] Un descendiente de Confucio ocultó en un muro determinado número de libros, clásicos de la literatura china, a fin de salvarlos de la quema de libros llevada a cabo por el primer emperador de la dinastía Chin.

府 羅 將 相

fǔ

‹palacio›
‹departamento particular en el palacio imperial›
‹residencia de funcionario›
‹archivar›

luó

‹gasa›
‹red›
‹exponer›

jiàng

‹general del ejército›
‹alto jefe›
‹dirigir›
‹estar a la cabeza›

xiàng

‹ayudar›
‹observar›
‹aspecto›
‹ministro de Estado›

路 俠 槐 卿

lù

‹camino›
‹carretera›
‹vía›
‹procedimiento›
‹método›
‹clase›

xiá

‹poner sus fuerzas al servicio del derecho y la justicia›
‹enderezador de entuertos›
‹a ambos lados›

huái

‹acacia del Japón›
‹sófora›

qīng

‹ministro›
‹presidente de la corte suprema. Título empleado por el emperador para dirigirse a sus ministros›
‹querido/a (entre esposos)›

府 羅 將 相

祿 俠 槐 下

En palacio hay dependencias para los generales y los ministros,
y en el exterior, bajo el árbol *huai*, los magistrados
/dan sus veredictos[27].

fǔ luó jiàng xiàng
lù xiá huái qīng

[27] Era costumbre en la antigua China que determinados ministros hicieran públicas sus disposiciones al pie del árbol llamado *huai*.

户 封 八 縣

hù — ‹familia› ‹casa› ‹batiente de una puerta›

fēng — ‹conferir feudos o títulos› ‹rico› ‹límite› ‹sellar›

bā — ‹ocho›

xiàn — ‹circunscripción administrativa› ‹distrito› ‹condado›

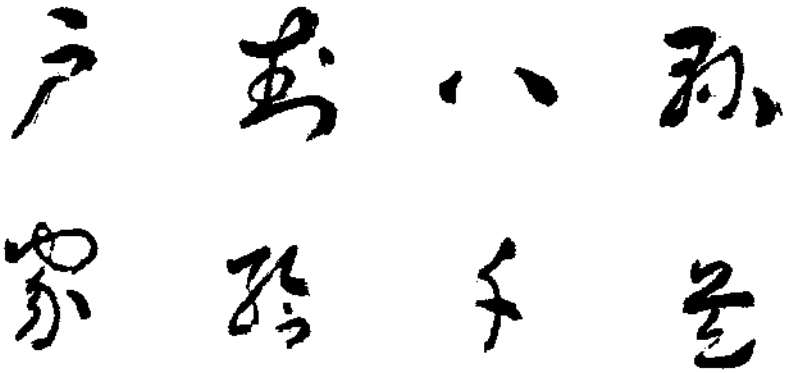
家 給 千 兵

jiā — ‹casa› ‹familia›

jǐ — ‹proveer› ‹otorgar› ‹conceder›

qiān — ‹mil›

bīng — ‹soldados› ‹tropas›



Hay familias que administran ocho feudos,
y cada casa dispone de mil soldados.

hù fēng bā xiàn
jiā jǐ qiān bīng

高 冠 陪 輦

gāo
‹alto›
‹noble›
‹superior›
‹honrar›

guān
‹gorro›
‹sombrero›
‹cresta›
‹penacho›

péi
‹acompañar›
‹asistente›
‹reforzar›

niǎn
‹carroza imperial›
‹vehículo de tracción humana›

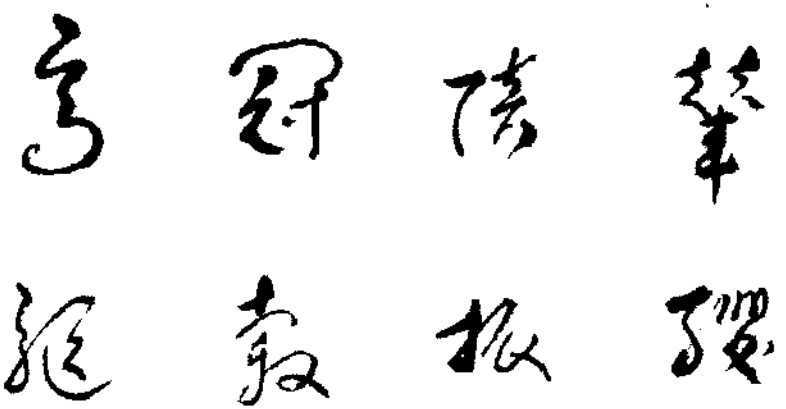
驅 轂 振 纓

qū
‹preceder›
‹galopar›
‹estimular›
‹expulsar›

gǔ
‹rueda de carro›
‹convergir›

zhèn
‹hacer oscilar›
‹agitar›
‹sacudir›
‹socorrer›
‹poner en orden›

yīng
‹cordón del sombrero que cuelga sobre el cuello›
‹franjas ornamentales›



Noblemente tocados acompañan al carruaje imperial,
y las cintas de sus bonetes se agitan al viento.

gāo guān péi niǎn
qū gǔ zhèn yīng

世 祿 侈 富

shì

‹una generación›
‹la duración de una vida humana›
‹perpetuado de generación en generación›

lù

‹dichas›
‹favores›
‹felicidad›
‹honorarios de un funcionario›

chǐ

‹pródigo›
‹derrochar›
‹exagerado›
‹excesivo›
‹grande›
‹ampliar›
‹vasto›

fù

‹rico›
‹abundante›
‹riqueza›
‹opulencia›

車 駕 肥 輕

chē

‹carro›
‹carruaje›
‹coche›

jià

‹conducir un›
‹carruaje›
‹uncir›
‹montar a caballo›

féi

‹gordo›
‹fértil›
‹opulento›

qīng

‹ligero›
‹ágil›
‹menospreciar›
‹fácil›
‹mínimo›

Y las generaciones venideras heredarán sus fortunas,
y magníficos caballos tirarán de sus ligeros carruajes.

shì lù chǐ fù
chē jià fēi qīng

策 功 茂 實

cè
‹tablillas de bambú unidas para escribir en ellas›
‹plan›
‹proyectar›
‹táctica›

gōng
‹obra›
‹efecto›
‹mérito›

mào
‹magnífico›
‹excelente›
‹bello›
‹tupido›
‹próspero›
‹abundante›

shí
‹lleno›
‹completo›
‹verdadero›
‹hecho›

勒 碑 刻 銘

lè
‹grabar›
‹cincelar›
‹rienda›
‹conducir›
‹forzar›

bēi
‹estela›
‹lápida con inscripción›

kè
‹grabar›
‹esculpir›
‹cincelar›
‹tallar›
‹grabar en el corazón›

míng
‹grabar sobre mármol, piedra o bronce›
‹grabar en el corazón›

Lè bēi: grabar una inscripción sobre una estela.

冢 功 民 宾

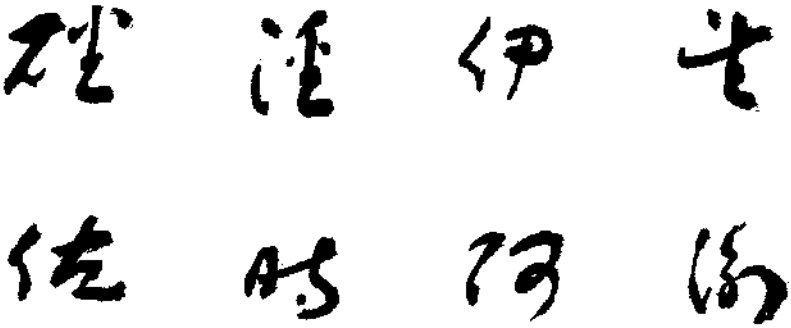
勒 碑 刻 铭

Las leyendas de sus méritos y hazañas,
serán grabadas en estelas y lápidas de mármol.

cè gōng mào shí
lè bēi kè míng

磻	溪	伊	望
pán	xī	yí	yǐn
‹afluente del río Wei en Shen Si›	‹garganta profunda› ‹río encajonado›	‹él› ‹ella› ‹esto› ‹ello›	‹gobernar› ‹mandarín que administraba una prefectura›
Pán xī: nombre propio.		Yí yǐn: nombre propio.	

佐	時	阿	衡
zuǒ	shí	ā	héng
‹ayudar› ‹secundar› ‹asistir›	‹tiempo› ‹hora› ‹periodo› ‹oportunidad›	‹partícula ¡ah! ¡ea!› ‹repetición cariñosa de una orden›	‹balanza› ‹pesar› ‹palo transversal de la extremidad del timón de un carro›



Ejemplares fueron los ministros Pan Xi y Yi Yun[28];
uno fue crucial para su tiempo y el otro un pilar para el Estado[29].

pán xī yí yǐn
zuǒ shí ā héng

[28] Ministros de origen pescador y de origen esclavo, respectivamente.
[29] En el original *heng*, pilar del Estado; título dado a Yi Yun, ministro que fue fundador de la dinastía Shang.

奄	宅	曲	阜
yǎn	zhái	qū	fù
‹ocupar un terreno› ‹extender sobre un terreno›	‹morada› ‹residencia› ‹fijar residencia›	‹curvo› ‹sinuoso› ‹torcido›	‹fértil› ‹abundante›

Qū fù: subprefectura de Shan Dong; Capital del estado feudal de Lu (Shan Dong); país natal de Confucio.

微	旦	孰	營
wēi	dàn	shú	yíng
‹si no› ‹humilde› ‹pequeño›	‹nombre propio› ‹mañana› ‹amanecer›	‹¿quién?› ‹¿qué?›	‹planear› ‹trazar un plan› ‹emprender› ‹cuartel› ‹batallón›

¿Y quién, si no el ministro Dan de Zhou[30] hubiera sido capaz de
/establecerse en la deprimida
región de Qu Fu, lejos de la seguridad de la corte?

yǎn zhái qū fù
wēi dàn shú yíng

---

[30] Dan, conocido por su título de Dan Chou Gong, fue el hermano menor del emperador Wu, fundador de la dinastía Zhou. Éste le hizo señor feudal de Lu. Dan eligió la ciudad de Qu Fu (cuna de Confucio, en la provincia de Shan Dong) como residencia a pesar de su pobreza y distancia de los fastos de la corte, y en ella seleccionó a grandes hombres para el gobierno.

桓 公 匡 合

huán
nombre propio
‹jaboncillo›

gōng
‹duque›
‹justo›
‹común›
‹público›
‹oficial›

kuāng
‹ayudar›
‹corregir›
‹reformar›

hé
‹unir›
‹de acuerdo›
‹armonía›
‹cerrar›
‹coincidir›

Huán Gōng: duque Huan Gong.

濟 弱 扶 傾

jì
‹ayudar›
‹socorrer›
‹prestar un servicio›
‹ser útil a›
‹atravesar una corriente›

ruò
‹débil›
‹frágil›
‹decaer›
‹joven›
‹perder›

fú
‹dar la mano›
‹sostener›
‹ayudar›
‹gemelos›

qīng
‹derrumbarse›
‹destruir›
‹inclinarse hacia›
‹volcar›
‹derramar›

Huan Gong unió los nueve reinos[31],
y ayudó a levantar las maltrechas finanzas.

huán gōng kuāng hé
jì ruò fú qīng

[31] Huan Gong fue el duque del estado feudal de Chi, entre el 684-642 a.C. Recibió la promoción del emperador Xiwang (de la dinastía Zhou) en pago a sus servicios políticos y diplomáticos, pues logró el vasallaje de nueve rivales. Recién llegado a su estado, puso al día las finanzas mediante métodos novedosos, entre otros la imposición de impuestos a la prostitución.

綺 迴 漢 惠

qǐ

‹nombre propio›
‹tela de seda adamascada›
‹elegante›

huí

‹volver›
‹girar sobre sus pasos›
‹dar vueltas›

hàn

‹Dinastía Han›

huì

‹bondad›
‹benébolo›
‹hacer un beneficio›

Hàn Huì, segundo emperador de la dinastía Han.

說 感 武 丁

yuè

‹nombre propio›
‹alegrarse›

gǎn

‹influenciar›
‹conmover el corazón›
‹sentir agradecimiento›
‹contraer enfermedad›

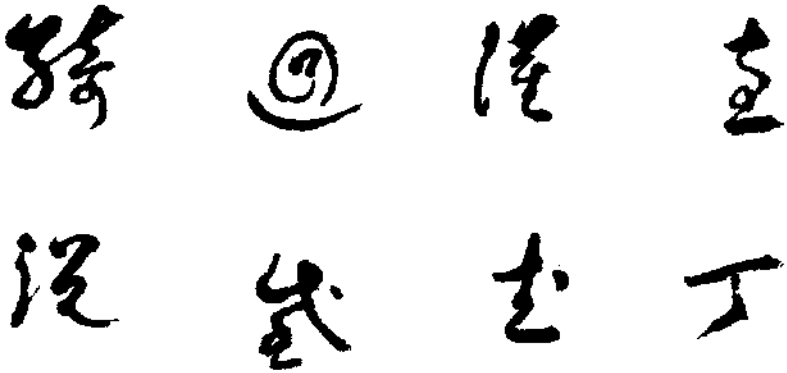
wǔ

‹militar›
‹marcial›
‹guerrero›

dīng

‹individual›
‹persona›

Wǔ Dīng, emperador de la dinastía Yin (1324-1265 a.C.)



El ministro Qi, junto a otros, restableció a Hui de Han[32];
Fu Yue, influyó sobremanera sobre el emperador Wu Ding[33].

qǐ huí hàn huì
yuè gǎn wǔ dīng

---

[32] Qi fue uno de los Szu Hao (las cuatro eminencias), que se retiró de la vida mundana durante el periodo Chin, pero regresó a fin de apoyar a Han Hui, emperador de la dinastía Chin que a la sazón estaba a punto de perder el trono.

[33] Wu Ding, vigésimosegundo emperador de la dinastía Shang (1600-1027 a.C. aproximadamente). La existencia de Fu Yue le fue revelada al emperador en un sueño. El emperador hizo entonces circular por todo el imperio el retrato de Fu Yue, que finalmente fue localizado y fue a partir de entonces el brazo derecho del Emperador.

俊	乂	密	勿
jùn	ì	mì	wù
‹superior› ‹eminente› ‹distinguido›	‹hombre capaz› ‹regular›	‹secreto› ‹cerrado› ‹denso›	‹no›

Mì wù: asuntos de Estado.

多	士	寔	寧
duō	shì	shí	níng
‹mucho› ‹muchos›	‹letrado› ‹hombre culto› ‹intelectual›	‹sincero› ‹sólido› ‹verdadero› ‹real› ‹verdaderamente›	‹paz› ‹tranquilidad› ‹sosiego›

Una paz duradera requiere hombres eminentes en los
/asuntos de Estado.
Así como un gran número de letrados.

jùn ì mì wù
duō shì shí ning

晋 楚 更 霸

jìn

‹estado feudal en Shanxi bajo la dinastía Zhou› ‹avanzar› ‹aumentar›

chǔ

‹estado feudal en Hukuang bajo la dinastía Zhou› ‹maleza›

gēng

‹cambiar› ‹reemplazar› ‹en turno› ‹sucesivamente›

bà

‹gobernar por la fuerza› ‹usurpar› ‹tirano›

趙 魏 困 横

zhào

‹uno de los Reinos Combatientes› ‹visitar›

wèi

‹nombre de principados y de varias pequeñas dinastías› ‹alto› ‹elevado›

kùn

‹cercar› ‹difícil› ‹agotado› ‹angustioso›

héng

‹horizontal› ‹Este a Oeste›

En la época de los Reinos Combatientes, los estados Jin y Chu se
/disputaban la supremacía.
Los estados de Zhao y Wei fueron cercados por la coalición de los
/reinos del Este y del Oeste[34].

jin chǔ gēng bà
zhào wèi kùn héng

[34] Estados del periodo justamente llamado de los Reinos Combatientes (474 a. de C.-221 a. de C.).

假 途 滅 虢

jiǎ

‹falso›
‹pretender›
‹artificial›
‹prestar›

tú

‹camino›
‹ruta›
‹vía›

miè

‹destruir›
‹exterminar›

guó

‹estado feudal en Shanxi y Honan›

踐 土 會 盟

jiàn

‹andar sobre›
‹pisotear›
‹llegar a una situación›
‹ejecutar›

tù

‹tierra›

huì

‹reunirse›
‹encontrarse›
‹asamblea›
‹reunión›

méng

‹pacto solemne›
‹alianza›
‹liga›
‹juramentarse›

Jiàn tù: lugar en Honan.

假道滅虢

諸侯會盟

Con engaño, el duque Xin de Qin obtuvo permiso para
/atravesar el estado de Yu.
Los príncipes feudales se reunieron en Jian Tu para
/una gran alianza[35].

jiǎ tú miè guó
jiàn tù huì méng

---

[35] Durante el periodo Zhou, el duque Hsien obtuvo, mediante regalos y sobornos, permiso para cruzar el estado de Yu para poder atacar al pequeño estado de Kuo. De regreso, el duque Hsien atacó asimismo al estado de Yu (de la misma táctica se valió Napoleón Bonaparte para invadir España en 1808).

何	道	約	法
hé	zūn	yuē	fǎ
‹nombre propio›	‹seguir›	‹comprometerse	‹ley›
‹¿qué?›	‹ampliar›	por un pacto›	‹norma›
‹¿cuál?›	‹seguir una regla›	‹ligarse›	‹modelo›
‹¿cómo?›	‹poner en práctica›	‹cita›	‹método›
			‹tomar por regla›

Yuē fǎ: constitución, ley provisional.

韓	弊	煩	刑
hán	bì	fán	xíng
‹nombre propio›	‹fraude›	‹numeroso›	‹cumplir›
‹Korea›	‹desventaja›	‹complicado›	‹poner en
‹valla›	‹inconveniente›	‹fastidio›	ejecución›
	‹malversación›	‹triste›	‹ley›
	‹corrupción›	‹melancólico›	‹castigo›
		‹importunar›	‹reformar›
			‹dar muerte›
			‹suplicio›

Xiao He aplicó la legislación del Reino,
y así Han Feizi pudo ser ejecutado por corrupción
/(de acuerdo con las leyes que él mismo había redactado)[36].

hé zūn yuē fǎ
hán bì fán xíng

[36] Xiao He fue consejero de Liu Pang, primer emperador de la dinastía Han. Redactó un nuevo código penal de conformidad con las leyes y principios tradicionales, contrastado por Liu Pang en consultas a los sabios del Imperio. Han Fei, ensayista y teórico político de la escuela legista del periodo de los Reinos Combatientes; nació en la familia real del reino Han y fue primer ministro del gobierno del primer emperador de la dinastía Qin, Qin Shihuang, cuyo poder absolutista y tiránico Han Fei justificaba sin ambages. Autor del tratado político *Han Feizi*, él mismo acabó siendo devorado por su propia creación, víctima de la arbitrariedad del poder que había preconizado.

起 剪 頗 牧

qǐ
‹nombre propio›
‹empezar›
‹levantar›

jiǎn
‹nombre propio›
‹tijeras›

pō
‹nombre propio›
‹inclinado›
‹un poco›
‹parcial›

mù
‹nombre propio›
‹pastor›
‹guardar el ganado›
‹pasto›
‹gobernar›

用 軍 最 精

yòng
‹usar›
‹utilizar›
‹emplear›

jūn
‹tropas›
‹milicia›

zuì
‹muy›
‹en extremo›

jīng
‹experto›
‹hábil›
‹cabal›
‹refinado›
‹exquisito›
‹esperma›
‹principio constitutivo del Ser›

起 齊 郭 牧

用 軍 最 精

Los generales Qi y Jian y Po y Mu,
Guiaron a sus tropas con extrema pericia[37].

qǐ jiǎn pō mù
yòng jūn zuì jīng

[37] Qi (muerto en 258 a.C.) y Wan Chien (siglo II y III a.C.) fueron generales de la dinastía Chin. Lien Po (siglo III a.C.) y Li Mu (muerto en 229 a.C.) fueron generales del Estado de Chao, que se enfrentaron a los Chin.

宣 威 沙 漠

xuān
‹extender›
‹penetrar›
‹expansionar›

wēi
‹inspirar temor›
‹respetuoso›
‹poderío›

shā
‹arena›
‹grava›
‹banco de arena›
‹áspero›

mò
‹desierto de arena›
‹indiferente›

Shā mò: desierto de arena; desierto del Gobi.

馳 譽 丹 青

chí
‹galopar›
‹correr a caballo›
‹difundirse›
‹extenderse›
‹ir detras›

yù
‹fama›
‹elogio›
‹alabar›
‹reputación›

dān
‹cinabrio›
‹píldora›
‹bermellón rojo›
‹lealtad›

qīng
‹verdoso›
‹glauco›
‹color de la naturaleza, de los montes lejanos, del mar›
‹azulado›
‹juvenil›

Dān qīng: rojo y verde; una pintura.

El temor que inspiraban se extendió hasta el desierto del Gobi,
y pinturas magníficas difundían su fama.

xuān wēi shā mò
chí yù dān qīng

九 州 禹 跡

jiǔ
‹nueve›
‹símbolo numérico que representa las líneas *yang* del *Libro de los Cambios*›

zhōu
‹provincia›
‹región›

yǔ
‹emperador Da Yu, *Yu el Grande* (2205-2198 a.C. según la cronología tradicional)›

jī
‹huellas de pasos›
‹vestigios›
‹obras legadas por los antepasados›
‹rastro›

百 群 秦 并

bǎi
‹cien›
‹muchos›
‹todo›

jùn
‹juntarse›
‹rebaño›
‹vivir en sociedad›
‹gregario›
‹sociable›

qín
‹estado de Qin›
‹dinastía Qin›

bìng
‹juntar›
‹unir›
‹combinar›

En las nueve provincias se conservan vestigios de las obras
/hidráulicas construidas por Da Yu.
Y las cien prefecturas se unieron bajo la dinastía Qin[38].

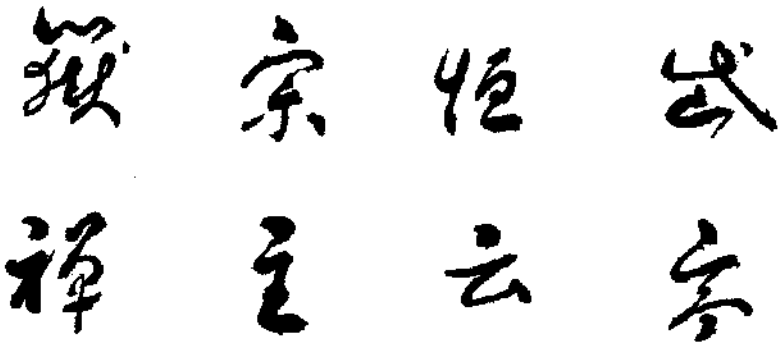
jiǔ zhōu yǔ jī
bǎi jùn qín bìng

[38] Da Yu fue el primer emperador de la dinastía Xi. La antigua China estaba dividida en nueve Reinos, que fueron unificados por Qin Shihuang (260-210 a.C. aproximadamente), emperador de la dinastía Qin, primer unificador de China y considerado el fundador de la nación.

嶽	宗	恒	岱
yuè	zōng	héng	dài
‹las altas montañas sagradas donde el emperador ofrecía sacrificios›	‹templo de los antepasados› ‹honrar› ‹venerar›	‹duradero› ‹perseverante› ‹constante›	‹montaña Dai (una de las cinco montañas sagradas)›

Héng dài: montaña sagrada Dài Shan, «el constante Dài».

禪	主	云	亭
shàn	zhǔ	yún	tíng
‹ofrecer un sacrificio a la tierra o a las divinidades de la naturaleza› ‹abdicar›	‹morar› ‹albergar› ‹propietario›	‹nombre de montaña› ‹decir› ‹hablar›	‹nombre de montaña› ‹cobertizo elevado en los caminos› ‹quiosco› ‹cobertizo›



De las cinco montañas sagradas, Dai Shan es la mas venerada[39];
a sus pies, en los montes Yun y Ting, se ofrecen sacrificios al
/Cielo y la Tierra.

yuè zōng héng dài
shàn zhǔ yún tíng

[39] Hay cinco montañas consideradas sagradas en China, situadas en los cuatro puntos cardinales y en el centro. De todas ellas, la más venerada es Dai Shan, en la provincia de Shandong.

鴈 門 紫 塞

yàn	mén	zǐ	sài
‹pato›	‹puerta›	‹púrpura›	‹región fronteriza›
‹ganso salvaje›	‹vía de acceso›	‹rojo oscuro›	‹paso estratégico›
	‹familia›	‹marrón›	‹barrera›
	‹escuela›		

Yàn mén: Puerta del Ganso Salvaje (lugar). Zǐ sài: la Barrera Púrpura (La gran Muralla).

雞 田 赤 城

jī	tián	chì	chéng
‹gallina›	‹campo de arroz›	‹rojo›	‹ciudad›
‹gallo›	‹tierra›	‹color carne›	‹muralla de una ciudad›
‹pollo›			
‹gallináceas›			

Jī tián: el Campo del Gallo (lugar). Chì chéng: la Ciudad Roja (lugar).

雁 門 紫 塞

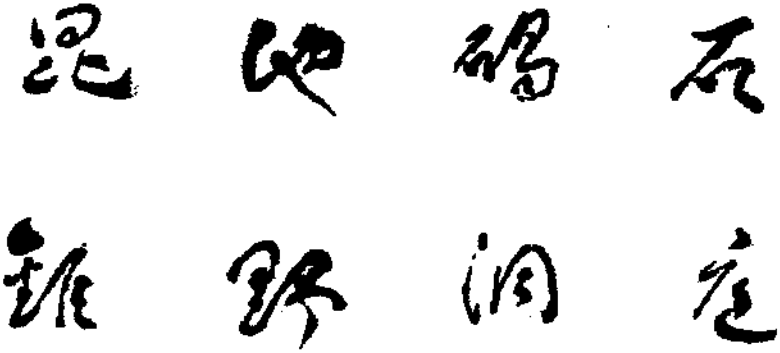
雞 田 赤 城

la Puerta del Ganso Salvaje y la Barrera Púrpura,
el Campo del Gallo, la Ciudad Roja,

yàn mén zǐ sài
jī tián chì chéng

昆	池	碣	石
kūn	chí	jié	shí
‹posteridad› ‹hermano mayor› ‹juntos›	‹lago› ‹estanque›	‹pico› ‹risco elevado›	‹piedra› ‹roca›
Kun chi: lago Kun.		Jié shí: montaña Jie Shi.	

鉅	野	洞	庭
jù	yě	dòng	tíng
‹grande›	‹salvaje›	‹cueva› ‹cavidad› ‹entender›	‹corte› ‹sala›
Jù yě: lago en Shandong.		Dòng tíng: lago Dong Ting en Hunnan.	



el lago Kun, la montaña Jie Shi,
junto con el lago Ju Ye y el lago Dong Ting[40],

kūn chí jié shí
jù yě dòng tíng

---

[40] Kun Chi: lago Kun, al sur de Kunming en la provincia de Yunnan.
Jie Shi: montaña Jie Shi, probablemente cerca de Changli en la provincia de Habei.
Ju Ye: lago en la provincia de Shandong, actualmente seco.
Dong Ting: gran lago en la provincia de Hunan, cercano al río Yangzi.

曠	遠	綿	邈
kuàng	yuǎn	mián	miǎo
‹desierto›	‹lejos›	‹continuo›	‹alejado›
‹vacío›	‹distante›	‹sin interrupción›	‹distante›
‹abandonar›	‹remoto›	‹delgado›	‹remoto›
‹brillante›	‹por mucho tiempo›	‹fino›	‹menospreciar›
‹ocultar›	‹difícil de acceder›		

巖	岫	杳	冥
yán	xiù	yǎo	míng
‹caverna en la roca›	‹cima de montaña›	‹profundo y vasto›	‹oscuro›
‹montaña alta y escarpada›	‹pico›	‹silencioso›	‹sombrío›
‹pico›	‹caverna de monte›	‹solitario›	‹ignorante›
		‹oscuro›	‹la noche›
			‹el mundo de las tinieblas›
			‹los infiernos›
			‹inaccesible›

Yǎo míng: profundo, tenebroso, oscuro.

曠 遠 邈 邈

巖 岫 杳 冥

son vastos y distantes escenarios, inabarcables para la mirada.
¡Y qué profundos desfiladeros! ¡qué lúgubres cavernas!

kuàng yuǎn mián miǎo
yán xiù yǎo míng

治	本	於	農
zhì	běn	yú	nóng
‹dirigir›	‹raíz›	‹en›	‹agricultura›
‹regular›	‹fuente›	‹con›	‹labrador›
‹gobernar›	‹base›	‹sobre›	
‹poner en orden›	‹origen›		
	‹libro›		

務	茲	稼	穡
wù	cī	jià	sè
‹aplicarse a›	‹más›	‹sembrar cereales›	‹segar›
‹asunto›	‹aún más›	‹agricultura›	‹cosecha›
‹ocupación›	‹este›		‹recolección›
‹es necesario›	‹esta›		‹avaro›
	‹aquí›		‹mezquino›
	‹ahora›		

Jià sè: sembrar y cosechar.

治 本 於 農

務 蓺 穡 稽

La principal fuente de riqueza del Estado es la agricultura,
la siembra y la cosecha son fundamentales.

zhì běn yú nóng
wù cī jià sè

敝	載	南	畝
chù	zǎi	nán	mǔ
‹empezar›	‹cargar› ‹transportar› ‹contener›	‹sur› ‹mediodía› ‹meridional›	‹campo› ‹lindero elevado entre arrozales› ‹medida agraria›

我	藝	黍	稷
wǒ	yì	shǔ	jì
‹yo›	‹plantar›	‹mijo glutinoso›	‹mijo común›

Las labores agrícolas comienzan en los campos meridionales;
yo siembro mijo glutinoso y mijo común.

chù zǎi nán mǔ
wǒ yì shǔ jī

稅	熟	貢	新
shuì	shú	gòng	xīn
‹impuestos› ‹tasas› ‹aranceles›	‹cocido› ‹maduro› ‹recolección› ‹ejercitado›	‹tributo› ‹diezmo impuesto sobre la cosecha› ‹ofrenda› ‹gratificar›	‹nuevo› ‹fresco› ‹reciente›

勸	賞	黜	陟
quàn	shǎng	chù	zhì
‹alentar con palabras o recompensas› ‹exhortar› ‹persuadir›	‹recompensar› ‹conceder› ‹honrar› ‹apreciar›	‹degradar› ‹destituir› ‹falta›	‹ascender› ‹avanzar› ‹promoción›

Los campesinos pagan el diezmo con el primer grano,
la tardanza se grava y se premia la celeridad.

shuì shú gòng xīn
quàn shǎng chù zhì

孟 軻 敦 素

mèng

‹eminente›
‹primero›

kē

‹eje hecho de dos piezas de madera ensambladas por el medio›

dūn

‹honesto›
‹bueno›
‹leal›
‹sinceridad›
‹generoso›

sù

‹blanco›
‹sencillo›
‹sin adornos›
‹naturalidad›

Mèng kē; Mencio, siglo IV a.C., discípulo de Confucio.

史 魚 秉 直

shǐ

‹historiador›
‹historia›

yú

‹pez›
‹nombre propio del historiador Yu, del antiguo estado de Wei›

bǐng

‹agarrar con la mano›
‹observar›
‹guardar›
‹autoridad›

zhí

‹recto›
‹justo›
‹directo›
‹franco›

Mencio estimaba la honestidad y la sencillez;
el historiador Yu la rectitud y la justicia.

mèng kē dūn sù
shǐ yú bǐng zhí

庶 幾 中 庸

shù	jī	zhōng	yōng
‹multitud›	‹casi›	‹centro›	‹ordinario›
‹numeroso›	‹cerca›	‹medio›	‹común›
‹todos›	‹aproximado›	‹el justo medio›	
‹la plebe›		‹el interior›	
		‹la mitad›	

Shù jī: de suerte que; casi.

Zhōng yōng: título de uno de los cuatro libros clásicos.

勞 謙 謹 勅

láo	qiān	jǐn	chì
‹trabajo›	‹humilde›	‹atento›	‹cuidadoso›
‹labor›	‹modesto›	‹cuidadoso›	‹diligente›
‹trabajar›		‹concienzudo›	
‹fatigarse›		‹respetuoso›	
‹molestar›			
‹importunar›			

庶 幾 中 庸

勞 謙 謹 勤

Ciertamente, estos dos hombres seguían el «Camino del Medio», modestos, atentos y diligentes[41].

shù jī zhōng yōng
láo qiān jǐn chì

[41] El «Camino del Medio» es un concepto central en la doctrina de Confucio.

聆 音 察 理

líng	yīn	chá	lǐ
‹escuchar›	‹sonido›	‹examinar	‹verdad›
‹oír›	‹voz›	detalladamente›	‹doctrina›
‹aprehender›	‹tono›	‹considerar›	‹razón›
		‹investigar›	
		‹evidente›	

鑒 貌 辨 色

jiàn	mào	biàn	sè
‹espejo de metal›	‹maneras›	‹distinguir›	‹color›
‹examinar›	‹formas›	‹discernir›	‹cara›
‹escrutinar›	‹actitud›		‹apariencia›
	‹aire›		‹tipo›
	‹semblante›		

Biàn sè: adivinar los sentimientos de otro por la expresión del rostro.

Es bueno considerar a fondo lo que otros dicen
y de sus maneras deducir su estado interior.

líng yīn chá lǐ
jiàn mào biàn sè

貽 厥 嘉 猷

yi
‹otorgar›
‹legar›
‹transmitir a la posteridad›

jué
‹él›
‹ella›
‹esto›
‹eso›
‹su›
‹suyo›

jiā
‹bueno›
‹excelente›
‹admirable›

yóu
‹proyectar›
‹hacer proyectos›
‹plan›
‹principio›
‹doctrina›

勉 其 祇 植

miǎn
‹esforzarse›
‹aplicarse con ardor›
‹estimular›
‹animar›

qí
‹partícula enfática›
‹su›
‹suyo›
‹esto›
‹eso›

zhī
‹respetar›
‹respeto›
‹veneración›

zhí
‹plantar›
‹cultivar›

Y transmitir a las generaciones venideras principios de excelencia,
animándoles a proseguir sabios proyectos.

yí jué jiā yóu
miǎn qí zhī zhǐ

省 躬 譏 誡

shěng	gōng	jī	jiè
‹examinar›	‹el cuerpo humano›	‹amonestar›	‹poner en guardia›
‹observar›	‹en persona›	‹ridiculizar›	‹prevenir›
‹estar alerta›	‹persona›	‹reprender›	‹mandar›
‹percibir›			‹aviso›
‹caer en la cuenta›			‹prohibir›
			‹advertencia›

寵 增 抗 極

chǒng	zēng	kàng	jí
‹gracia›	‹crecer›	‹alzar›	‹lomo de la armadura›
‹favor›	‹aumentar›	‹resistir›	‹el punto más elevado›
‹beneficio›		‹alto›	‹apogeo›
‹amor›		‹elevado›	‹muy›
‹estimar›		‹rehusar›	‹extremadamente›
‹mimar›			
‹otorgar favores›			
‹amar›			
‹añadir›			
‹incrementar›			

省 躬 譏 誡

寵 增 抗 極

Es preciso examinarse uno mismo tanto cuando las críticas acechan,
como cuando la fortuna te arrastra a la cima.

shěng gōng jī jiè
chǒng zēng kàng jí

殆 辱 近 耻

dài
‹peligroso›
‹estar en peligro›
‹cansado›
‹fatigado›
‹quizá›
‹a lo mejor›

rǔ
‹ultraje›
‹afrenta›
‹vilipendio›
‹deshonra›
‹humillarse›

jìn
‹cercano›
‹próximo›

chǐ
‹vergüenza›
‹pudor›
‹sentido del honor›
‹ultraje›
‹avergonzar›

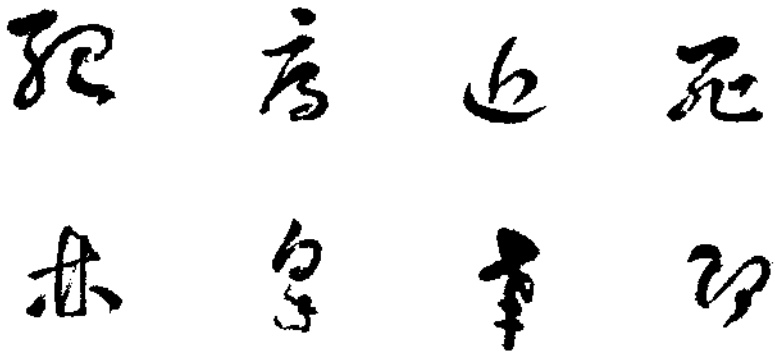
林 皋 幸 即

lín
‹bosque›
‹selva›
‹colección de libros›
‹denso›

gāo
‹tierras ribereñas›
‹laguna›
‹pantano›
‹alto›

xìng
‹fortuna›
‹contento›
‹por suerte›
‹buena suerte›

jí
‹inmediatamente›
‹ir hacia›
‹enseguida›
‹es decir›
‹aún cuando›



Cuando la desgracia está próxima o la culpa nos agobia,
conviene retirarse enseguida al campo o a las altas montañas.

dài rǔ jìn chǐ
lín gāo xìng jí

兩	疏	見	機
liǎng	shū	jiàn	jī
‹dos›	‹nombre propio›	‹ver›	‹ocasión›
‹un par›	‹distante›	‹observar›	‹causa›
	‹separar›	‹percibir›	‹motivo›
			‹estratagema›
			‹motor›
			‹fuerza motriz›
			‹mecanismo›

解	組	誰	逼
jiě	zǔ	shuí	bī
‹desembarazarse de›	‹cinta o cordón de seda con el que los funcionarios suspendían su sello del cinturón›	‹¿quién?›	‹urgir›
‹liberarse›	‹organizar›	‹¿de quién?›	‹forzar›
‹dividir›	‹grupo›	‹cualquiera›	‹acosar›
‹disolver›		‹los que sean›	‹estar próximo›
‹explicar›			‹estrecho›
‹comprender›			

Jiě zǔ: dimitir de un cargo.

兩 訪 見 機

移 班 許 退

Así los dos Shu, tío y sobrino, cuando vieron la ocasión,
dejaron sus cargos y marcharon: ¿quién les iba a detener[42]?

liǎng shū jiàn jī
jiě zǔ shuí bī

[42] Shu Luang y su sobrino Shu Shou eran tutores de un príncipe heredero de la dinastía Han. Se retiraron en la cima de su carrera, para que ningún suceso desafortunado pudiera empañar sus nombres.

索	居	閑	處
sǔo	jū	xián	chǔ
‹aislado›	‹habitar›	‹apacible›	‹vivir retirado›
‹solitario›	‹residencia›	‹tranquilo›	‹detenerse›
‹mustio›	‹morar›	‹reposo›	‹descansar›
‹buscar›	‹resistir›	‹despreocupado›	‹disponer›
‹exigir›		‹ocioso›	‹encontrarse en tal lugar›
		‹ocio›	

Sǔo jū: vivir aislado, en soledad.

沉	默	寂	寥
chén	mò	jì	liáo
‹pesado›	‹secreto›	‹silencio›	‹vacío›
‹profundo›	‹silencio›	‹soledad›	‹inmenso›
‹muy›	‹calma›	‹tranquilidad›	‹solitario›
	‹oscuro›	‹calma›	‹silencioso›
	‹retirado›	‹el estado del *nirvana* en el budismo›	‹retirado›

Vivieron en soledad solazándose en su retiro.
Allí donde el silencio es profundo, la soledad se vive tranquila.

sǔo jū xián chǔ
chén mò jì liáo

求 古 尋 論

qiú
‹buscar›
‹anhelar›
‹desear vivamente›
‹mostrarse
exigente›

gǔ
‹antiguo›
‹viejo›

xún
‹investigar›
‹buscar›
‹rebuscar›
‹continuar›

lùn
‹tratar›
‹disertar›
‹razonar›
‹dar un juicio›
‹comparar›

散 慮 逍 遥

sǎn
‹dispersar›
‹alejar›
‹despedir›

lù
‹ansiedad›
‹preocupado›
‹inquieto›
‹preocupación›
‹considerar›
‹reflexionar›

xiāo
‹vagar›
‹a placer›
‹a sus anchas›

yáo
‹lejano›
‹alejado›
‹distante›

Xiāo yáo: vagar; callejear.

Es preciso estudiar a los clásicos, profundizar en sus razonamientos; distanciarse de las preocupaciones y vagar a placer.

qiú gǔ xún lùn
sǎn lù xiāo yáo

欣 奏 累 遣

xīn
‹alegrarse›
‹gozarse›
‹estar contento›

zòu
‹ejecutar música›
‹tocar instrumentos›
‹presentar un memorial al emperador›

lèi
‹cansado›
‹comprometer›
‹fatigarse›
‹obligación›
‹deber dinero›
‹despachar›

qiǎn
‹desechar›
‹disipar›
‹desterrar›
‹proscribir›

戚 謝 歡 招

qī
‹aflicción›
‹dolor›
‹pena›
‹tristeza›

xiè
‹agradecer›
‹declinar›
‹rechazar›
‹languidecer›
‹rehusar›
‹desembarazarse›

huān
‹alegría›
‹regocijo›
‹alegre›
‹vivo›
‹bullicioso›

zhāo
‹llamar›
‹atraer›
‹provocar›
‹hacer venir›
‹incitar›

欣 奏 累 遣

戚 谈 歡 招

Atiende con júbilo a tus obligaciones;
proscribe las tristezas y busca la alegría.

xīn zòu lèi qiǎn
qī xiè huān zhāo

渠 荷 的 歷

qú
‹cauce de agua›
‹canal›

hé
‹flor de loto›
‹nenúfar›

dì
‹brillante›
‹claro›

lì
‹pasar a través›
‹claro›
‹experimentar›
‹universal›

Dì lì: frescos (colores).

園 莽 抽 條

yuán
‹parque›
‹jardín›
‹huerto›
‹casa de campo›
‹casa de té›
‹restaurante›

mǎng
‹hierbas›
‹terreno cubierto de hierbas altas›
‹anís estrellado›
‹badiana›

chōu
‹tirar de›
‹extraer›
‹retirar›
‹fumar›
‹arrancar›
‹germinar›

tiáo
‹rama›
‹varita›
‹clasificador de objetos finos y alargados›

渠荷的歷

園菜枯條

En los canales, el loto luce fresco y brillante;
en los jardines, podamos las ramas secas y retiramos
/las malas hierbas.

qú hé dì lì
yuán mǎng chōu tiáo

枇	杷	晚	翠
pí	pà	wǎn	cuì
		‹la tarde› ‹fin de un periodo de tiempo› ‹tarde›	‹color verde del martín pescador› ‹martín pescador› ‹jadeita›

Pí pà: níspero del Japón.

梧	桐	早	凋
wú	tóng	zǎo	diāo
		‹de madrugada› ‹al alba› ‹pronto› ‹demasiado pronto› ‹prematuro› ‹antaño›	‹marchitarse› ‹caer las hojas› ‹languidecer› ‹decaer›

Wú tóng: esterculia.

枇 杷 晚 翠

梧 桐 早 凋

El árbol frutal del *pi pa* conserva su follaje hasta bien
/entrado el invierno;
por el contrario, el árbol *wu tong* pierde sus hojas muy temprano.

pí pà wǎn cuì
wú tóng zǎo diāo

陳 根 委 翳

chén

‹viejo›
‹pasado›
‹poner en orden›
‹narrar›
‹publicar›

gēn

‹raíz›
‹origen›
‹base›
‹clasificador de objetos alargados como ramas o troncos de árboles›
‹maderos›

wěi

‹decaer›
‹debilitarse›
‹abandonar›
‹caer›
‹conclusión›
‹acumular›

yì

‹ocultar›
‹cubrir›
‹velar›
‹catarata (ocular)›

落 葉 飄 飄

luò

‹caída de las hojas›
‹caer›
‹descender›
‹declinar›
‹término›
‹poblar›

yè

‹hoja›

piāo

‹torbellino›
‹arremolinarse›
‹flotar al viento›
‹tornado›

yáo

‹flotar en el aire›

Las raíces viejas languidecen,
y a las hojas caídas se las lleva el viento.

chén gēn wěi yì
luò yè piāo yáo

遊 鵾 獨 運

yóu

‹nadar›
‹flotar›
‹divertirse›
‹solazarse›

kūn

‹pájaro Kun›

dú

‹solitario›
‹aislado›
‹único›
‹solo›
‹singular›

yùn

‹volverse›
‹virar›
‹moverse a la redonda›
‹transportar›
‹utilizar›
‹suerte›

凌 摩 絳 霄

líng

‹elevarse›
‹subir›
‹montar›
‹hielo›
‹nevera›
‹insultar›

mó

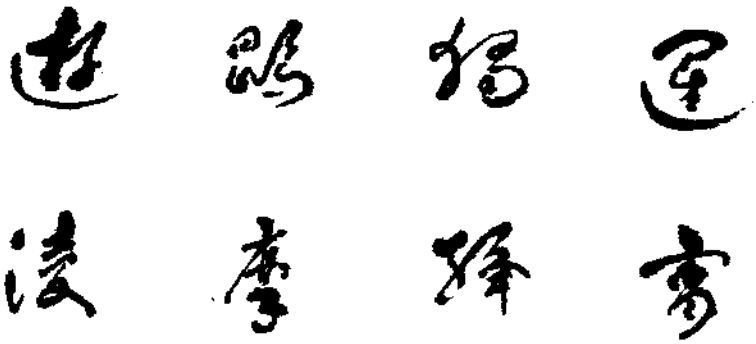
‹frotar›
‹palpar›
‹acariciar›
‹rozar›
‹ayudarse mutuamente a corregirse los defectos›

jiàng

‹color rojo escarlata›
‹carmesí›

xiāo

‹las altas regiones de la atmósfera›
‹la bóveda celeste›
‹el empíreo›



El pájaro Kun planea en solitario,
y vuela a las altas regiones del cielo.

yóu kūn dú yùn
líng mó jiàng xiāo

耽 讀 翫 市

dān
‹apasionarse por›
‹tener gusto en›
‹entregarse a›
‹tardar›
‹rezagarse›

dú
‹leer›
‹estudiar›

wán
‹examinar›
‹jugar con›

shì
‹plaza del mercado›
‹feria›
‹comprar›
‹vender›

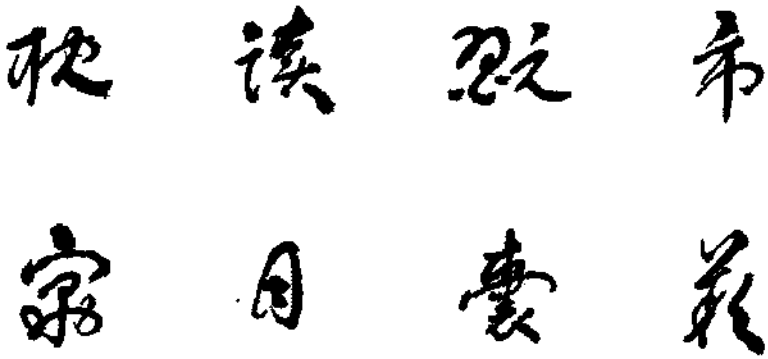
寓 目 囊 箱

yù
‹alojarse›
‹vivir temporalmente›
‹habitar›

mù
‹ojo›

náng
‹saco›
‹bolsa›
‹talega›

xiāng
‹caja›
‹baúl›
‹maleta›



Wang Cheng, ávido de conocimiento, rebuscaba en la
/plaza del mercado
y vivía entre pilas y cajas de libros[43].

dān dù wán shì
yù mù náng xiāng

[43] Wang Cheng (27-97 a.C.) fue el autor del clásico *Luan Heng*. De él se dice que leía los libros a pie de puesto en el mercado de Luoyang, dado que era demasiado pobre para adquirirlos.

易

yi

‹fácil›
‹cómodo›
‹cambiar›
‹asequible›
‹desestimar›
‹cambiar›

輶

yóu

‹ligero›
‹bagatela›
‹carruaje ligero›

攸

yōu

‹lo que›
‹el que›
‹por ello›
‹a paso rápido›
‹lugar›

畏

wèi

‹temer›
‹miedoso›
‹estar prevenido›
‹respetar›
‹respetuoso›

屬

shǔ

‹categoría›
‹género›
‹en conexión con›
‹depender›

耳

ěr

‹oreja›

垣

yuán

‹muro poco elevado›

牆

qiáng

‹pared›
‹muro›
‹valla›
‹tapia›

易 輕 泄 密

不 可 妄 情

Cuidado al hablar con ligereza,
porque las paredes tienen oídos.

yì yóu yōu wèi
shǔ ěr yuán qiáng

具 膳 餐 飯

jù
‹preparar›
‹aderezar›
‹instrumento›
‹hacer›
‹provisiones›

shàn
‹cocinar los alimentos›
‹manjares›
‹comidas›

cān
‹comer›
‹comida›
‹alimento›

fàn
‹arroz cocido›
‹comer›
‹alimento›

適 口 充 腸

shì
‹convenir›
‹estar adaptado›
‹oportunamente›
‹ir a›
‹ocurrir›

kǒu
‹boca›

chōng
‹lleno›
‹colmado›
‹satisfacer›
‹ocupar un puesto›
‹falsificar›

cháng
‹entrañas›
‹intestinos›
‹tripas›
‹*figurado*, afecto›
‹sentimiento›

Shì kǒu: agradable al gusto, apetitoso.

具 餐 飯 飯

適 口 充 腸

Prepararemos a diario las tres comidas
procurando que sean apetitosas y satisfagan al estómago.

jù shàn cān fàn
shì kǒu chōng cháng

飽 饫 亨 宰

bǎo

‹saciarse›
‹hartarse›
‹sabio›
‹erudito›

yù

‹comer y beber hasta hartarse›
‹conceder›
‹gratificar›

pēng

‹freír un manjar y condimentarlo›
‹cocer en agua›
‹intimidar›

zǎi

‹degollar y descuartizar un animal›
‹intendente›
‹gobernar›
‹extorsionar›

飢 厭 糟 糠

jī

‹hambre›
‹pasar hambre›
‹hambriento›

yàn

‹estar satisfecho›

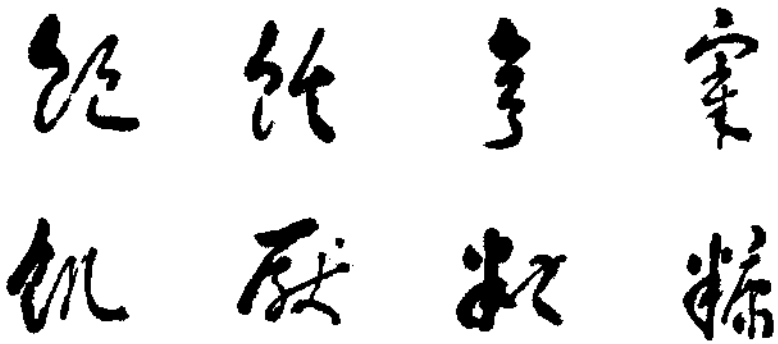
zāo

‹orujo›
‹macerar en vino›
‹fracasar›
‹averiar›
‹poco sólido›

kāng

‹cáscara del grano›
‹salvado›
‹fofo›

Zāo kāng: orujo y salvado, comida de pobres; mujer con quien se casa uno siendo pobre.



Aquel que está saciado no repara en viandas condimentadas ni en
/carne de degüello;
sin embargo, habiendo hambre, bien le satisface el orujo
/y el salvado.

bǎo yù pēng zǎi
jī yàn zāo kāng

親 戚 故 舊

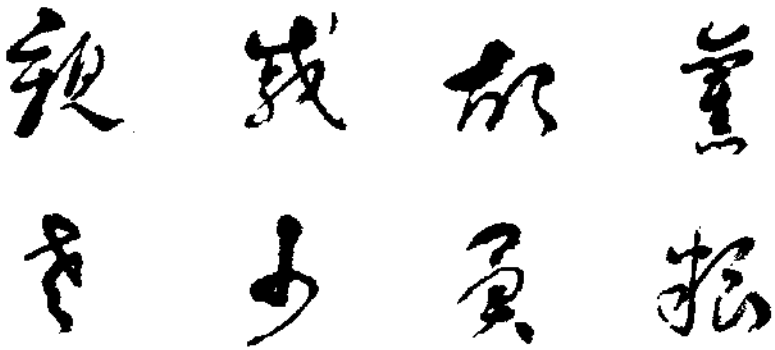
qīn	qī	gù	jiù
‹padre y madre›	‹parientes›	‹viejo›	‹viejo›
‹parientes›		‹antiguo›	‹usado›
‹amor›		‹morir›	
‹querido›		‹causa›	
‹caro›		‹suceso›	
‹íntimo›		‹fenómeno celeste›	
‹acercarse›			

Qīn qī: parientes consanguíneos o afines.

Gù jiù: viejo amigo, amigo íntimo.

老 少 異 粮

lǎo	shào	yì	liáng
‹venerado›	‹joven›	‹diferente›	‹grano›
‹experiencia›	‹adjunto›	‹dividir›	‹comida›
‹viejo›		‹heterodoxo›	‹provisiones›
‹antiguo›		‹disidente›	‹raciones›
‹hace mucho tiempo›		‹extraordinario›	



Al reunirnos con parientes y viejos amigos,
la comida ha de ser diferente para los niños y los ancianos.

qīn qī gù jiù
lǎo shào yì liáng

妾 御 績 紡

qiè
‹concubina›

yù
‹hacer compañía›
‹asistir›
‹cochero›
‹imperial›

jī
‹hilar›
‹trenzar›
‹acción meritoria›

fǎng
‹hilar›

侍 巾 帷 房

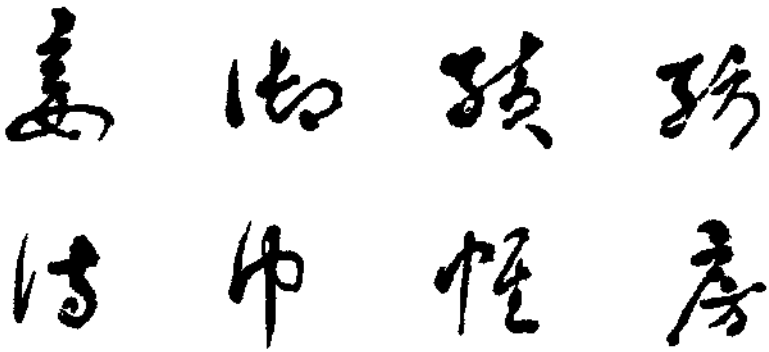
shì
‹servir›
‹atender›
‹servir a un superior›
‹formar parte de un séquito›

jīn
‹toalla›
‹servilleta›
‹pañuelo›

wéi
‹cortina›
‹colgadura sencilla›
‹bolsita femenina perfumada›
‹habitación de mujer›

fáng
‹casa›
‹estancia›

Wéi fáng: dormitorio de las mujeres.



Las concubinas se encargan de trenzar el hilo,
y cuando el señor entre en su cámara, le ofrecerán
/la toalla perfumada.

qiè yù jī fǎng
shì jīn wéi fáng

紈 扇 員 潔

wán
‹tejido fino de seda›

shàn
‹abanico›

yuán
‹redondo›

jié
‹limpio›
‹claro›
‹puro›
‹casto›
‹purificar›

Wán shàn: abanico redondo de seda.

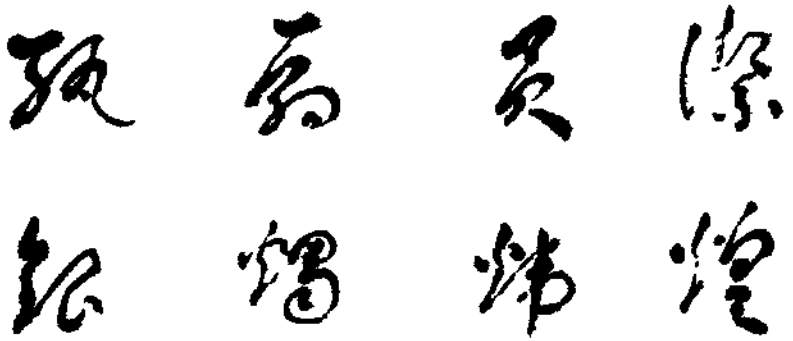
銀 燭 煒 煌

yín
‹plata›
‹dinero›
‹riqueza›

zhú
‹vela›
‹candelabro›
‹iluminar›

wěi
‹brillar›
‹fuego ardiendo›

huáng
‹resplandeciente›
‹brillante›
‹luminoso›



Dispondrán en la estancia candelabros de plata,
y se abanicarán con el *wan shan.*

wán shàn yuán jié
yín zhú wěi huáng

晝	眠	夕	寐
zhòu	mián	xī	mèi
‹jornada›	‹dormir›	‹tarde›	‹acostarse›
‹durante el día›	‹sueño›	‹anochecer›	‹ir a dormir›
‹de día›	‹hibernación›	‹noche›	‹dormir›

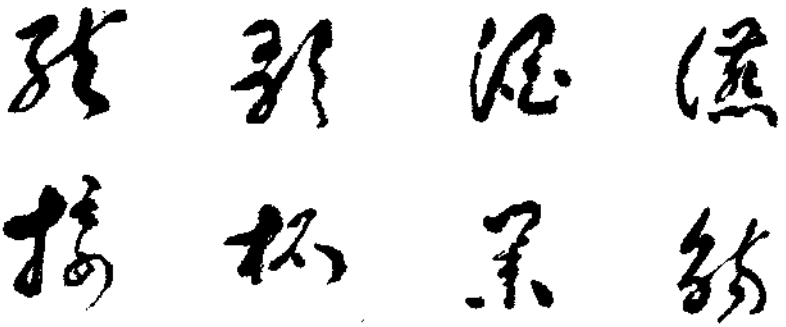
藍	筍	象	床
lán	sǔn	xiàng	chuáng
‹azul›	‹palanquín hecho	‹elefante›	‹cama›
‹índigo›	de bambúes	‹marfil›	‹soporte›
‹añil›	entrelazados›	‹imagen›	‹mesa o parihuela›
	‹brotes de bambú›	‹símbolo›	

Es buena la siesta a media jornada,
y por la noche dormir en cama con dosel y ornamentos de marfil.

zhòu mián xī meì
lán sǔn xiàng chuáng

絃	歌	酒	讌
xián	gē	jiǔ	yàn
‹cuerda de un instrumento musical› *figurado*, esposa (comparada a la cuerda del instrumento)›	‹canción› ‹cantar›	‹vino› ‹bebida alcohólica› ‹licor›	‹banquete› ‹convite› ‹festín›

接	杯	舉	觴
jiē	bēi	jǔ	shāng
‹unir› ‹juntar› ‹tomar con la mano› ‹recibir›	‹vaso› ‹copa› ‹taza›	‹alzar› ‹levantar con las dos manos› ‹recomendar› ‹mencionar› ‹tomar› ‹entero›	‹vaso para beber› ‹ofrecer un convite› ‹ofrecer bebida›

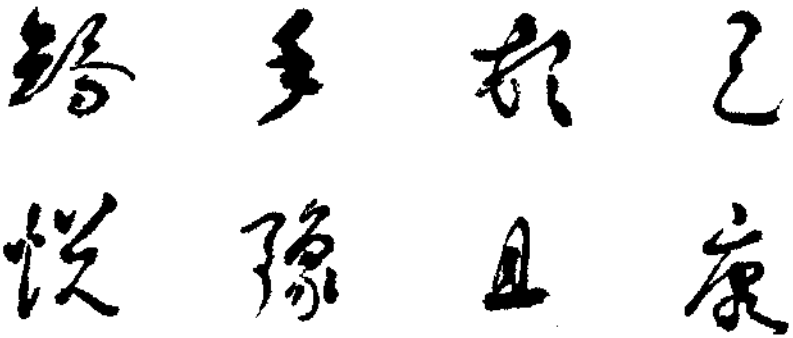


En los banquetes habrá canciones y vino
y con las dos manos se ofrecerá la bebida.

xián gē jiǔ yàn
jiē bēi jǔ shāng

矯	手	頓	足
jiǎo	shǒu	dùn	zú
‹levantar›	‹mano›	‹patalear›	‹pie›
‹enderezar›		‹tunda de golpes›	‹pata›
‹fingir›		‹inclinar la cabeza›	‹suficiente›
‹corregir›		‹detenerse›	‹completamente›
‹falso›		‹clasificador numeral de comidas›	‹ser digno›
‹fuerte›			

悅	豫	且	康
yuè	yù	qiě	kāng
‹contento›	‹alegre›	‹y›	‹vigor corporal›
‹alegre›	‹contento›	‹además›	‹alegría›
‹feliz›	‹gozar›	‹también›	‹dichoso›
	‹elefante›	‹por el momento›	‹dicha›
	‹indeciso›	‹aun entonces›	‹vacío›
	‹vacilante›		
	‹por adelantado›		



Se levantan y agitan las manos, se golpea el suelo con los pies;
y así la alegría embarga a los invitados presentes.

jiǎo shǒu dùn zú
yuè yù qiě kāng

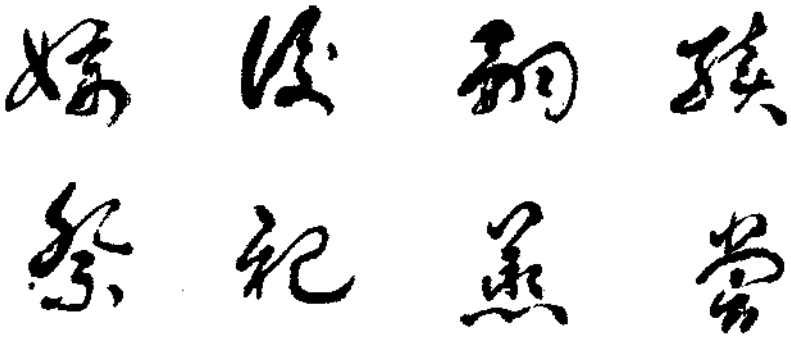
嫡 後 嗣 續

dí	hòu	sì	xù
‹esposa legítima› ‹hijo mayor de dicha esposa›	‹después› ‹posterior› ‹detrás› ‹descendientes›	‹continuar› ‹suceder a› ‹heredar de›	‹continuar› ‹sucederse las generaciones› ‹heredar›

Dí sì: hijo mayor de la esposa legítima.

祭 祀 蒸 嘗

jì	sì	zhēng	cháng
‹sacrificios›	‹ofrecer un sacrificio› ‹ofrenda a los espíritus o a los muertos› ‹año›	‹sacrificio invernal› ‹vapor› ‹subir como el vapor› ‹agramiza›	‹sacrificio otoñal› ‹gustar› ‹probar› ‹haber experimentado› ‹ya›



El primero en la línea sucesoria será el primogénito de la consorte.
Y se ofrecerán sacrificios en otoño, invierno, primavera y verano.

dí hòu sì xù
jì sì zhēng cháng

稽 顙 再 拜

jī

‹inclinar la cabeza›

sǎng

‹la frente›
‹inclinar la frente hasta el suelo›

zài

‹de nuevo›
‹por segunda vez›
‹todavía›
‹una vez más›
‹además›

bài

‹hacer la reverencia›
‹saludar con respeto›
‹honrar›
‹visitar›

Jī sǎng: postrarse hasta dar con la frente en el suelo.

悚 懼 恐 惶

sǒng

‹temer›
‹asustado›
‹aterrado›

jù

‹miedo›
‹asustar›

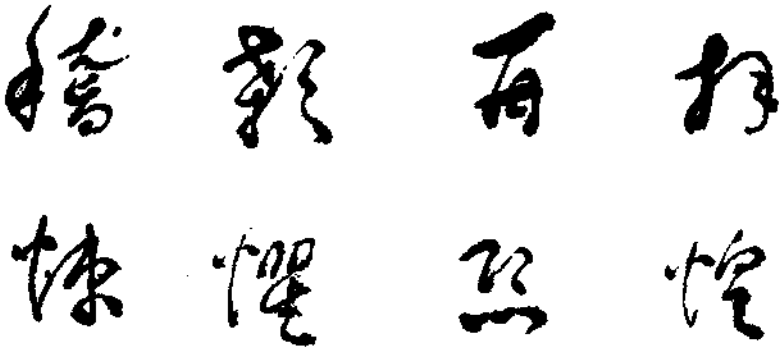
kǒng

‹temor›
‹asustar›
‹intimidar›

huáng

‹nervioso›
‹asustado›
‹alarmado›
‹intimidado›

Kǒng huáng: temor reverencial.



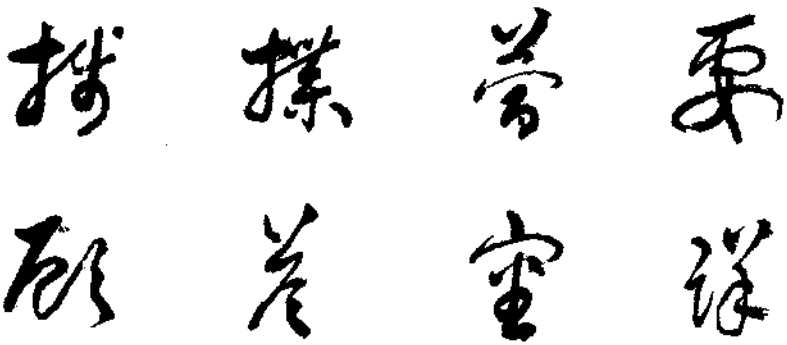
Según el ritual, inclinaremos por tres veces la frente hasta el suelo, adoptando una actitud de temor reverencial[44].

jī sǎng zài bài
sǒng jù kǒng huáng

[44] El *kong huang* era la forma preceptiva de presentarse al emperador.

牋	牒	簡	要
jiān	díe	jiǎn	yào
‹carta› ‹misiva› ‹papel lujoso de cartas› ‹documento›	‹documento oficial›	‹tablillas de bambú para escribir› ‹abreviar› ‹somero› ‹corto› ‹simple›	‹querer› ‹desear› ‹justo› ‹exacto› ‹en resumen› ‹importante› ‹apropiarse›

顧	答	審	詳
gù	dá	shěn	xiáng
‹cuidar de› ‹velar sobre› ‹girar la cabeza para mirar›	‹contestar› ‹responder› ‹corresponder›	‹examinar minuciosamente› ‹real› ‹cierto› ‹saber claramente›	‹detallado› ‹minucioso› ‹explicar a fondo›



En los documentos escritos seamos breves y concisos,
y detallados en las respuestas cara a cara.

jiǎn díe jiǎn yào
gù dǎ shěn xiáng

骸 垢 想 浴

hái
‹hueso›
‹esqueleto›
‹el cuerpo›
‹la persona›

gòu
‹sucio›
‹manchado›

xiǎng
‹pensar›
‹considerar›

yù
‹lavarse›
‹bañarse›
‹purificarse›

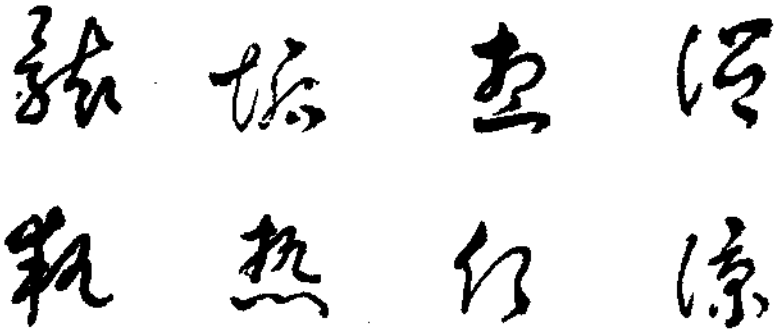
執 熱 願 涼

zhí
‹tomar›
‹asir›
‹manejar›
‹obstruir›

rè
‹caliente›

yuàn
‹desear›
‹aspirar›

liáng
‹frescor›



Cuando el cuerpo está sucio, anhelamos bañarnos;
cuando el calor nos oprime buscamos frescor.

hái gòu xiǎng yù
zhí rè yuàn liáng

驢 lú
‹burro›

騾 luó
‹mula›

犢 dú
‹ternero›

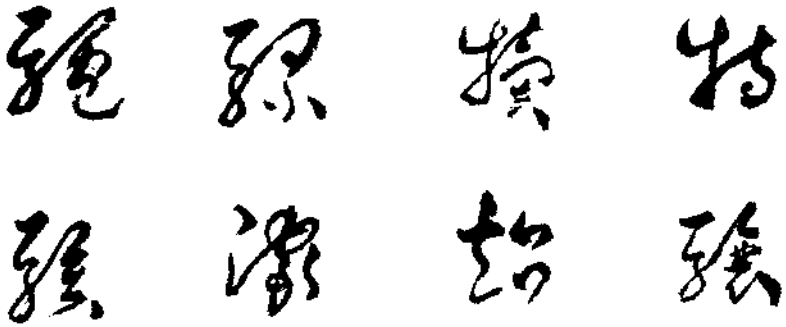
特 tè
‹vaca›

駭 hài
‹alarmarse›
‹sobresaltarse›
‹espantarse›
‹sembrar la discordia›

躍 yuè
‹saltar›
‹brincar›

超 chāo
‹sobrepasar›
‹superar›
‹saltar por encima›
‹distinguirse›
‹eminente›

驤 xiāng
‹caballo que galopa con la cabeza erguida›
‹elevarse a las alturas›
‹caballo cuya pata derecha trasera es blanca›



El burro, la mula, el ternero y la vaca son de naturaleza tranquila, pero al asustarse, se encabritan más violentamente que el caballo.

lú luó dú tè
hài yuè chāo xiāng

誅	斬	賊	盜
zhū	zhǎn	zéi	dào
‹castigar›	‹cortar›	‹ladrón›	‹ladrón›
‹destruir›	‹cercenar›	‹rebelde›	‹bandido›
‹matar›	‹decapitar›	‹traidor›	‹salteador›
	‹acabar›		‹robar›

捕	獲	叛	亡
bǔ	huò	pàn	wáng
‹prender›	‹obtener›	‹desertar›	‹perder›
‹arrestar›	‹capturar›	‹traicionar›	‹destruir›
‹capturar›	‹apoderarse›	‹rebelarse›	‹huir›
	‹poder›	‹sublevarse›	
	‹tener posibilidad de›		

A ladrones y traidores es justo castigar y decapitar;
y prender a rebeldes y desertores.

zhū zhǎn zéi dào
bǔ huò pàn wáng

布

bù

‹nombre propio›
‹algodón›
‹tejido›

射

shè

‹tiro al arco›
‹disparar›
‹asaetear›
‹apuntar›
‹aludir›
‹salir disparado›

遼

liáo

‹nombre propio›
‹distante›

丸

wán

‹bala que se lanzaba con ballesta›
‹bolita›
‹píldora›

嵇

jī

‹nombre propio›
‹montaña en la provincia de Hunan›

琴

qín

‹laúd chino de cinco o siete cuerdas›

阮

ruǎn

‹nombre propio›
‹montaña en Gansu›

嘯

xiào

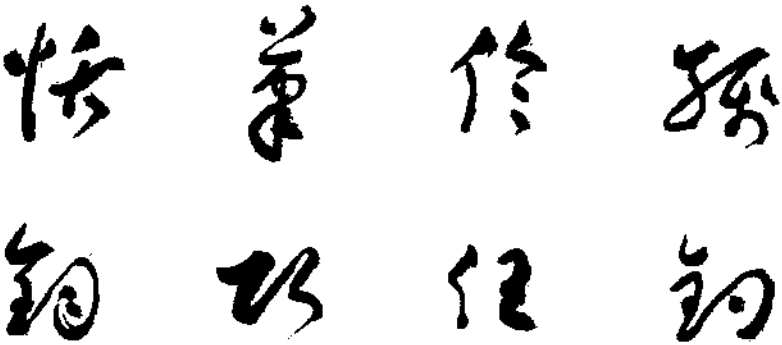
‹silbar›
‹silbido›
‹sonido agudo y continuado›
‹gritar›

Liu Bu fue hábil arquero, I Liao experto lanzador de bolas de arcilla,
Ji, maestro en el arte del laúd; Ruan dominaba los
/secretos de la flauta.

bù shè liáo wán
jī qín ruǎn xiào

恬	筆	倫	紙
tián	bǐ	lún	zhǐ
‹nombre propio› ‹tranquilo›	‹pincel›	‹nombre propio› ‹constante›	‹papel› ‹documento›

鈞	巧	任	釣
jūn	qiǎo	rén	diào
‹nombre propio› ‹justo› ‹igualar›	‹destreza› ‹habilidad› ‹ingenioso›	‹nombre propio› ‹responsabilidad›	‹pescar a caña› ‹atraer con un cebo›



Jin Tian inventó los pinceles, Lun la manufactura del papel,
Jun diseñó ingeniosos artilugios de madera y Ren fue un pescador
/de inigualable destreza[45].

tián bǐ lún zhǐ
jūn qiǎo rén diào

---

[45] Jin Tian (muerto en 209 a.C.) fue comandante en jefe de Shi Huangdi, primer emperador de la dinastía Qin y fundador de la China unificada. Se le atribuye la invención del pincel para la caligrafía. Cai Lun (muerto en 114 a.C.), jefe eunuco en la corte de Ho Ti. El clásico Hou Hanshu da cuenta de su invención del papel. Ma Jun (siglo III a.C.), famoso inventor del periodo Wei, diseñó gran variedad de artilugios mecánicos. Ren Gongzi, pescador legendario, mencionado por Jiang Zi.

釋 纷 利 俗

shì
‹explicar›
‹disipar›
‹librar›
‹soltar›
‹librarse de›
‹budismo›

fēn
‹revuelto›
‹desordenado›
‹confuso›
‹embrollado›

lì
‹provecho›
‹interés›
‹ganancia›
‹utilidad›

sú
‹común›
‹uso›
‹costumbre›
‹el mundo›
‹la gente
del mundo›
‹laico›
‹seglar›

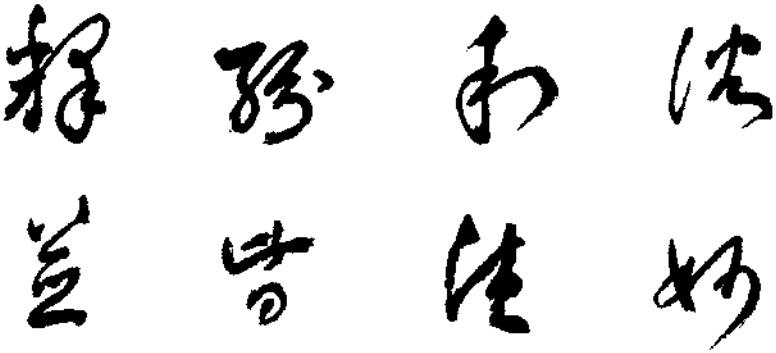
並 皆 佳 妙

bìng
‹dos juntos›
‹juntos›
‹iguales›
‹a la par›
‹también›

jiē
‹todos›
‹universalmente›

jiā
‹bello›
‹hermoso›
‹elegante›

miào
‹maravilloso›
‹sutil›
‹admirable›
‹misterioso›
‹ingenioso›
‹excelente›
‹joven›



Los frutos de sus desvelos beneficiaron al pueblo
y por ello son universalmente apreciados.

shì fēn lì sú
bìng jiē jiā miào

毛 施 淑 姿

máo	shī	shū	zī
‹nombre propio›	‹nombre propio›	‹claro›	‹aire›
‹plumas›	‹desplegar›	‹puro›	‹maneras›
‹piel›	‹practicar la beneficencia›	‹virtuoso›	‹cualidades naturales›
‹pelo›		‹bueno›	‹belleza›
		‹bello›	

工 嚬 妍 笑

gōng	pín	yán	xiào
‹trabajo›	‹fruncir el ceño›	‹bello›	‹reír›
‹arte›	‹frecuente›	‹elegante›	‹sonreír›
		‹distinguido›	‹contento›

毛 施 西 嫫

工 嚬 妍 笑

Mao y Shi fueron aclamadas beldades;
Shi fruncía el ceño; Mao, por el contrario, era risueña[46].

máo shī shū zī
gōng pín yán xiào

[46] Mao Cheng (siglo V a.C.) fue concubina favorita del príncipe de Yue, célebre por su belleza. Hsi Shi (siglo V a.C.), dama célebre por su belleza, y también oriunda de Yue.

年 矢 每 催

nián
‹año›

shǐ
‹flecha›
‹dardo›
‹prestar juramento›

měi
‹cada›
‹todo›

cuī
‹urgir›
‹apremiar›
‹activar›

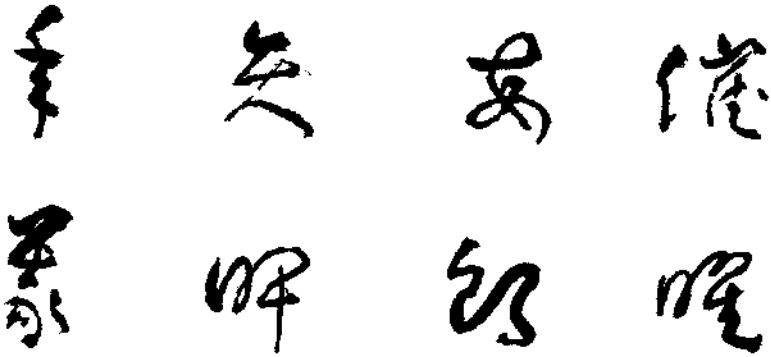
羲 暉 朗 曜

xī
‹luz del día›

huī
‹brillante›
‹radiante›

láng
‹claro›
‹luminoso›
‹voz clara›

yào
‹luz›
‹brillo del sol›
‹el Sol, la Luna y los cinco planetas (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno)›



Los años pasan rápidamente como agujas de reloj,
/una urge a la siguiente;
durante el día el sol resplandece.

nián shí měi cuī
xī huī láng yào

旋 璣 懸 斡

xuán

‹girar›
‹hacer girar›
‹ejecutar un movimiento circular›
‹jade de calidad›

jī

‹engranaje de un instrumento de astronomía›

xuán

‹suspender›
‹colgar›

wò

‹girar›
‹dar vueltas›

Xuán jī: antiguo artilugio de astronomía.

晦 魄 環 照

huì

‹último día del mes lunar›
‹oscuro›
‹noche›

pò

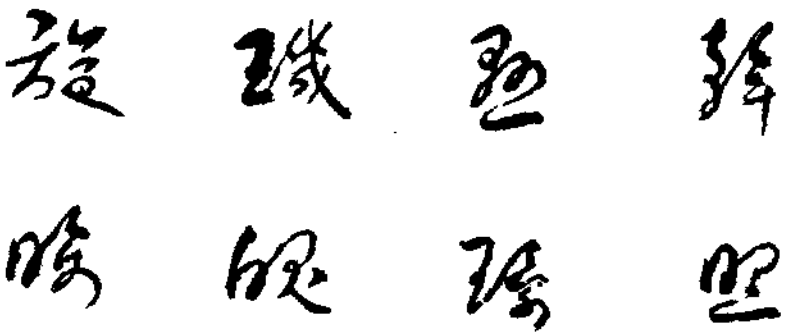
‹zona oscura de la luna›
‹alma sensitiva que con la espiritual anima al ser humano›
‹apariencia›

huán

‹todo objeto en forma de aro›
‹anillo de jade›
‹rodear›
‹círculo›
‹anillo›

zhào

‹iluminar›
‹brillar›
‹luz solar›
‹reflejar›
‹conforme a›



La esfera de jade del astrolabio gira en suspensión,
la luna se oscurece al final de su ciclo para iluminarse de nuevo.

xuán jǐ xuán wò
huì pò huán zhào

指 zhǐ
‹dedo›
‹señalar›
‹indicar›

薪 xīn
‹leña o hierba combustible›
‹salario›

脩 xiū
‹ejercitarse en›
‹perfeccionarse en›
‹reparar›

祐 hù
‹beneficio del cielo›
‹favor›
‹dicha›

永 yǒng
‹perpetuo›
‹eterno›

綏 suí
‹apacible›
‹tranquilo›
‹pacificar›
‹calmar›

吉 jí
‹bueno›
‹feliz›
‹virtuoso›
‹buen augurio›
‹buena suerte›

劭 shào
‹estimular›
‹excelente›
‹admirable›

El afán de perfección alimenta la dicha como la leña
/alimenta el fuego;
es fuente de buenos augurios y de tranquilidad permanente.

zhǐ xīn xiū hù
yǒng suí jí shào

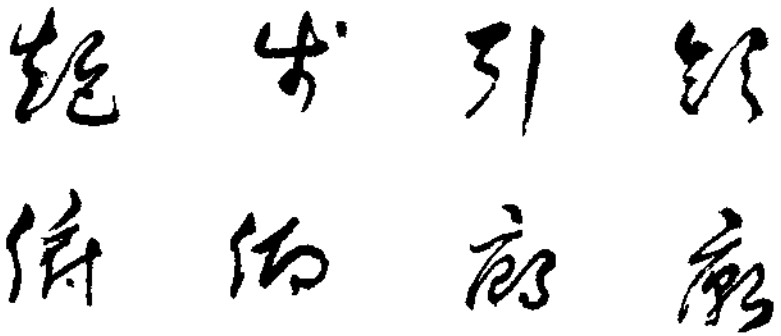
矩	步	引	領
jǔ	bù	yǐn	lǐng
‹costumbre›	‹paso›	‹tirar hacia sí la cuerda de un arco›	‹cuello›
‹uso›	‹zancada›	‹arrastrar›	‹collar›
‹manera›	‹andar›	‹guiar›	‹dirigir›
‹regla›	‹grado›	‹alargar›	‹recibir›
	‹destino›	‹alabar›	‹comprender›
	‹suerte›		

Yǐn lǐng: estirar el cuello, esperar ansiosamente.

俯	仰	廊	廟
fǔ	yǎng	láng	miào
‹inclinar la cabeza›	‹mirar hacia arriba›	‹galería›	‹templo de los antepasados›
‹bajar la mirada›	‹mirar con respeto›	‹pórtico›	‹templo budista o taoísta›
‹dignarse›	‹levantar la vista›	‹corredor›	‹imperial›
			‹real›

Fǔ yǎng: bajar y levantar la cabeza; (un instante).

Láng miào: la corte imperial.

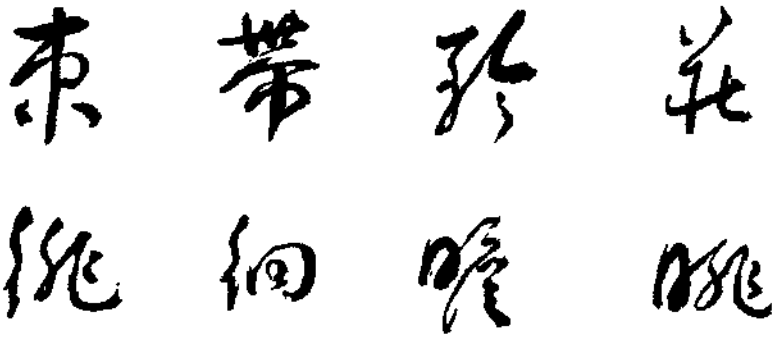


En la corte imperial y en el templo de los antepasados,
adoptaremos un porte erguido y bajaremos la mirada.

jǔ bù yǐn lǐng
fǔ yǎng láng miào

束	带	矜	莊
shù	dài	jīn	zhuāng
‹atar›	‹cinturón›	‹velar sobre sí›	‹severo›
‹restringir›	‹banda›	‹adoptar una	‹grave›
‹refrenar›	‹llevar consigo	actitud›	‹digno›
‹haz›	(a alguien)›	‹circunspección›	‹predio›
‹manojo›	‹llevar sobre sí›	‹respetar›	‹granja›
		‹enorgullecerse›	‹tienda›
			‹comercio›

徘	徊	瞻	眺
pái	huái	zhān	tiào
‹ir y venir›	‹andar yendo y	‹levantar los ojos	‹mirar a lo lejos›
‹andar de aquí	viniendo›	y mirar›	‹mirar de lado›
para allá›	‹indeciso›	‹contemplar›	
‹vagar›	‹perplejo›	‹mirar con respeto›	
‹indeciso›		‹examinar›	
‹dudar si avanzar›			



Nuestra vestimenta será la adecuada; nuestra actitud,
/grave y circunspecta,
y al caminar miraremos a ambos lados y de frente.

shù dài jīn zhuāng
pái huái zhān tiào

孤 陋 寡 聞

gū	lòu	guǎ	wén
‹solitario›	‹bajo›	‹poco›	‹oír›
‹huérfano›	‹vulgar›	‹estar falto›	‹oler›
		‹disminuir›	
		‹soltero›	
		‹viudo›	

Gū lòu guǎ wén: Inculto, rudo, de cultura rudimentaria.

愚 蒙 等 誚

yú	méng	děng	qiào
‹tonto›	‹joven›	‹rango›	‹reñir›
‹estúpido›	‹ignorante›	‹clase›	‹reprender›
‹imbécil›	‹exponerse a›	‹igual›	
‹ignorante›	‹afrontar›	‹semejante›	
	‹engañar›	‹aguardar›	
	‹embaucar›	‹esperar›	

Aquellos de escasa cultura se exponen al ridículo[47]
como si de un tonto se tratara.

gū lòu guǎ wén
yú měng děng qiào

[47] Frase hecha utilizada en la actualidad.

謂 語 助 者

wèi
‹decir›
‹estilo›
‹nombrado›

yǔ
‹palabras›
‹lenguaje›
‹conversar›
‹frase›

zhù
‹ayudar›
‹asistir›

zhě
‹partícula utilizada para sustantivar verbos›
‹el que›
‹aquel que›
‹lo que›

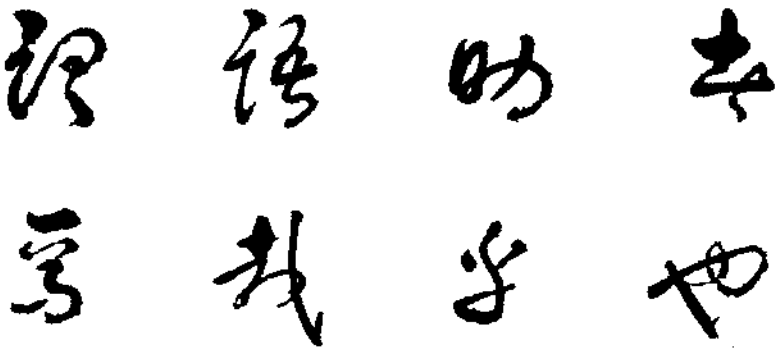
焉 哉 乎 也

yān
‹¿cómo?›
‹¿por qué?›

zāi
‹¡oh!›
‹¡ah!›

hū
‹¡ciclos!›

yě
‹sí (afirmativo)›
‹también›



Las llamadas partículas auxiliares son:
¿por qué?, ¡ah!, ¡cielos! y la partícula SÍ.

wèi yǔ zhù zhě
yān zāi hū yě

Índice

Prólogo VII
Sobre la caligrafía china XXVII
El libro de los mil caracteres 1